



NONI GARCÍA



Copyright © 2019 Noni García
Título Original: Pequeñas dosis de amor
Publicado en Jerez de la Frontera, 2019
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

Ni parte ni la totalidad de la obra puede ser reproducida, almacenada o transmitida en cualquier formato electrónico, mecánico, mediante fotocopia, grabación o cualquier otro método sin el consentimiento del autor.

ISBN: 9781792646287

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

PEQUEÑAS
DOSIS
DE AMOR

Índice

1. *UN CAFÉ Y UN BESO*
2. *NO ME TIENTES*
3. *AÑO NUEVO, VIDA NUEVA*
4. *SÉ QUE AÚN ME AMAS*
5. *POR QUÉ, ZEÑÓ, POR QUÉ*
6. *ENTRE DOS MARES*
7. *¿BAILAMOS?*
8. *ALGO MÁS QUE UN VERANO*
9. *SIN MÁSCARAS*

*Porque la vida
está hecha de
pequeñas dosis*

UN CAFÉ

Y

UN BESO

Darío estaba sentado en un café de Madrid tomando, como cada mañana, un café sólo y amargo como su triste existencia.

A sus veintisiete años, era poseedor de una de las empresas informáticas más importante del país, a pesar de no haber estudiado en una universidad. Todos decían que tenía un olfato especial para los negocios, aunque la vida nunca había sido fácil para él.

Con dieciocho años abandonó su pueblo, su casa, a sus amigos, su familia... Si se le podía llamar familia a lo que tenía. Un padre cocainómano, una madre alcohólica y dos hermanos mayores que tomaron su mismo camino, pero con diferentes destinos.

Trabajó de camarero en ese mismo café en el que ahora estaba sentado. A los dieciocho años, vestía unos tristes vaqueros gastados y una camiseta negra, nada que ver con el traje de chaqueta y la corbata que no conseguían ocultar su soledad.

Sonó la alarma del móvil, en una hora tenía una reunión importante en su oficina con uno de los directivos de Apple España. Estaba cerca del edificio y no iba a tomarle más de cinco minutos llegar. Tenía tiempo para leer el periódico.

Lo buscó por las mesas y vio que una chica joven lo dejaba en una silla. Se acercó a ella y preguntó:

—¿Puedo coger el periódico?

—Sí, claro —contestó ella, mirándolo con una sonrisa radiante.

Esa sonrisa deslumbró a Darío, y supo que conocía a la dueña, pero su mente no conseguía adivinar de qué. Y de pronto, un recuerdo acudió a su mente. Martina.

«No, no puede ser, lo último que supe de ella era que seguía estudiando en Sevilla y cuando terminara se casaría con Rubén», recordó mientras intentaba salir de su asombro.

La observó y supo que no estaba de vacaciones, nadie lleva en su tiempo libre un maletín de trabajo y un portátil. «No, no puede ser Martina», sacudió la cabeza intentando deshacerse de esa estúpida idea... Aunque no perdía nada por preguntar.

—¿Martina?

—Sí... —La chica lo miró extrañada—. ¿Nos conocemos?

—No me lo puedo creer. ¡Eres Martina! —Asombrado, se llevó las manos a la cara, y al ver el gesto de ella, decidió acabar con la confusión que le mostraba—. Martina, soy Darío.

—¿Darío?

—Darío, tu compañero de pupitre en quinto de primaria. Darío, «el tímido».

La sonrisa de Martina se agrandó, y no dudó un solo instante en levantarse de la silla en la que estaba sentada y abrazarlo. Darío, el chico tímido, flacucho y reservado por el que siempre había sentido un cariño tan especial.

—¡Darío! Pero... ¡Qué sorpresa! ¿Qué haces aquí? Hace años que no sé nada de ti. ¿Cómo pretendías que reconociera en ti al chico de dieciocho años que vestía vaqueros y camisetas negras?

—La verdad es que he cambiado bastante, pero tú también.

—No habré cambiado tanto si me has reconocido.

—Nunca podría olvidar tu sonrisa. ¿Puedo sentarme?

Durante un buen rato hablaron de sus vidas, pero les faltaba tiempo. «¡Maldita reunión!», se quejó Darío para sí mismo.

No podía creer que llevara dos meses viviendo en Madrid, trabajando en el departamento legal de una empresa de telecomunicaciones. Era abogada, la niña de la que había estado perdidamente enamorado, su amor platónico, había alcanzado su sueño. «¿Y Rubén? ¡Necesito más tiempo!», eran demasiadas las preguntas que necesitaba hacer.

—Martina, tengo que irme, mi reunión en quince minutos.

—¡Madre mía! Ni tan siquiera sé en qué trabajas, no he parado de hablar. Dame tu número de teléfono, te llamo cuando salga del juicio... ¿Te invito a almorzar?

—No has cambiado nada —sonrió—. Por supuesto que almorzaré contigo. Llámame cuando termines.

Y, como si fuera lo más normal del mundo, Darío un beso en los labios. ¡En los labios! Él, Darío, el chico tímido que siempre se mantenía alejado de todos. Sin decir nada más, giró sobre sus talones y comenzó a andar hacia la oficina.

A cada paso que daba estaba más seguro de que no le llamaría. Se sentía un estúpido, no debía haberla besado. Lo más probable era que estuviera felizmente casada con Rubén... Una vez más, se había comportado como un idiota. Sí, su vida había dado un vuelco de ciento ochenta grados, pero había cosas que nunca cambiarían.

Y, divagando sobre su estupidez, llegó a la puerta del edificio. El WhatsApp de su teléfono sonó, y mientras subía en el ascensor, decidió ver quién le había escrito.

Soy Martina, este es mi número.

¿Dónde has dejado al Darío que no hablaba por no molestar? ¿Qué has hecho con él?

Luego hablamos, entro en los juzgados.

Espero más de esos besos.

Leyó sus mensajes una y otra vez para poder asimilar lo que ellos decían. Entró en la planta donde se situaba la oficina y Pedro, su asistente personal, le dio al encuentro extrañado. Él, la persona más seria de la empresa, estaba sonriendo.

Parecía que no pasaba el tiempo, las horas se le antojaban eternas. Tras la reunión, no había podido centrarse en el trabajo, solo podía pensar en todas las veces que había soñado cuando tenía quince años que besaba sus labios. Pero era cobarde, no tenía nada que ofrecerle, su familia era la apóstata del pueblo y ella era la hija del médico... Una relación entre ellos nunca habría llegado a ningún sitio. Eso y que ella nunca estuvo enamorada de él, nunca lo había visto como nada más allá de un amigo.

Ahora todo era diferente, podía ponerle el mundo a sus pies si ella se lo pedía. Ahora sí voy a luchar por ella, por Martina.

Dio un salto al escuchar el sonido de su teléfono. Era ella y su corazón se revolucionó, llevándolo al borde de una taquicardia.

—Hola...

—¡Hola! Ya estoy saliendo de los juzgados, ¿dónde nos vemos?

—¿Conoces el edificio Un Futuro Mejor?

—Sí, claro. Es la sede de DACASA, Sistemas Informáticos, ¿no?

—Efectivamente. Nos vemos en la puerta, hay un restaurante cerca que es bastante bueno.

—Tardo cinco minutos.

—Perfecto.

«¡Ay, Señor! Ha llegado el momento, ya no hay vuelta atrás. Martina está en camino. Será mejor que vaya bajando», daba vueltas su cabeza a más de mil revoluciones.

Salió de su despacho, se despidió de Pedro y le dejó indicaciones para la tarde, con ese estado de nervios iba a ser incapaz de trabajar.

Mientras esperaba a que llegara el ascensor, sus pulsaciones iban aumentando y la corbata le asfixiaba. Decidió bajar por las escaleras, se sentía incapaz de bajar cinco plantas encerrado en ese ascensor, y el ejercicio haría que se calmara un poco el subidón de adrenalina que tenía.

Bajó a toda velocidad, no quería que Martina tuviera que esperarle. Salió a la calle, y la vio llegar a lo lejos, hablando por teléfono, era preciosa. Ella se giró y sonrió al verle, sonrisa que hizo que los nervios de Darío desaparecieran de un plumazo.

Llegó hasta él y, sin dejar de hablar por teléfono, le dio un suave beso en los labios. Ahí sí que sintió que le estallarían el corazón y le temblaron tanto las piernas que temió desfallecer.

Martina, mediante un gesto, le indicó que emprendieran el camino, ya que ella no tenía ni idea de adónde iban, y él agradeció que no cortara la comunicación, eso le daría tiempo a tranquilizarse un poco.

Había podido estar con muchas mujeres en los últimos años, el dinero le hacía ser muy atractivo a los ojos de muchas lobas, pero ninguna de ellas era como Martina. Ella ni tan siquiera sabía a qué se dedicaba, para ella seguía siendo el chico tímido que había conocido en el colegio, el que vivía en su pueblo, solo que vestía traje de chaqueta y corbata. Bien podía ser un comercial en cualquier empresa.

Martina era diferente. Nunca le dio de lado, siempre le saludaba, le preguntaba cómo estaba,

le sonreía. Esa sonrisa era lo único que le alegraba la vida.

A Darío volvió a faltarle el aire cuando vio que había cortado y guardado su teléfono en el bolso. No sabía qué hacer, qué decir, cómo actuar.

Ella se paró, lo miró, sonrió, rodeó su cuello con sus brazos, tiró de él, que era más alto que ella y lo besó. Pero no era un beso suave como el de la puerta, no, estaba devorando sus labios y él... él se dejó llevar.

«¡Madre mía, qué vergüenza!», pensó al sentir lo que estaba pasando debajo de sus pantalones, esperando que ella no se diera cuenta. Si no paraba de besarlo así, no sería capaz de llegar hasta el restaurante, la invitaría a volver sobre sus pasos y subir al ático que tenía en el edificio.

Martina se separó de él, pareció leer sus pensamientos, y lo miró desconcertada. No sabía qué sentir en ese momento.

—Perdona, Darío, yo... —apenas podía articular palabra—, yo no soy así. Lo siento.

Martina comenzó a andar muy rápido en dirección a la zona de los juzgados. Darío se quedó paralizado y tardó unos segundos en reaccionar, pero cuando lo hizo, corrió tras ella y la vio parada a la altura del edificio de su empresa.

La tomó del brazo, ella se dejó guiar y entraron justo cuando estaba llegando el ascensor. Darío sacó una llave de su cartera, la insertó en la ranura del ático y la giró. Pasados unos segundos, ambos se miraron y no hicieron falta palabras... Volvieron a besarse con pasión hasta que se abrieron las puertas del ascensor y entraron en el ático.

—¿Estás segura, Martina?

—Por supuesto —sonrió—, ¿y tú?

—Sabes que estoy como loco porque tengamos un bebé.

—Te amo, vida mía.

—Y yo a ti, cariño, no me puedo creer que hayan pasado ya tres años del día que nos reencontramos aquella mañana tomando café.

—Ni yo que haga ya dos años que nos casamos.

—Nunca me cansaré de recordar aquel día por más que pasen los años.

—Yo tampoco, pero si tantas ganas tienes de ser padre, creo que en vez de hablar deberíamos estar haciendo otra cosa... —susurró Martina con voz ronca, besando el cuello de Darío.

—Mmm. ¡Esta es mi chica!

FIN

NO
ME
TIENTES

«¡Por fin viernes!», pensó Pedro mientras iba entrando en el edificio donde trabajaba. Si su jefe no había puesto alguna reunión para esa tarde, saldría a las tres y no volvería hasta el lunes.

Vio a Darío hablando con alguien a quien no conocía, pero la conversación estaba llamando la atención del resto de empleados, así que se acercó a su jefe, que tenía una cara de mosqueo que no podía con ella.

—Buenos días, Darío.

—Buenos días, Pedro —saludó su jefe, que cortó la conversación con la chica que tenía delante—. Te presento a Isabella, la hermana de Martina.

—Encantado —dijo mientras estrechaba la mano que la chica le tendía—. Darío, voy subiendo para organizar la reunión de las diez.

—No, Pedro, tienes que me hagas un favor: los clientes de Japón me están esperando en una videoconferencia en mi despacho, necesito que te llesves a desayunar a mi cuñada, porque Martina no ha llegado.

—Pero, Darío... Tengo mil cosas que hacer y lo sabes, no tengo tiempo para ser la niñera de nadie.

—¿Perdona? Mira, simpático, que ya soy bastante mayorcita para necesitar niñera. —Isabella lo miró con furia antes de continuar hablando, bajo la atenta mirada de Pedro, que se quedó asombrado con la fiera que escondía la florecilla que tenía delante—. Darío, solo necesito saber donde hay una cafetería cerca, tengo veintiún años, no necesito a nadie que me cuide.

—Por favor, Pedro, Martina me mata si la deajo sola.

—Está bien. Vamos, Isabella...

—Ni tú que te lo pienses, no voy a ir con este tipejo a ningún sitio.

—Mira, niñita malcriada, no me toques las narices y empieza a andar si no quieres que te cargue al hombro y te lleve así hasta la cafetería. —A Pedro empezaba a tocarle las narices el carácter de la chica.

—Jaaa. Venga, ¡atrévete!

—No me tientes...

—Si no vas a cumplir tus amenazas, no las hagas.

—¡Tú lo has querido!

Se acercó a ella, que creía que no lo iba a hacer, y sin mediar palabra, la cargó sobre su hombro, consiguiendo que Isabella soltara un grito de incredulidad que dio paso al pataleo.

A lo lejos escucho reír a su jefe de forma escandalosa, y él también rio, haciendo que Isabella pataleara con más intensidad. Si no paraba, iba a hacerle daño. Le dio un azote en el muslo, y ella le dijo de todo menos bonito, pero paró de darle golpes, en el fondo sabía que podía hacerle mucho daño, y ella lo había incitado a llegar al punto en el que estaban.

Tardaron tan solo unos minutos en llegar a la cafetería, y Pedro la dejó caer con cuidado sobre una silla en la terraza. Isabella no habló hasta que llegó el camarero, a quien le dijo que no quería nada y haciendo que él soltara un bufido y pidiera café y tostadas para los dos.

—Si no piensas desayunar, ¿para qué querías venir a la cafetería?

—Quería desayunar, pero se me han quitado las ganas, ¿vas a obligarme?

—No me tientes...

—¿Vas a atarme a la silla? ¿Vas a darme de comer? ¿No vas a soltarme hasta que no termine de comerme todo el desayuno?

«¡Madre mía! No puede estar pasándome esto, tengo que alejarme de ella. Hace mucho tiempo que nadie me excita de esta manera, ahora mismo no podría levantarme sin que se hiciera evidente lo que late entre mis piernas. El hecho de tener sometida a esa fiera a mi merced... ¡Para, Pedro!».

Isabella se ruborizó al imaginar la escena que acababa de describir, pero no precisamente obligándola a tomar el desayuno, sino observando su esbelto cuello, sus pechos, los pezones duros por la... Y entonces se dio cuenta de que sus pensamientos le habían jugado una mala pasada y que su blusa era demasiado fina. Pudo sentir la mirada de Pedro, disfrutando del espectáculo que había provocado en ella la excitación, y lejos de sentirse avergonzada, se notaba atrevida, deseada.

—No voy a atarte a la silla porque no quiero dar un espectáculo, pero si estuviéramos los dos solos, puedes tener claro que lo haría, así que no me tientes. Y, ahora, come, que tengo que volver al trabajo.

La agitación de su pecho al respirar la delataba y a Pedro le ponía más duro a cada momento que pasaba.

—No sueñes, Pedro, nunca vas a tener la oportunidad de atarme a una silla, y mucho menos de estar entre mis piernas.

—Tranquila, niñita malcriada. Yo solo me meto entre las piernas de mujeres de verdad.

Sonrió triunfante cuando vio su cara de furia e indignación por el último comentario. Llegó el camarero y desayunaron en silencio, terminando rápido.

Volvieron al edificio, aunque esa vez los dos iban andando. Cuando entraron, Darío los asaltó con cara de enfado.

—Pedro, ¿por qué no coges el móvil?

—Perdona, Darío, está en el maletín que te di antes.

—Está bien, no pasa nada. Isabella, ¿por qué tienes el teléfono apagado? Tu madre está llamándote y no consigue hablar contigo.

La cara de Isabella se descompuso, se puso blanca como la cal, tembló y le fallaron las piernas. Pedro consiguió cogerla antes de que callera al suelo, ella se abrazó a él y lloró. Los dos hombre se miraron sin entender qué estaba pasando

—Vamos a sentarnos, pequeña, no quiero que te caigas.

La ayudó a sentarse en un sofá de recepción, sentándose los dos con ella, cada uno a un lado. Darío estaba preocupado y Pedro angustiado por esa niñita malcriada a la que acabo de conocer.

—¿Estás mejor, Isabella? —quiso saber Darío.

—Sí. Tengo que comprar un móvil nuevo, ayer lo estampé contra la pared en casa de Lola.

—¿Por qué hiciste eso?

—¿Recuerdas a Antonio? —Darío asiente—. Pues... No deja de acosarme desde que el martes terminé con él. Me llama a cada hora, me manda mensajes, mails, va a casa y, lo peor de todo, es que mamá se ha posicionado de su parte, porque, según ella, Antonio es un buen partido. No me puedo concentrar, no puedo estudiar, no me deja vivir —hizo un esfuerzo por contener las lágrimas—. Ayer me fui a estudiar a casa de Lola, cada cinco minutos sonaba mi móvil y, en un momento de desesperación, lo estampé contra la pared.

Isabella rompió a llorar y Pedro le tendió el pañuelo que siempre solía llevar en el bolsillo del pantalón.

—¿Por qué no le has dicho a tus padres que te venías a Madrid?

—¿Tú qué crees? Está claro que mamá no iba a permitírmelo. Lola me llevó a Sevilla esta mañana y cogí el primer AVE.

—Isabella, tu hermana y yo tenemos un viaje programado para este fin de semana, salimos en siete horas. No puedes aparecer aquí sin avisar.

—Lo sé, no pienso interferir en vuestros planes. Solo necesito quedarme en un sitio tranquilo, donde pueda estudiar y nadie me moleste. Me da igual si es en casa de Martina o en el ático de este edificio. Necesito estudiar, dentro de una semana tengo el último examen.

—¿Por qué siempre haces conmigo lo que quieres? Cuando venga tu hermana, le diré que cancelamos el viaje.

—¡No! No puedes hacer eso, Martina nos va a matar si lo haces

—No vas a quedarte sola.

Pedro no esperaba que su jefe quisiera tanto a su cuñada, llevaba semanas planeando ese viaje con Martina, desde que empezaron su historia de amor hacía seis meses, Darío sonreía todos los meses.

Volvió a la conversación que estaba teniendo lugar delante de él y no le gustó nada cómo lo estaba mirando, esa era su cara de los favores... «¿No pretenderá...? No, Darío, no».

—Pedro...

—No, Darío, no me hagas esto.

—¡Por favor! Si no te quedas con ella, tendremos que suspender el viaje.

—¿Cómo? No pienso quedarme con él —espetó Isabella, claramente indignada.

—¡Cállate! —subió Pedro el volumen por encima del de ella, haciendo que silenciara su perorata—. Esto va a costarte una semana de vacaciones por el dolor de cabeza con el que voy a terminar el fin de semana.

—Gracias, Pedro, cuenta con esas vacaciones.

—Darío, no puedes hacerme esto. Bueno, ni a mí ni a Pedro, se va a aburrir y no va a poder disfrutar de su fin de semana. Tengo que ir a la biblioteca y tendrá que estar todo el día pendiente de mí...

Isabella tomó las manos de su cuñado con carita de pena, sabía que nunca había podido negarle nada, cuando era una niña, siempre la cargaba sobre sus hombros cuando iban del colegio a casa.

—Esta vez no voy a ceder. O te quedas con Pedro o te vuelves al pueblo. Tú misma. Además, teniendo a Pedro no necesitarás ir a ninguna biblioteca, no hay libro que contenga más información que su cerebro.

—Sí, claro —sonrió—. Darío, te recuerdo que estudio física nuclear.

Darío y Pedro se miraron y rieron. Nadie podía imaginar que el asistente personal del director de una empresa líder en el sector de la informática, fuera más inteligente que su jefe. Pero él necesitaba sentirse normal, no ser un cerebritito que debía llegar a ser premio Nobel en su campo de estudio.

—¿Dónde estudias física nuclear?

—Estoy haciendo un máster en la universidad de Sevilla y terminé la carrera de física en dos años y medio —contestó Isabella, entre sorprendida por la pregunta, y altanera por su respuesta.

—No está mal —sonrió a Darío, que aguantaba la risa—. Estaré encantado de ser tu profesor,

pero debes saber que soy bastante exigente con mis alumnas.

El color, al fin, volvió a sus mejillas, aunque él sabía perfectamente que no era porque se encontrara mejor, sino porque había conseguido provocarla una vez más, y eso consiguió hacer estragos bajo de nuevo pantalones. «¿Me desea? ¡Para, Pedro! Seguro que son imaginaciones mías, no puede ser real».

—Nos vemos arriba, Darío, estoy esperando una llamada de Apple.

—En cuanto llegue Martina, te veo. Gracias, Pedro.

Se dirigió a los ascensores para subir a la quinta planta, y escuchó la conversación que los cuñados estaban manteniendo.

—Eres una grosera, no puedes tratar así a una persona de la que no sabes nada. Tu coeficiente intelectual será de ciento sesenta, pero el de Pedro es de ciento noventa y siete.

—¡Claro! Y por eso es tu asistente personal.

—Isabella... ¡No me saques de quicio! A sus veintitrés años está doctorado en física y licenciado en matemáticas, económicas e informática. También habla perfectamente inglés, porque estudió en Harvard y ahora está estudiando japonés. Así que no lo menosprecies, porque no voy a consentírtelo.

Pedro miró de reojo y vio la cara de asombro de Isabella mientras subía al ascensor.

La mañana había sido una locura para Pedro, y habría sido más tranquila si hubiera podido apartar de su mente ese pelo moreno, esos ojos color miel, ese cuello esbelto, esos pezones... y ese carácter del demonio. Tenía que dejar de pensar en ella de esa manera, era la cuñada de su jefe, y pensar que le quedaba todo el fin de semana junto a esa niñata... «¡Esto es de locos!».

Alguien llamó a la puerta de su pequeño despacho, y le dio permiso para pasar, era Martina.

—Hola, Pedro.

—Hola, Martina.

—No sé como agradecerte lo que vas a hacer por nosotros este fin de semana.

—Tranquila, a Darío le ha costado una semana de vacaciones extra. —Los dos sonrieron.

—Voy a hablar con ella para que no te dé muchos problemas, pero si se pone impertinente, tienes mi permiso para atarla a la silla.

Martina rio y Pedro se acaloró. Imaginar a Martina atada a una silla, volvía a generarle ese calor tan típico que provoca la excitación.

—Hay algo más, Pedro... Existe la probabilidad de que Antonio se presenté aquí, ese chico está obsesionado con ella. Si es así, llama a la policía, por favor.

—Si lo prefieres, podemos ir a mi casa. Ni él ni tus padres saben dónde vivo.

—¿Harías eso por mí? —Martina se levantó de la silla y fue directa a darle un abrazo—. Gracias, Pedro.

Salieron con una charla animada del despacho y se dirigieron al de Darío, donde se encontraba Isabella.

Martina les comentó que pasarían el fin de semana en el piso de Pedro, y la cara de Isabella se relajó. A pesar de tener un carácter fuerte y ser una persona independiente, tenía miedo y estaba asustada.

Se levantó de la silla e hizo algo que Pedro no esperaba, le abrazó y sintió su necesidad de protección. No pudo hacer más que rodearla y acariciarle el pelo, como si intentara tranquilizar a una niña pequeña.

Su pelo olía tan bien, su piel era tan suave... No pudo evitar darle un beso en la sien. Ella se apretó contra su pecho y su corazón latió con fuerza, amenazando con salir de él. Estaba seguro de que ella lo sentía, ya que inspiró con fuerza y soltó un suave gemido que solo Pedro alcanzó a oír.

Se separaron y se miraron a los ojos, pero la mirada de Pedro se perdió en sus labios carnosos, entreabiertos, que lo tentaban a besar; y esos labios que tanto ansiaban ardían en deseos por lamer y morder los de él.

Un magnetismo incontrolable hizo que se buscaran, que se quisieran un unir, hasta que la cordura volvió a Pedro, que cuando estaban a escasos centímetros de devorarse, apretó la mandíbula, se apartó y dio gracias al cosmos porque Martina y Darío estaban hablando sobre su viaje y no eran consciente de la escena que acababan de vivir.

Pedro se pasó toda la tarde programando el teléfono que Isabella había comprado antes de ir a su casa mientras ella estudiaba en su despacho. Eran las nueve cuando decidió preparar la cena, aunque no sabía qué hacer, qué le gustaría a la niña. Finalmente, se decidió por una tortilla de patatas. Si no era del agrado de la señorita, poco le importaba, a él le apetecía desde que vio los huevos que habían traído los del servicio a domicilio del supermercado.

Volvió a asomarse a su despacho para ver si seguía con vida, llevaba toda la tarde allí encerrada y ni tan siquiera había querido café cuando se lo ofreció. Una vez más, la encontró escuchando música.

Fue directo a la cocina y empezó a cocinar, el agua que desprendían las patatas chisporroteaba en el aceite hirviendo, dorando a cada segundo tan importante ingrediente para su tortilla. Estaba concentrado en lo que estaba haciendo cuando escuchó unos pasos apresurados por el pasillo.

—¿Eso que huelo es tortilla de patatas? —preguntó Isabella con el aliento acelerado.

—Sí...

Contra todo pronóstico, la chica corrió y se tiró encima de él, haciendo que casi cayeran al suelo. Sus brazos rodaron el cuello del hombre y sus piernas hicieron lo mismo a la altura de sus caderas, haciendo que reaccionara lo que se ocultaba bajo el fino pantalón del pijama.

—Me encanta la tortilla de patatas, pero mi madre nunca la hace porque dice que engorda mucho. Gracias —lo besó en una de las mejillas—, gracias —lo volvió a hacer en la otra— y gracias.

«¡Oh, Dios mío! Necesito que pare de darme besos, me está excitando demasiado y no sé si podré seguir conteniéndome. ¡Esta noche me acuesto con dolor de huevos!», pensó mientras buscaba la forma de separarse de ella.

—Isabella, para, se me va a quemar la tortilla.

—Perdona, Pedro, la emoción...

No dijo nada más y lo liberó del agarre. No pudo evitar ruborizarse y sentir demasiado al notar la excitación del hombre que tenía delante, que se sintió avergonzado al sentirse descubierto.

—Lo siento. Tienes que entender que soy un hombre y tú... tú estás muy buena...

—Lo siento, no debí... ¿Pongo la mesa?

—Ya está puesta, sólo queda por llevar las bebidas, están en la nevera.

Estuvieron en silencio hasta que el primer trozo de tortilla entró en la boca de la joven, lo paladeó, masticó y dejó escapar un gemido. Pedro se planteó que lo estaba haciendo para martirizarlo, ahora que

—Pedro, ¡está deliciosa! Por cierto, todavía no te he dado las gracias por todo lo que estás haciendo por mí.

—No tienes que darla. Darío es mi jefe, pero también es mi amigo.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —Pedro asintió—. ¿Por qué trabajas para Darío? ¡Eres un puto genio!

Sus palabras le hicieron sonreír y ella lo hizo también, consiguiendo que él quedara

embelesado por aquel simple gesto. Cada vez estaba más seguro de que aquello no iba a terminar bien, y decidió centrarse en la respuesta.

—Para mí, estudiar se convirtió en una obsesión. No comía, no bebía, no dormía... Un día, mis compañeros me encontraron inconsciente en la habitación y me llevaron al hospital, estaba deshidratado, desnutrido y agotado. Estuve dos semanas en coma y tuve un fallo renal del que conseguí recuperarme. —Isabella se llevó las manos a la boca en un gesto de consternación—. Cuando salí del hospital, me vine de regreso a España y, aunque terminé la carrera que estaba cursando, decidí vivir. Me tocó hacer las prácticas en la empresa de Darío hace un año y a las dos semanas ya era su asistente personal.

—¡Joder, Pedro! ¿Te quedó alguna secuela?

—No, estoy perfectamente...

Sonó el móvil de Isabella, cortando la conversación, haciendo que perdiera el color de su cara y comenzara a temblar. Pedro supo al instante que se trataba del tal Antonio y le arrancó el teléfono de la mano para contestar.

—Buenas noches...

—¿*Quién eres?*

—Yo soy Pedro e Isabella no va a hablar contigo...

—*Pásame ahora mismo con mi novia.*

—¿Tu qué? Ya no es tu novia, déjala en paz

—*¡Que me pases con la zorra esa!*

—No vuelvas a insultarla o te juro que te arranco la cabeza —espetó antes de colgarle el teléfono—. ¿Este tío es gilipollas?

Miró a Isabella, seguía temblando, así que se levantó, la cogió en brazos y la llevó hasta el sofá. Una vez sentados, la abrazó, le besó el pelo y consiguió que se tranquilizara poco a poco, hasta que levantó la cabeza y lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Perdón, Pedro, sé que te incomoda tenerme tan cerca. —Intentó levantarse, pero la abrazó con más fuerza.

—Tranquila, pequeña, lo que menos haces es incomodarme.

Pedro intentaba entender por qué su mente le había jugado esa mala pasada y había pronunciado esas palabras, y para cuando quiso darse cuenta, la sintió sentada a horcajadas sobre él, mirándole a los ojos, acariciándole el pelo.

—¿Qué provocho en ti, Pedro? —preguntó demasiado cerca de sus labios.

—No me tientes, Isabella.

—Si es una mínima parte de lo que tú provocas en mí...

No pudo contener más las ganas que tenía de besarla. Al principio fue algo suave, pidiendo paso, mordiendo con cuidado su labio inferior y tirando de él, consiguiendo que abriera un poco la boca con un gemido, que le dio el valor para profundizar el beso, y ella respondió con vehemencia.

Isabella devoró la boca del hombre que tenía delante, sentía que era puro fuego. Sus lenguas jugaron, tiró de su pelo y lo retiró para observar la belleza de sus rudas facciones. Pedro la miró a los ojos y volvió a la realidad.

—Lo siento, Isabella. No debí...

No lo dejó terminar de hablar, volvió a besarlo, y Pedro ya perdió todo el autocontrol que acababa de tener. La apretó contra su erección, haciéndola gemir, pero se dio cuenta de que estaba nerviosa, había algo que no le cuadraba. Sabía que estaba excitaba, que deseaba lo que estaba

pasando entre ellos, mas también notaba cierto miedo. Tenía que parar.

—Para, Isabella, para, esto no está bien. Se supone que tengo que cuidar de ti, no llevarte a la cama.

—Por favor, Pedro. Nunca antes un hombre había despertado en mí lo que tú despiertas... Pedro, quiero que seas el primero.

—Pero, Isabella, esto... ¿¡Cómo!?! ¿El primero? ¿Nunca has...? ¿Y Antonio...?

—Ese fue el problema, me estaba presionando y yo no... —Sus ojos se llenaron de lágrimas, y Pedro sintió una puñalada en su corazón.

—Ey, no llores, si no estabas segura, hiciste bien. Pero... no creo que sea yo el indicado, no me conoces de nada.

—A ver, eres inteligente, simpático, un poco gruñón... Me encanta tu pelo oscuro, tus ojos verdes, tus labios carnosos, tus fuertes brazos que me dan refugio cuando lo necesito...

—Isabella, tiene que ser alguien especial, alguien a quien quieras, por el que sientas algo más que deseo. Joder... Me encantaría ser yo, pero no puedo...

—Si no es hoy, no importa, esperaré, porque sé que tú eres esa persona especial que tiene que ser el primero. Voy a estar en Madrid hasta el jueves y en estos días voy a hacerte cambiar de opinión.

—No vas a parar hasta que lo consigas, ¿verdad? —ella asintió—. No puedo prometerte amor eterno.

—No estoy pidiéndotelo, pero quiero que seas el primero, por favor.

—No hace falta que lo pidas por favor. Para mí no sería un sacrificio —sonrió—. Creo que ya lo he dejado bastante claro.

Se apretón contra su erección y Pedro no pudo evitar gemir. Si no paraba de hacerlo, no podría controlarse de nuevo. Nunca le había pasado algo parecido, ninguna mujer había conseguido llevarlo a ese extremo.

—Para, Isabella, voy a perder el poco control que me queda y no quiero hacer algo de lo que sé que voy a arrepentirme.

Ella paró de moverse sobre él, lo miró con ojos tristes, se levantó rápidamente y comenzó a recoger la mesa. Pedro siguió sus plazos y lo hicieron entre los dos, en el más absoluto de los silencios.

—¿Quieres ver una película?

—No, gracias, estoy cansada. Hasta mañana.

—¡Joder, Isabella! Mírame, no sé como...

—Tranquilo, Pedro, se me pasará, no quiero ser un error en tu vida, algo de lo que te arrepientas.

«¡Mierda, mierda y mierda!», se fustigó Pedro mientras la vio entrar en la que sería su habitación y echar el pestillo.

Eran las tres de la mañana y Pedro estaba tumbado en el sofá del salón, había sido incapaz de pegar ojo, no podía parar de pensar en ella, en sus ojos, en su boca, en su sonrisa... Estaba demasiado delgada para su gusto, pero tenía curvar y un culito respingón que apenas podía tapar los shorts que usaba para estar cómoda

No la conocía de nada, tenía un carácter endemoniado, era impulsiva, tierna, frágil y muy inteligente... ¿Qué iba a hacer con lo que estaba sintiendo? Le había dejado claro que no podía prometerle amor, pero tampoco quería hacerle daño. Si se enamoraba de él y no era capaz de corresponderle... Si se enamoraba él...

Escuchó el pestillo de la habitación de Isabella y la vio dirigirse a la cocina somnolienta, abrir la nevera y beber a morro de la botella de agua. Hacía mucho tiempo que no veía a una mujer hacer eso, y le resultó tan divertido que rio, haciendo que ella se asustara, atragantara y tosiera. Pedro corrió en su auxilio, pero cuando le tocó el brazo, ella se apartó bruscamente.

—¡Maldito seas! ¡Menudo susto me has dado! Se me va a salir el corazón por la boca...

—Lo siento —intentó aguantar la risa—. Es que te he visto beber a morro y me ha hecho mucha gracia.

—Si hubiera sabido que estabas ahí, no lo hubiera hecho.

—No me importa, yo también suelo hacerlo.

Ambos se miraron y arrancaron a reír a carcajadas. Era de madrugada, y ahí estaban los dos partiéndose de risa en la cocina.

Llenaron dos vasos de leche y se sentaron en el sofá del salón. Hablaron durante horas, de sus vidas, de sus amigos, de cómo superaron la adolescencia siendo niños con altas capacidades...

Y ambos fueron conscientes de que se estaban enamorando, aunque ninguno de los dos estaba dispuesto a admitirlo.

Sonó la alarma del móvil de Pedro, eran las ocho, la hora a la que solía salir a correr los sábados, y ese no iba a ser una excepción.

—Deberías dormir un rato para que puedas seguir estudiando, yo me voy a correr.

—¿Cómo? No vas a salir a correr, si yo me voy a dormir, tú también, y no protestes, así que a tu cuarto ya.

Pedro sonrió, se levantó, se acercó a ella y dio un beso en la frete antes de confesar lo que su corazón se moría por gritar:

—Isabella, tú nunca serías un error.



Un intenso olor a pescado cocinado al horno lo despertó. Se estiró en la cama y no tardó más de unos segundos en levantarse, había ciertos líquidos de su cuerpo que pedían a gritos salir, así que si dirigió el único baño que tenía su pequeño piso, abrió la puerta y...

—¡Pedro! ¡Que me estoy duchando!

—Perdona, no estoy acostumbrado a tener gente en casa. —No pudo moverse al vislumbrar la estampa que tenía delante de él.

—Pero ¡no mires!

—Perdona..., me... me voy, y no tardes que me meo.

Pedro se quedó apoyado en la pared del pasillo, pensando en lo que acababa de pasar y en lo que había visto. Estaba nervioso, excitado y era incapaz de moverse.

Isabella, lejos de sentirse avergonzada, sabiendo lo que provocaba en él, se sintió bien, traviesa y un poco triste. Él no quería que pasara nada entre ellos, y el amor ni olerlo.

Abrió la puerta y salió con una toalla en el pelo y otra rodeando su cuerpo, aunque apenas le llegaba por debajo del culo. Pedro la miró de arriba abajo y ella se contoneó delante de él mientras avanzaba por el pasillo.

—Ya... ya puedes entrar. Aunque más que mear creo que necesitas una ducha bien fría —le dijo, sonriendo con descaro mientras miraba el bulto que había bajo sus pantalones.

—¡Serás descarada! —sonrió—. ¿Una 95? —señaló sus pechos.

—¡Serás...!

Isabella no pudo evitar ruborizarse hasta las pestañas y seguir su camino, la vio andar, moviendo ese culito que empezaba a volverle loco, hasta llegar hasta llegar a su habitación.

Se dio una ducha fría de veinte minutos, necesitaba bajar la erección que parecía no querer desaparecer y congelar sus pensamientos ya que estaba.

Salió del baño sacando primero la cabeza y mirando a ambos lados del pasillo. Su toalla también era minúscula y no quería cruzarse con Isabella.

Entró rápidamente en su habitación, se puso la ropa interior y un pantalón de pijama, se negaba a ponerse la camiseta, tenía demasiado calor.

Entró en la cocina y encontró a Isabella escuchando música en su móvil, cantando y bailando mientras fregaba. Se giró, vio que tenía compañía, sonrió y se quitó los auriculares.

—Espero que te guste el pescado al horno. No sabía qué hacer, así que baje al mercado. Vi que tenía buena pinta y lo compré.

—No deberías haberte molestado, tendrías que estar descansando para estudiar. —Ella sonrió con picardía.

—¿Te cuento un secreto? —Pedro asintió—. Ya lo tengo todo preparado, lo de estudiar fue una excusa para escapar del acoso de Antonio. —Su mirada se entristeció.

—¡Serás...! ¿Y me tienes aquí encerrado? —sonrió—. En cuanto terminemos de comer ese pescado que huele tan bien, nos vamos a pasear por Madrid. ¿Qué te parece?

—¡Me encanta!

Isabella lo abrazó, le dio un breve beso en los labios y él se sintió feliz porque la vio sonreír. Y no quiso darle importancia a lo que acababa de pasar, en el fondo lo estaba deseando y no se iba a quejar por ello. Esa chica impertinente estaba ganando terreno poco a poco y él no estaba poniendo impedimento ninguno.

Pasaron la tarde comprando libros, tomando café, y hasta paseando cogidos de la mano.

Antes de llegar al piso, compraron sushi y helado de fresa. Estaban demasiado cansados preparar la cena, y comieron entre risas y roces de manos que les hacían arder.

Tras recoger la mesa, se sentaron en el sofá. Cuchara en mano, sonrieron y atacaron el bote de helado.

—No sé cómo te cabe el helado —confesó Pedro.

—Soy una glotona, me encanta comer, pero tengo que hacerlo a escondidas, mi madre está un poco obsesionada con el peso. Pobre papá, muchas veces me pregunto cómo la aguanta. No es mala, que conste, pero es un poco especial. Te has manchado aquí.

Le limpió el helado que había caído por su barbilla y se chupó el dedo. Ese gesto le pareció tan íntimo, tan natural, que sintió la necesidad de dar el paso que ella tanto ansiaba.

Soltó el helado en la mesa, le quitó la cuchara, la miró a los ojos y se acercó a ella para besarla.

Isabella no lo esperaba y tardó unos segundos en reaccionar, pero lo hizo, dando paso a su lengua, que se deleitó con su sabor a fresa.

La sentó a horcajadas sobre él, y ella no dudó en besar sus labios, su cara, su cuello, sus hombros... Tiró de su camiseta y la sacó por su cabeza, alborotándole el pelo, y la de ella siguió el mismo camino.

Le quitó el sujetador y lo tiró a saber dónde. Sus pechos eran preciosos, redondos, tersos, suaves. Los acarició con la mirada y con las manos, y sus pezones respondieron a sus caricias.

Capturó uno de ellos con sus labios, succionó, lamió, sopló, atrapó con los dientes, tiró levemente y ella gimió. Su respiración se agitaba por momentos, estaba excitada, pero también nerviosa.

«¡Pedro, recuerda que es su primera vez!».

—Isabella, ¿estás segura?

—¡Calla y no pares!

—Vamos a mi cama, allí estaremos más cómodos.

Se levantó del sofá con ella enganchada a él, y llegaron al dormitorio entre besos y caricias.

A tuestas, la dejó sobre la cama sin dejar de mirarla a los ojos. Podía ver en ellos dudas y miedos que estaba dispuesto a eliminar.

—¿Va a dolerme?

—Intentaré que no te duela, pero alguna molestia tendrás. Relájate, cariño, no debes estar tensa.

Se puso de rodillas junto a ella y se deshizo de sus shorts y sus braguitas de Hello Kitty. «¡Es preciosa! Necesito besar cada centímetro de su cuerpo».

Se quitó toda la ropa, le abrió las piernas y se colocó entre ellas. Repartió un reguero de besos sobre su frente, sus párpados, sus mejillas, sus labios, su clavícula y bajó hasta sus pechos, donde jugó con sus ellos, haciéndola gemir una y otra vez.

Bajó por su barriga y besó la cara interna de sus muslos hasta llegar donde quería. Le flexionó las rodillas y lamió su sexo, estaba húmeda, preparada para él.

Su lengua exploró hasta llegar a su clítoris, haciéndola gemir. Lo masturbó, introdujo un dedo dentro de ella y seguidamente otro. Estaba muy cerca del orgasmo, pero los nervios no permitían que lo disfrutara como debía.

—Isabella, déjate llevar, no te resistas. Disfrútalo.

—Vale...

Y solo necesitó jugar un poco más con ella para que arqueara la espalda y se dejara ir, alcanzando un brutal orgasmo que la dejó sin respiración.

Se incorporó y su erección buscó la entrada de su sexo. Entró en ella poco a poco para que se adaptara a la intrusión. Se quejó y paró.

—¿Estás bien? ¿Quieres que pare?

—No, me ha molestado un poco, pero ya pasó. Sigue...

Siguió entrando en ella poco a poco. Estaba tan apretada que tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no correrse en ese mismo momento. Cuando estuvo completamente dentro, paró para que se adaptara antes de empezar esa incesante danza que los llevaría a tocar el cielo.

Salió y entró lentamente. Ella gimió, se arqueó y aceleró el ritmo. Los músculos de su vagina se contrajeron y supo que el orgasmo iba a llegar de nuevo. Continuó sin bajar el ritmo hasta que Isabella se dejó ir con su nombre en sus labios. Era tal la presión que estaba haciendo sobre su erección, que se corrió sin poder remediarlo.

Cayó sobre ella, intentando no aplastarla. Aunque estaba delgado, en aquel momento era un peso muerto. Se tumbó a su lado, la apretó contra su pecho y sintió sus lágrimas.

—¿Por qué lloras? ¿Te he hecho daño?

—¿Daño? Pedro, ha sido maravilloso. Mis amigas decían que me iba a doler, que no sentiría nada, que era un mero trámite, pero ha sido como si estuviera tocando las estrellas. No lloro por dolor, lloro porque es lo más bonito que me ha pasado en la vida.

La abrazó, la besó, la acarició... Se sentía incapaz de decir nada sin que se notara la emoción que en ese momento formaba un nudo en su garganta, y una vocecilla dentro de su cabeza le gritaba: ¡Estás enamorándote!

—Me quedaría así toda la noche, pero necesito ir al baño, estoy un poquito pringosa.

Se levantó y Pedro la veó irse meneando su culito respingón. «Un momento... ¿Pringosa?», notó que le faltaba el aire. Dio un salto y se sentó en el borde de la cama.

«¡Estúpido! ¡Soy estúpido!». No entendía cómo podía haberse dejado llevar de esa manera. Apoyó los codos sobre sus rodilla y meneó la cabeza entre sus manos. No la escuchó llegar.

—¿Ya te has arrepentido?

—No, cariño, ven, siéntate conmigo. Escúchame bien, ¿vale? Nunca me arrepentiré de lo que ha pasado esta noche —la abrazó—. Pero hay algo que he hecho mal.

—No, Pedro, hemos hecho mal, he sido consciente al ir al baño. No creo que vaya a quedarme embarazada, según mi ginecólogo es prácticamente imposible que lo pueda conseguir por medios naturales. Tengo un ovario poliquístico y el otro me lo tuvieron que extirpar hace unos años. Así que tranquilo, ¿vale?

—Ven aquí, preciosa.

Ambos se tumbaron en la cama, y abrazados se quedaron dormidos. Y el último pensamiento de Pedro fue que no le importaría tener un hijo con Isabella, y el último de ella, que no le importaría compartir el resto de su vida con él.

Pedro abrió los ojos, Isabella lo estaba mirando con una sonrisa en los labios y él se sintió el hombre más feliz del mundo.

—Buenos días. ¿Hace mucho que estás despierta?

—No, unos diez minutos. ¿Sabes que eres muy guapo de buena mañana? —sonrió y le dio un beso en los labios. Sabía a menta, se había lavado los dientes para evitar el mal aliento mañanero. «¡Chica lista!».

—Ahora vuelvo, voy al baño. No te muevas de aquí que todavía no es hora de levantarse.

Isabella se extrañó en primera instancia, pero después se rió al darse cuenta por dónde iban los tiros. Así que, cuando Pedro volvió con su cara lavada, peinado y un aliento fresco, la encontró de rodillas sobre el colchón, completamente desnuda, esperándole.

Pasaron horas haciendo el amor, hasta que sus tripas rugieron pidiendo comida. ¡Ni tan siquiera hemos desayunado!

Cuando estaban listos para salir a comer, sonó su teléfono. Era Darío, y Pedro creyó que iba a darle un infarto. Avisó a Isabella de quién se trataba, descolgó y se dirigió al salón.

—Buenas tardes, Darío, ¿qué tal el viaje?

—Buenas tardes, Pedro. Todo perfecto. ¿Cómo te va con la niña? ¿Te está dando problemas?

—Para nada, nos estamos entendiendo bien. ¿Cuándo volvéis? Me imagino que querrás que la lleve a casa de Martina.

—Ni se te ocurra, Pedro. Te doy un mes de vacaciones si quieres, pero se tiene que quedar contigo hasta el jueves.

—¿Cómo? Darío... —fingió desesperación.

—Pedro, Antonio ha estado en el edificio de Martina y en el de la empresa. Dejamos fotos de él a los conserjes y lo han reconocido. Tienes que hacer esto por mí, por favor.

—Tranquilo, se puede quedar en mi casa. Ya te he dicho que nos estamos entendiendo bien.

—Gracias, Pedro, llegamos sobre las siete y vamos directos a tu casa.

—De acuerdo, aquí os esperamos, voy a hablar con ella.

Se despidió de Darío y regresó al dormitorio para hablar con Isabella. Está cerrando la maleta, y no sabía cómo iba contarle lo que le había dicho su jefe, tenía miedo de cómo se lo tomaría.

—Acabo de hablar con Darío.

—¿A qué hora llegan?

—A las siete. Tengo que darte dos noticias, una buena y una mala... ¿Por cuál empiezo?

—Por la mala.

—Antonio ha estado buscándote en casa de tu hermana y en el ático.

Como era de esperar, el color de su cara palideció y tembló. Pedro la abrazó la sentó en la cama junto a él.

—¿Y la buena? —quiso saber Isabella.

—Que te quedas conmigo hasta el jueves.

Su sonrisa iluminó su cara de nuevo, lo tiró en la cama sin soltar el abrazo y lo besó con cariño, con dulzura, aunque también con pasión.

—Para, Isabella, vamos a salir a comer. Tenemos mucho tiempo para seguir jugando, cariño. ¿Qué te apetece...?

—¡McDonalds!

—¿McDonalds? —Isabella asintió sonriendo—. Venga, vamos.

Eran las siete y cuarto y acababan de llegar Martina y Darío. Las dos hermanas se dirigen al despacho y Pedro se quedó sentada en el sofá del salón con su jefe.

—¿Se ha portado bien? ¿Te ha dado muchos quebraderos de cabeza?

—No, ya te he dicho que nos estamos llevando muy bien —sonrió Pedro como un tonto.

—Pedro, mírame, tú... ¡Tú estás enamorado de Isabella!

—No, bueno... Sí, bueno... ¡No sé, joder! Estoy hecho un lío. —Darío se rio y él sonrió—. ¡Me tiene loco!

—Y... ¿ella siente lo mismo?

—Pues no lo sé. Algo siente, pero creo que es demasiado pronto para hablar de amor.

—¡Pedro! —Darío y él dieron un salto del sofá—. ¿Te dejo a mi hermana para que la cuides y la enamoras?

—Lo siento, Martina, yo no...

El pobre chico creyó que le iba a dar un infarto. Martina se acercó a él y temió que fuera a darle una buena bofetada.

—¡No sabes cuánto me alegro! —Martina lo abrazó y eso hizo que se tranquilizara.

UN MES DESPUÉS

Pedro estaba en Atocha, esperando a Isabella, que llegaría en el AVE. En ese mes, habían pasado un par de fines de semana juntos en Madrid que les había sabido a poco.

Algo pasaba, no era normal que lo llamara desde la estación de Santa Justa para decirle que fuera a recogerla, sin organizarlo, sin planearlo. Estaba rara, nerviosa y su voz delataba que había estado llorando.

Pensó que podía haber tenido problemas con Antonio, aunque, desde que Martina consiguió la orden de alejamiento, no habían vuelto a saber de él.

Quizá había discutido con su madre, siempre le había dicho que era un poquito rara, pero, desde que Antonio amenazó a Isabella delante de ella, se sentía tan culpable por querer lanzarla a sus brazos que su actitud había cambiado radicalmente.

Y, por más que quisiera negárselo a sí mismo, también pensaba que podía haber conocido a otra persona y quería que todo acabara entre ellos.

El tren llegó y la vio bajar. No traía maleta, solo su bolso, y cuando vio a Pedro, arrancó a correr hasta él, lo abrazó y lloró.

—Lo siento, Pedro.

Y esa disculpa cayó como una losa sobre él, sintió que aquello era el fin, que todo iba a terminar, y sintió una insoportable opresión en el corazón.

—Lo siento mucho, cariño, yo no quería que pasara esto. Perdóname.

«¿Perdonarla? ¿Qué había pasado?». Y la palabra infidelidad salió corriendo de su cabeza, directa al centro de su pecho.

Pedro entró en una especie de estado de shock, no sabía qué decir ni qué hacer. Ella se separa de él, buscó en el bolso y sacó algo parecido a un rotulador blanco. Se lo tendió, lo cogió, lo miró... «¡Joder!».

—Estoy embarazada —consiguió decir antes de romper a llorar de nuevo.

«Está embarazada. ¿Está embarazada? ¡Está embarazada! ¡¡¡Está embarazada!!!», vitoreó en silencio para no asustarla, sabía que no debía ser fácil para ella.

—Isabella, para de llorar. —Tomó su cara con sus manos—. No hay nada que perdonar, y no tienes que sentirlo.

—Pero se supone que no podía quedarme embarazada sin más y tú no...

—Me acabas de hacer el hombre más feliz del mundo, porque voy a tener un hijo con la mujer que amo y a la que extraño cada día —puso las cartas sobre la mesa, sin importarle si se asustaba o no, y ella lo miró asombrada—. Ya nada te ata al pueblo ni a Sevilla, así que quiero que te vengas a Madrid, porque necesito dormir cada noche a tu lado. ¿Qué me dices?

—¿Que qué te digo? —lloriqueó mientras saltaba sobre él—. Que te quiero, te quiero, te quiero y te quiero. Nada me haría más feliz que vivir contigo y poder criar a nuestro hijo juntos.

—¿Vamos a casarnos?

—¡No vayas tan rápido, vaquero! No pienso ser una novia con más barriga que cuerpo.

FIN

AÑO NUEVO,
VIDA NUEVA

La copa estaba a medio terminar y ya era hora de volver a casa.

A sus treinta años, Israel no tenía claro cuál era su destino en la vida; una vida que estaba llena de contradicciones, de miedos, de sentimientos volubles, de relaciones vacías... Tan solo hacía unas horas que había terminado con su última novia. Ninguna mujer lo llenaba, y aunque sabía perfectamente por qué, se negaba a creerlo.

La copa se terminó y, lejos de salir de allí, pidió otra. El camarero le avisó que en un par de horas cerrarían. Era Fin de Año y tocaba pasarlo con la familia. La música sonaba y en el local apenas quedaban unas diez personas. Estaría allí hasta que no tuviera más remedio que irse, pero seguía sin saber qué haría después.

Un chico se acercó a la barra a pedir. Era moreno, un poco más alto que él, de ojos color miel. Vestía unos vaqueros y una camiseta de mangas cortas que dejaba ver unos bíceps bien definidos.

Samuel pidió un *whisky* solo con hielo y, mientras esperaba a que le sirvieran su copa, giró la cabeza. Miró directamente a los ojos color verde aceituna del chico que estaba allí sentado. Él era el único motivo por el que aún seguía en aquel bar. Llevaba un buen rato observándolo. Su actitud le decía que no estaba pasando por un buen momento y mucho se temía que el motivo fuera el mismo que lo atormentó a él durante un tiempo. Vestía un traje de chaqueta gris marengo, una camisa blanca y una corbata que le pedía a gritos que tirara de ella hasta juntar sus labios con los de él, pero debía ser prudente.

—Hola, mi nombre es Samuel.

—Ho..., hola. Israel.

Se dieron la mano y Samuel ya no tuvo más dudas. Ese chico era gay y vivía atormentado por ello. Por su porte y su forma de vestir, probablemente fuera una persona con algún puesto importante en una empresa y perteneciente a una familia demasiado tradicional.

—¿Estás solo? Es Fin de Año.

—Sí, pero me voy en breve.

—Ya...

—¿Sabes si hay algún *pub* abierto hasta más tarde?

Aquello ilusionó a Samuel. Claro que conocía bares que estarían abiertos por muy Fin de Año que fuera; podría pasar más tiempo con aquel atormentado chico que tanto llamaba su atención.

—Conozco un par de ellos. Si quieres, puedo llevarte.

—Gracias, pero no quiero molestar... Imagino que tendrás planes con alguien.

—Imaginas mal. ¿Quieres sentarte conmigo?

Israel asintió y lo siguió hasta uno de los discretos reservados de aquel sitio. Al principio se sintió incómodo, pero Samuel consiguió que aquella incomodidad desapareciera, que se abriera a él.

El teléfono de Israel sonó, miró la pantalla y volvió a guardarlo. Era su madre. Seguramente estaría preocupada porque había desaparecido, pero lo que menos le apetecía era estar con su familia. Se levantó y se dirigió al baño. Necesitaba echarse agua en la nuca y la cara. Su

compañero improvisado de copas estaba haciéndole sentir cosas que nunca había experimentado... O sí.

Apoyado sobre la encimera de mármol del lavabo, se miró al espejo y no reconoció al hombre que tenía delante de él. La puerta se abrió y tras ella estaba Samuel. Se giró y sobraron las palabras.

Israel hizo algo que jamás pensó que haría. Se abalanzó sobre él y lo besó con la pasión y el ímpetu con los que nunca había besado a una mujer. Una sensación de calor se apoderó de su estómago y subió hacia su garganta al tiempo que bajó hasta su más que erecto miembro. La pesadez de la presión a la que siempre se había visto sometido se apoderó de su mente y paró aquella locura, pero ya era demasiado tarde, ya estaba perdido.

Samuel hizo lo que llevaba toda la noche deseando hacer. Tiró de su corbata, volvió a besarlo y lo acorraló contra una de las paredes del baño. Israel no pudo oponerse y, por primera vez en su vida, se dejó llevar por lo que su corazón sentía. Tenía miedo, no sabía cómo acabaría todo aquello; lo único que tenía claro era que se sentía bien.

Volvió a separarse, pero esta vez no era por arrepentimiento. Temía que alguien entrara y se formara un escándalo. Samuel leyó su pensamiento y sonrió.

—Tranquilo, estamos solos. El camarero ya se ha ido.

—¿Pero...?

—El local es mío.

Besó de nuevo aquellos labios que lo hacían sentir libre y tembló cuando aquel hombre que con tanta pasión se entregaba a él rozó con la mano su polla. Estaba a punto de reventar debajo del pantalón de tela de su traje de chaqueta. No sabía qué hacer con sus manos, si debía responder de la misma forma a sus caricias. Se sentía un torpe, como la primera vez que se acostó con una mujer, y entonces se dio cuenta de que esa también era su primera vez. Apoyó las manos en las caderas de Samuel y se separó en el momento en que le estaba bajando la cremallera. Tenía que advertirle que él nunca...

—Es la primera vez que hago esto. Yo no...

—Siempre hay una primera vez. Déjate llevar, yo te guiaré.

Lo besó en el cuello y aquello hizo que Israel soltara un gemido ronco que indicó el grado de excitación que sentía.

Samuel metió su mano dentro de la ropa interior de él, y sentir la dureza de su pasión lo hizo temblar. Había estado con muchos hombres, pero él tenía el aliciente de la inexperiencia, esa que él también tuvo en su día. Acarició sus testículos, el tronco de una polla más que deseosa de placer y finalmente rozó el glande. Aquello le pedía a gritos una gran mamada y no se lo pensó. Se arrodilló delante de aquel hombre que lo estaba haciendo enloquecer y, tras humedecer sus labios y el objeto de su deseo, se lo metió en la boca de una sola vez, provocándole una arcada por no controlar su respiración.

Israel dejó caer la cabeza contra la pared. No podía pensar en si aquello estaba bien o no; simplemente se dejó llevar por la situación, por el momento.

Samuel acarició nuevamente sus testículos a la vez que siguió follándose aquella delicia con su boca. Estaba dura y sabía que no aguantaría mucho. Tenía que retirarse porque no conocía a aquel hombre de nada. No sabía si podría contagiarle alguna enfermedad, y demasiado había arriesgado ya. Hizo acopio de la poca fuerza de voluntad que le quedaba y se retiró. Sintió un vacío que llenó besando aquellos gruesos y apetecibles labios que lo habían incitado a lanzarse sin red.

Israel se deshizo de la chaqueta, la corbata y la camisa. No pudo evitar capturar con sus dientes aquellos pezones pequeños rodeados de un suave vello que adornaba todo su torso y que acarició con la mano que tenía libre. Siguió masturbándolo hasta que un fuerte gemido salió de su boca y se corrió con fuerza sobre la mano de Samuel.

Se llevó las manos a la cara mientras su compañero de juego se lavaba las suyas. No podía creer lo que acababa de pasar, pero sí tenía claro que era lo más excitante que había hecho en su vida. No podía seguir ocultándose más. Era gay y empezaba a darle igual lo que pensarán los demás. Por primera vez en su vida, sentía que había hecho lo que realmente quería.

Samuel le retiró las manos de la cara y apoyó su frente contra la de él. Sabía que no era fácil enfrentarse a esa situación, que no era fácil dar el paso, y un extraño magnetismo lo obligaba a estar a su lado en ese momento y en muchos más.

—¿Estás bien?

—Sí, es solo que...

—No estás solo. ¿Tienes que irte ya?

—Debería. Mi familia lleva rato intentando contactarme.

—De acuerdo. Este es mi número de teléfono. —Le entregó una tarjeta de visita que Israel guardó en el bolsillo de su pantalón—. Espero que me llames.

—¿Con quién vas a pasar el Fin de Año?

—Voy a cenar con unos amigos y después vamos a tomar las uvas en la Puerta del Sol.

No hubo más palabras entre ellos. Israel se vistió, salieron del aseo, se dieron un último beso y salió de aquel local que siempre sería una parte muy importante de su vida.

Después de aguantar un soporífero discurso de su hermana en el que le reprochaba que hubiera abandonado a su novia en un día tan especial y haber desaparecido durante horas, se encontraba sentado a la mesa con el resto de su familia. Comía sin ganas y en su cabeza solo podía ver las imágenes de Samuel haciendo que su polla entrara y saliera de su boca sin descanso. Volvía a tener una erección considerable de solo pensar en cómo sería ir más allá con él.

Su padre lo sacó de sus pensamientos. A Israel le repateaba que, hasta en un día de celebración como era aquel, solo pensara en cómo iban sus negocios. Retorció con las manos sus pantalones, haciéndoles una arruga, y notó que algo más se doblaba en el bolsillo. Metió la mano y sacó la tarjeta que Samuel le había dado. En ese instante, su madre puso el postre delante de él. La cena había tocado a su fin y todavía quedaba un buen rato para que sonaran las campanadas.

Mientras todos estaban en el salón esperando a que llegara ese momento, Israel se retiró a su habitación. Necesitaba una ducha y ropa limpia que no oliera a sexo. Salió del baño quince minutos después con el pelo alborotado y en los pies de su cama estaba sentada la mujer que le dio la vida. Había guardado el traje de chaqueta que pensaba ponerse, y sobre el galán de noche descansaban unos vaqueros, una camisa y un jersey. La miró extrañado porque no entendía qué estaba haciendo.

—Mamá, ¿qué pasa?

—Que ya es hora de que seas feliz.

—¿Cómo?

—Sé que tienes muchas dudas y muchos miedos. Lo sé desde que eras un niño; son cosas que una madre sabe sin necesidad de palabras. Por eso sé que hoy has dado un gran paso. Vístete y ve a buscarlo.

—Yo...

—No tienes que decir nada, no pienses en nadie. Por una vez, piensa en ti y en tu felicidad.

—Gracias.

Israel se abrazó a ella durante unos instantes y lloró. Adoraba a esa mujer que nunca le había fallado. Sabía que era ella la que iba a tener que lidiar con su padre y con su hermana; ellos nunca lo entenderían.

Se vistió rápidamente ante la atenta mirada de su progenitora, que sonreía como nunca lo había hecho. El brillo de la felicidad daba luz a su cara y se la veía más bella que nunca.

Salió de la casa sin despedirse, subió a su moto, se puso el casco y arrancó antes de que pudiera arrepentirse o lo convencieran de no seguir adelante. Dos calles después paró, sacó la tarjeta de la cartera, su teléfono móvil del bolsillo y marcó el número de Samuel con la esperanza de que lo cogiera.

Dos tonos. Solo dos tonos tardó en descolgar y acariciar su tímpano con su preciosa y varonil voz:

—¿Hola?

—Hola, soy..

—Israel.

—Sí, soy yo. Me preguntaba...

—Te espero en la estatua del Oso y el Madroño.

—Voy de camino.

Los dos colgaron porque no necesitaban más palabras. Lo único que deseaban era llegar al punto de encuentro, volver a verse y, aunque aún no lo sabían, no separarse nunca más.

Aparcó la moto en las inmediaciones y se abrió paso entre la multitud. La estatua estaba cada vez más cerca, pero la sentía a kilómetros de él. La angustia tomó el control de su mente al pensar que podría haberle tomado el pelo y sintió la tentación de salir corriendo de allí. Pero entonces, a lo lejos, divisó su silueta.

Sintió miedo. Miedo a que su estructurada vida cambiara, miedo a algo nuevo, miedo al caos que supondría dar ese paso.

Sacó valor para hacerlo, y paso a paso se acercó a él. Con dedos temblorosos tocó su hombro, haciendo que Samuel se girara al sentir el contacto. Una enorme sonrisa se marcó en su rostro al ver que tenía delante a un hombre valiente.

Los cuartos sonaron entre miradas y las doce campanadas los siguieron, pero no fueron uvas lo que comieron para dar la bienvenida al nuevo año, sino besos que dieron comienzo a una nueva etapa.

Aquel año llegaba de una forma muy especial. Israel había decidido que nunca más se escondería, que era hora de dejar de pensar en los demás y disfrutar de su propia vida. De su vida junto a Samuel.

FIN

SÉ QUE
AÚN
ME AMAS

Una vez más, Candela despertó y la otra mitad de la cama estaba vacía. Habían pasado cinco meses y seguía sintiendo el abandono cada mañana al despertar. Amélie no estaba y probablemente nunca más estaría.

Siempre creyó que el VIH las había separado, pero no. Lina también era seropositiva. La preciosa chica de ojos grises y mirada felina la encandiló, y la apartó de su lado sin que Candela pudiera hacer nada para retenerla.

Se levantó de la cama, y tras una ducha rápida, cogió sus apuntes y salió de casa rumbo a la universidad. A sus treinta y dos años estaba terminando la carrera de derecho que decidió estudiar el día que el síndrome de abstinencia abandonó su vida y fue capaz de decidir qué quería hacer en la vida.

No fue fácil.

Sin dinero, sin trabajo, sin nadie a quien pedir ayuda, apoyo, consejo. Siempre podía hacerlo otra vez, pero estaba segura de que aquello le llevaría a caer de nuevo en el mundo del que acababa de salir y por el que era seropositiva.

Habían pasado siete años de la última vez que usó su cuerpo para conseguir un chute, habían pasado siete años de la última vez que los amigos de sus hermanos la usaban para sentir su propio placer sin importarle ella, habían pasado siete años de aquel último colocón, habían pasado siete años de la última imagen que recuerda de su madre pinchándose su último chute.

En sus brazos.

Candela vio morir a su madre en sus brazos. No sabía si estaba en el mundo real o en el mundo paralelo al que le transportaba el caballo, pero sabía que su corazón no volvería a latir, que la dosis que minutos antes se habían pinchado juntas, era la última, que se le fue la mano al prepararla o quizás era consciente de lo que estaba haciendo.

Pero allí, entre sus brazos, yacía inerte la mujer que le dio la vida y que se la destrozó.

Ese era su pasado y su enfermedad se lo recordaba a diario, pero no por ello iba a dejar que le siguiera atormentando. Nunca lo ocultó a nadie. Sus compañeros, sus profesores, sus clientes y todo el que le rodeaba lo sabía.

Estaba nerviosa, se enfrentaba al último examen de una carrera que había sacado con mucho esfuerzo y dedicación. Muchas horas de sueño invertidas después de días llenos de duro trabajo. Trabajo que le consiguió Amélie antes de que fueran pareja.

Organizadora de eventos.

«¿Quién me iba a decir que ese sería mi trabajo y que se me daría tan bien?» Esa era la pregunta que siempre rondaba por su cabeza cuando cruzaba la puerta del local donde tenía la sede su propia empresa.

El examen no tuvo secretos ni dudas para ella. Sabía que había salido victoriosa de un nuevo reto y se sentía feliz. Se dio el capricho de ir de compras, tomar un buen desayuno y disfrutar del sol que brillaba con fuerza entre aquellas nubes que barruntaban lluvia.

Aquella era su mañana, su día, pensaba disfrutarlo, aunque fuera en soledad. Comida tailandesa, una copa de vino, una sesión de Reiki para alinear los shakras y recargar energías, música, gente, vida.

Su casa seguía vacía, pero esperaba, deseaba, anhelaba que algún día alguien pudiera ayudarla a llenarla de nuevo. Quería que fuera Amélie, pero sabía que no podía ser, que ya no era suya, que debía olvidarla y seguir adelante, que aquel vacío iba en contra de lo que se prometió a sí misma

el día que decidió salir de las drogas y vivir: ser feliz.

Decidió no seguir pensando, preparó un baño de agua caliente con sales relajantes y estuvo leyendo un buen libro hasta que tiritó y fue consciente de que el agua estaba fría, de que había perdido la noción del tiempo inmersa en esa historia que no era suya.

El día tocaba a su fin y, antes de irse a dormir, miró el correo que le había enviado uno de sus empleados anunciándole que habían conseguido tres nuevos contratos. Si seguían con ese ritmo de trabajo tendría que contratar a alguien más. Y si no, también porque la idea de desaparecer seguía instalada en su cabeza, creía que esa sería la única forma de olvidarla.

Y organizando aquella huida, se dejó mecer por los brazos de Morfeo hasta que sonó la alarma de cada mañana y volvió a ver aquella mitad de la cama vacía.

Fue la primera en llegar a la oficina. Sobre la mesa le esperaban tres carpetas con los tres nuevos eventos que tendrían que organizar. Dos de ellos los organizarían sus empleados y ella se haría cargo del otro.

Abrió la primera carpeta y se encontró con una boda. Recordó todas las veces que Amélie y ella hablaron sobre el día que se casaran. Harían una boda por todo lo alto, invitarían a todas las amistades que habían pasado por sus vidas desde que dio comienzo su relación. Relación que estaban viendo crecer y madurar día a día.

La dejó a un lado y abrió la siguiente. Un evento literario. Ese le gustaba más que el anterior, y muy bueno tenía que ser el tercero para que no se decidiera por él.

Dejó la carpeta junto a la anterior y abrió la última. Una exposición fotográfica... No sabía con cuál se quedaría, pero sí tenía claro con cuál no.

Sólo tuvo que ver el evento que era y las cuatro letras que componían aquel nombre para saber que era ella, la mujer que le había arrebatado el amor de Amélie. Lina.

Los ojos le quemaban y luchaba por retener las ganas que tenía de llorar, pero era superior a ella y pronto sintió el sabor salado de las lágrimas entre sus labios. Tenía que apartar aquél expediente de sus manos, de su vista, lo necesitaba lejos para poder parar de llorar y, junto con el de la boda, lo dejó en la mesa de su secretaria.

Una boda también era algo demasiado duro en ese momento porque muchas fueron las veces que esa palabra inundaba sus conversaciones.

El evento literario era la mejor opción. La literatura, aunque la descubrió tarde, se había convertido en una de sus grandes pasiones y sabía que con aquel evento disfrutaría y se sentiría un poco más feliz.

Su teléfono móvil sonó. Una mezcla de alegría y tristeza se apoderó de su corazón, era la llamada que llevaba días esperando, la que decidiría su futuro más inmediato.

Sí, la habían aceptado, haría su pasantía en el despacho de la ciudad que la acogería, la que le haría olvidar el motivo por el que llevaba meses con aquel dolor en el corazón. Dejaría atrás el lugar que la vio nacer, crecer, hundirse en la más profunda de las miserias, resurgir y amar como nunca lo había hecho.

En un par de meses todo quedaría atrás, pero antes de marchar había algo que debía hacer. Tenía que decirle «adiós», despedirse de ella, cerrar ese capítulo de su vida definitivamente para poder continuar.

No sabía cómo hacerlo, cómo acercarse a ella, cómo conseguir que las palabras salieran de su garganta, y sin darse cuenta se vio escribiendo en un papel todo aquello que necesitaba decirle, su hasta siempre, su despedida.

Estaba tan inmersa en aquel papel que se sobresaltó cuando alguien llamó a su puerta. Era su

secretaria, la que con el paso del tiempo se había convertido en una amiga, la que se había tragado todas sus lágrimas, la que la había aconsejado, consolado y apoyado cuando Amélie desapareció.

Gina cerró la puerta al ver sus lágrimas, se acercó a ella, la abrazó y leyó lo que había escrito. Rompió a llorar porque no sólo era una despedida para Amélie, también lo era para su ahora, para ella, para todos los que la rodeaban y querían, pero entendía que tenía que ser así.

Dos meses.

Habían pasado dos meses y la carta seguía en el primer cajón de su escritorio.

En unos días abandonaría aquella oficina sin saber cuándo volvería y todavía no había conseguido entregarle la carta, cerrar ese capítulo de su vida que una vez más le hizo sufrir... Que le seguía haciendo sufrir.

El domingo había sido el día elegido para meter las maletas en el coche y partir. Había reservado habitación en un hotel para una semana, el tiempo que tardaría en encontrar un piso en aquella nueva ciudad.

El evento literario estaba organizado y Gina sólo tenía que seguir sus instrucciones, la boda había sido un gran éxito que hizo que consiguieran nuevos clientes y en unos momentos daría comienzo la exposición fotográfica de Lina.

«Ahora o nunca» Ese fue el pensamiento que se cruzó por su mente y por el que se dejó llevar.

Puede que no fuera el momento más indicado para hacerlo, pero así se aseguraba de que no correría tras ella. No soportaría oír nuevamente de sus labios que se había enamorado de otra, que la dejó de lado, que le importó más su trabajo y sus estudios que ella. Sí, Amélie corrió a los brazos de otra, pero ella tuvo gran parte de culpa.

Y no, no fue sólo el trabajo o los estudios, fue ella misma y sus miedos, sus fracasos y una enfermedad que no había aprendido a afrontar. Siempre pensó que estaba con ella por pena, que el día que se cansara la dejaría. Por eso cuando Amélie se fue, lo achacó a eso.

«¿Quién va a querer vivir su vida con una persona que le puede contagiar en cualquier momento?» Ese era el pensamiento que le atormentaba hasta que supo que Lina también lo era. Entonces fue consciente de que sólo ella había tenido la culpa de que su amor se esfumara, de que se enamorara de otra.

Descuidó el amor que Amélie le tenía y hasta el que le tenía a ella. Para cuando se vino a dar cuenta de su error, ya era demasiado tarde y había decidido darle su amor a otra que jamás la amaría como la amaba ella.

Una vez más sus propios errores la alejaban de la felicidad que tanto deseaba. Esa felicidad que se prometió conseguir cuando murió su madre y que ya nunca podría conseguir. Sin ella sería inalcanzable aunque no pensaba cerrar su corazón al amor. Le llegó una vez sin esperarlo y quién sabía si le podría volver a suceder.

Y allí estaba, parada frente a la galería en la que se celebraba la exposición. Tecleando nerviosa un mensaje en su teléfono. Esperando una respuesta que no llegaba, lo guardó y no pudo evitar frotar sus manos una y otra vez, como siempre que los nervios hacían presencia.

Se paró el mundo.

Caminaba decidida hacia ella y no sabía cómo actuar, qué decir, ni tan siquiera sabía qué sentimiento le provocaba tenerla allí, delante de ella.

Amélie la conocía y sabía que aquel momento no era fácil para Candela. Muchos años, muchas emociones, muchos momentos que forjaron su relación, que hicieron que creciera el amor que se tenían.

Dos besos, uno en cada mejilla, como los que se dan dos amigas, dos personas que no han

compartido siete años de sus vidas, dos personas que no se habían amado como lo habían hecho ellas.

—¿Qué haces aquí?

—Necesitaba verte.

—Candela, han pasado cinco meses...

—Me voy.

—¿Y?

Alzó sus manos al viento dando a entender que no le importaba. Candela puso las manos sobre los hombros de Amélie, la miró a los ojos y las lágrimas hablaron por las dos.

Sacó de su bolso el sobre y se lo entregó. Amélie lo miró, lo acarició y miles de sentimientos formaron un nudo en su garganta.

No entendía por qué aquel sobre le estaba doliendo tanto, no entendía por qué sentía la necesidad de abrazarla, de tenerla de nuevo entre sus brazos, pero necesitaba sentir su calor, su dulzura y hasta su pasión.

Devolvió la carta a las manos de Candela creyendo que así dejaría de sentir, pero sólo consiguió que la necesidad de aquel abrazo fuera más fuerte. Y la abrazó.

Y en aquel abrazo Candela dejó que las lágrimas salieran sin control, sin miedo, sin vergüenza a que la vieran débil y destrozada, porque lo estaba. Estaba viviendo uno de los momentos más doloroso de su vida sin estar en la nube a la que el caballo la llevaba.

Dolía aquel abrazo, tanto que se separó de ella aunque aquello le provocara más dolor. Volvió a entregarle la carta y Amélie la guardó en el bolsillo de su chaqueta dedicándole un ahogado «adiós» entre lágrimas antes de volver a la galería.

Candela se quedó inmóvil, viendo por última vez cómo se alejaba el amor de su vida, el puro, el sincero, el único y verdadero.

Desapareció dentro de la galería y Candela, paso a paso, de forma automática, volvió caminando a casa con la esperanza de que alguien la frenara y fuera ella, pero no, eso no pasó. Volvía a estar en aquella casa vacía que ya no sentía suya.

Alguien llamó al timbre y se le aceleró el corazón. No esperaba a nadie, quizás Amélie había leído aquella carta en la que le entregaba su corazón, en la que le contaba que sabía que su enfermedad había sido uno de los causantes de su marcha.

Corrió a abrir la puerta y un puñal le atravesó el corazón. No, no era ella quien estaba delante de su puerta, era su pasado. Un pasado enterrado que volvía siete años después en el día más inoportuno, en el día más propicio para recaer.

Delante de ella tenía a uno hombre de unos sesenta años... Bueno, eso aparentaba, aunque en realidad sólo era unos minutos mayor que Candela. Era Lolo, su hermano mellizo, su mitad, con el que había compartido muy buenos momentos, pero también el que la prostituía a cambio del chute del día para los dos.

No había sabido nada de él desde el día que enterraron a su madre. Tomaron rumbos distintos en la vida y ahora el destino volvía a hacer que se cruzaran, pero no estaba sólo.

Junto a él había una pequeña de unos cuatro años con unos preciosos ojos castaños que le recordaban a los de Lolo cuando eran niños, y la misma mirada triste.

Las ganas que tuvo de cerrar la puerta en el mismo instante que vio quién era, se esfumaron. No sabía cómo había conseguido encontrarla y llegar hasta allí, pero no podía seguir huyendo siempre que algo que no le gustaba se cruzaba en su vida.

Candela se retiró de la puerta y les invitó a entrar sin dirigirles la palabra. Se sentaron en su

precioso sofá de diseño y no le importó que la pequeña subiera sus pies con aquellos zapatos sucios y rotos por el paso del tiempo.

Se sentó frente a ellos y no necesitó palabras para saber que su hermano se estaba despidiendo. Era seropositivo al igual que ella, aunque no contrajeron la enfermedad a la vez.

Lolo era toxicómano al igual que ella, pero muy escrupuloso y nunca compartió sus jeringuillas con nadie. Contrajo la enfermedad hace unos tres años por mantener relaciones sexuales sin protección con otra toxicómana que sí estaba contagiada. Él no se lo había contado, pero lo hizo Andrés, un amigo común que también había conseguido salir de aquel oscuro mundo.

—¿Quieres un zumo...?

—Candela, se llama Candela.

—En la nevera hay de varios sabores, coge el que quieras.

La pequeña se levantó y salió corriendo. Candela miró a su hermano y se tapó la boca con las manos intentando ordenar todo lo que quería decir, todo lo que quería preguntar, todo lo que necesitaba saber.

—No tiene el virus.

—Es imposible, tú...

—No tenía SIDA cuando la tuve.

—¿Qué quieres, Lolo?

—No me queda mucho tiempo y su madre no superó el parto. Quiero que te quedes con ella.

—¿Cómo?

—No quiero que vaya a un centro, no quiero que tenga mi vida, quiero que tenga la tuya. La de la mujer fuerte que tengo delante, que fue capaz de salir de esta mierda y que es feliz.

—Pero yo tampoco soy un buen ejemplo, Lolo. Sabes que soy seropositiva y...

—Mírala. Tiene cuatro años, pesa trece kilos, no está escolarizada y tú puedes darle una vida más digna que la que yo nunca le hubiera podido dar.

—Todavía estás a tiempo, Lolo. Yo puedo ayudarte.

—Para mí es tarde. Ya estoy en la última fase, sabes cómo va esto.

—Lolo. Yo no estoy en mi mejor momento, el domingo me voy de aquí y no creo que vuelva.

—Llévala contigo.

—No la volverás a ver y...

—No quiero que me vea morir.

Candela se levantó, se sentó junto a su hermano y lo abrazó hasta que la pequeña apareció con un *tetra brick* de zumo entre sus brazos. Sí, alcanzó a cogerlo de la nevera, pero no tenía vaso.

Después de cinco meses, Candela volvió a sonreír y entendió que daba comienzo una nueva etapa en su vida. Quizás ese era el amor incondicional que el destino le tenía preparado para poder ser feliz en la vida.

Tres meses.

Habían pasado tres meses del día que le dio la carta a Amélie y su vida dio un giro de ciento ochenta grados poniendo todo patas arriba.

Sus planes de volver a huir se fueron al traste cuando abrió aquella puerta. No podía abandonarle, ya lo hizo una vez. Si aquel día no sólo hubiera pensado en ella, él también habría salido, estaría ahora jugando con su hija y Candela no estaría parada frente a su ataúd.

Ese siempre fue uno de sus fantasmas, el abandono de su mitad, pero en esos tres meses que estuvieron despidiéndose, esos fantasmas se esfumaron.

Lolo le pidió perdón todos los días hasta que se sumió en el profundo sueño del coma. Perdón

por no haberla cuidado, por haber permitido que entrara en ese mundo al que se vieron arrastrados desde que nacieron, por haberla prostituido a cambio de su propio beneficio. Sí, ella también salía beneficiada, pero ni la cuarta parte de lo que salía él.

Candela consiguió que admitieran a la pequeña en un colegio privado aunque el curso ya estaba avanzado. La niña era muy inteligente y avanzaba rápido, pero las pesadillas la atormentaban cada noche. Tenía pánico a las agujas hasta que vio que a los pocos minutos de ser pinchada, no se quedaba tirada en el sofá con la mirada perdida.

Sabía que iba a tardar mucho tiempo en superar sus cuatro años de vida, pero no descansaría hasta que fuera una niña completamente normal.

Aquel día marcó un antes y un después en su vida. Lolo dejó a la pequeña con Candela y fue a pasar la noche en su calle, en su cajero, ese en el que vivía desde que lo echaron de la casa en la que vivía de ocupa. Necesitaba despedirse de todo aquello porque al día siguiente, ingresaría en un centro en el que le cuidarían hasta el último de sus días.

Tras una buena ducha y una cena copiosa, pero no en demasía. La pequeña cayó en un profundo sueño del que no le despertó el timbre en mitad de la noche.

Candela se despertó sobresaltada. Su primer pensamiento fue que su hermano había decidido terminar con su vida antes de tiempo y la policía venía a comunicárselo.

Corrió a la puerta y, por segunda vez en el mismo día, casi le da un síncope al ver quién estaba tras ella.

Aquella preciosa mujer de pelo negro, ojos grises y mirada felina, estaba empapada hasta los huesos por culpa de la tormenta que estaba cayendo, pero su mirada le decía que donde más llovía era en su alma.

Quiso gritarle que se fuera, que no quería verla, tenerla cerca. La odiaba porque ella le quitó lo que más había querido en su vida, su mayor tesoro, pero no podía hacerlo y la invitó a pasar.

Hablaron de Amélie. La iba a dejar y sabía que iba a sufrir, quería que la cuidara, que la apoyara, que la reconquistara porque sabía que en alguna parte de su corazón la seguía queriendo.

Lina se fue y nunca más supo de ella. Buscó a Amélie unos días después, pero no quiso hablar con ella. La culpaba de que Lina la hubiera dejado porque las vio en la puerta de la galería.

Lo volvió a intentar una semana más tarde y sus palabras fueron hirientes, pero aun así, no podía dejar de amarla de una forma incondicional, de la forma en que ella había amado a Lina.

Entonces lo supo. Lina la había abandonado, quería que fuera feliz con ella, pero Amélie no la olvidaría tan fácilmente y nunca sería capaz de perdonarla por maltratar el amor que se tenían.

El viaje se canceló y comenzó su pasantía en uno de los despachos más prestigiosos de la ciudad.

Lolo empeoró por días hasta que llegó su final, pero mientras disfrutaron el uno del otro de una manera diferente a la que siempre lo habían hecho. Candela, por fin, conoció a su hermano.

A diario paseaban por los jardines de la clínica y hablaban de cosas que no les dolía, así lo pactaron. Candela había dejado su pasado atrás, donde debía estar y quería que él hiciera lo mismo. No quería que enturbiara sus últimos momentos de vida.

Una vez en semana llevó a la pequeña a ver a su padre hasta que la enfermedad le dio un aspecto que no quería que recordara, bastante tenía con tener en su mente todo lo que había vivido desde que nació.

Gina se hizo cargo de la pequeña durante los últimos días de vida de Lolo y Candela no se separó de su lado. Pasó tres días y dos noches con él, hasta que dio el último suspiro despidiéndose del mundo de los vivos.

Y allí estaba, viendo cómo metían aquella caja de madera en el crematorio, sabiendo, que en unas horas, el único rastro que le quedaría de su pasado sería ceniza. Aunque había alguien que siempre se lo recordaría al mirar sus preciosos ojos castaños, tan iguales a los suyos, pero con esa mirada que la transportaba a su niñez.

Ahora todo giraba en torno a ella.

Por las mañanas iba al colegio mientras Candela hacía su pasantía y por las tardes la llevaba a clases extraescolares para que estuviera lo antes posible al mismo nivel que los niños de su edad. Trabajaba por las tardes, en esos ratos en que la niña estaba ocupada, y por las noches cuando la casa se quedaba en silencio.

Ya había pasado una hora desde que le dio el último «adiós» a Lolo y seguía esperando a que todo aquello terminara. Miles de recuerdo le golpeaban, pero no estaba triste, ni ansiosa, ni tan siquiera deseosa de volver a flotar en la nube. A su mente sólo llegaban momentos de cuando eran niños, de sus juegos, las carreras, los abrazos, la conexión que sólo dos hermanos mellizos tienen... Era como si su mente hubiera eliminado todos los malos recuerdos, como si un virus hubiera entrado en su cerebro y los hubiera borrado todos.

Amélie seguía en su pensamiento. En aquel momento la necesitaba más que nunca, pero no pensaba atormentarse pensando en eso. Estos tres meses le habían enseñado que la vida era más corta y efímera de lo que imaginaba.

Tenía que seguir viviendo, aunque fuera sin ella. Sabía que nunca la olvidaría, pero ahora tenía otro amor puro por el que luchar, que salvar y al que nunca debía fallar ni maltratar, como había hecho con el de Amélie.

Sin querer, la carta que le entregó aquel día apareció en sus pensamientos y el encuentro delante de la galería le siguió. Sus ojos humedecidos hicieron que un «sé que aún me amas» rondara por su cabeza. Si ya no sintiera nada por ella, no hubieran brotado aquellas lágrimas y no se habrían abrazado como lo habían hecho.

Una esperanza nació en su corazón, pero unos días después sintió que se esfumaba. Probablemente la seguía amando, pero le había hecho demasiado daño. Tanto que se había refugiado en los brazos de otra que no la quería como ella se merecía.

Tres meses después sólo deseaba que fuera feliz, aunque no fuera a su lado. Eso era lo de menos, la quería tanto que lo único que le importaba era su felicidad y no le importaba que fuera en los brazos de otra

—Señora, aquí tiene las cenizas...

Candela dio un salto, no esperaba que nadie le hablara en medio de aquel silencio, de aquella soledad, de sus pensamientos. Un chico estaba delante de ella con una urna rodeada con un brazo, que parecía sacada de una de las pirámides de Egipto, y una carpeta con varios papeles.

Una vez repuesta del susto, los firmó y le hizo entrega de la urna y una caja donde guardarla.

Salió de allí y estuvo veinte minutos subida al coche, sin arrancar, mirando la caja que tenía en el asiento del copiloto y pensando qué hacer con ella.

El recuerdo de los dos jugando en el jardín de la casa donde vivían cuando eran niños llegó a su mente y lo tuvo claro. Arrancó el coche y puso rumbo hacia su pasado.

Tardó veinte minutos en llegar y, una vez estuvo delante de ella, sintió tristeza. Todas las ventanas y puertas estaban tabicadas para que nadie tuviera acceso. La última vez que estuvo allí fue el día que murió su madre.

Fue al jardín trasero abriéndose paso entre la maleza. Todavía había jeringuillas por allí tiradas y la pala que usaba su padre para plantar flores cuando eran pequeños, antes de morir.

La cogió y cavó un boquete no demasiado profundo. Lo justo para verter las cenizas de Lolo y volver a tapanlo.

Cada pala de tierra dolía más que la anterior y deseó que aquella casa nunca se hubiera convertido en el infierno que fue. Quería que volviera a ser la casa llena de alegría que recordaba y supo qué era lo que tenía que hacer.

Salió de allí y se dirigió al despacho de abogados donde hacía la pasantía. Quería aquella casa y sabía que ellos podrían ayudarla a conseguirla o, al menos, harían todo lo posible para que así fuera.

El teléfono sonó y al ver la hora se llevó las manos a la cabeza. Eran las nueve de la noche y la niña estaba con Gina. Tenía que volver corriendo a casa y sabía que la bronca que su amiga le iba a echar sería bastante fuerte. Pensó en no descolgar, pero eso haría que fuera peor.

—Lo siento, Gina. Ya voy para casa. Se me fue la hora y...

—Sé que andas bastante liada y hoy es un día muy duro para ti. Me llevo a la niña a casa de mi madre que Darío está de viaje y mañana la dejo en el colegio antes de ir a la oficina.

—No sé cómo voy a poder agradecerte todo lo que haces por nosotras.

—Yo sé una buena forma de hacerlo. No tardes en llegar a tu casa.

—¿Cómo?

—Hay alguien esperándote.

Y no le dio tiempo a decir más nada porque Gina cortó la comunicación. Miró el teléfono durante unos segundos y supo que había llegado el momento de irse.

Se despidió de los pocos que quedaban en el despacho y se fue a casa. No solía recibir visitas y alguien, que no sabía quién era, la estaba esperando.

Si Gina se había ido, sería una persona en la que confiaba y eso la dejó un poco más tranquila. Lo suficiente para no correr más de lo debido en el coche y tener un accidente por imprudente. Ya no sólo podía pensar en ella, había alguien más a quién no podía dejar sola.

La subida en el ascensor se le hizo eterna. Cuanto más cerca estaba de saber quién era esa misteriosa persona, más se impacientaba, hasta el punto de temblarle el pulso al meter la llave en la cerradura.

Aquel olor a hogar que tanto echaba de menos, volvía a inundar sus sentidos y entonces supo quién era la visita misteriosa sin necesidad de verla. Amélie estaba allí.

Estaba nerviosa, pero sabía que tenía que mantener la calma. No podía dejarse llevar por sus sentimientos, por sus ganas de besarla y abrazarla como antes. Probablemente estaría allí para darle el pésame por la muerte de Lolo, se habría enterado por los voluntarios del centro de rehabilitación que la acompañaron esa mañana.

Entró en el salón y estaba de pie, esperándola, con la respiración un poco alterada, los ojos brillantes por la humedad de las lágrimas contenidas e increíblemente preciosa. Tal y como la recordaba, aunque un poco más triste.

—No te esperaba aquí.

—Lo sé. ¿Cómo estás?

—Bien, gracias. ¿Y tú?

—Bien...

Un incómodo silencio se creó entre ellas. Candela soltó su bolso, su maletín y las llaves antes de dirigirse al sofá y hacerle un gesto para que se sentara donde ella quisiera.

Amélie se sentó a su lado y rompió el hielo.

—Siento mucho lo de tu hermano.

—Gracias.

—No sabía que hoy... Me he enterado cuando he llegado y Gina me ha abierto la puerta.

—Creí que habías venido a darme el pésame.

—He estado fuera los últimos tres meses. Necesitaba saber qué quería en mi vida.

—Espero que lo hayas conseguido.

—Sí, ahora lo tengo todo muy claro.

—Me alegro por ti.

—¿No quieres saber por qué estoy aquí?

—No sé si me lo quieres contar.

—Por ti.

Candela se tapó la cara con las manos para poder controlar las lágrimas que luchaban por salir y el nudo en la garganta que no la dejaba hablar.

Necesitaba mantener el control de la situación. Amaba a Amélie con todo su ser, su felicidad estaba junto a ella, lo sabía, lo tenía claro desde el día que la conoció, pero si ella volvía a irse de su lado no lo soportaría. Una segunda vez, no.

—Amélie, yo no...

—Sé que aún me amas.

—Pues claro que te amo, y sé que cometí muchos errores que no volvería a cometer si te tuviera a mi lado, pero no soportaría que algún día te volvieras a enamorar de otra persona y me abandonararas de nuevo.

—No me enamoré de Lina, sólo fue un espejismo. Me ha costado darme cuenta, pero sólo estaba con ella para darle el amor que tú no querías de mí.

—¿Crees que no lo sé? ¿Crees que no me arrepiento? Entendí tarde que mi enfermedad nunca te importó, que me querías por encima de todo, que ese nunca hubiera sido el motivo por el que me abandonararas, que sólo yo tuve la culpa de lo que pasó.

—No es tarde, Candela. Todavía podemos...

—No, Amélie. No podemos.

—¿Por qué?

—Porque tengo miedo, porque no quiero volver a hacerte daño y porque ahora no estoy sola.

—Lo sé. Es preciosa y se parece muchísimo a ti. ¿Ella también es seropositiva?

—No, es lo único que mi hermano hizo bien en la vida.

Amélie le tomó la cara entre sus manos y depositó un suave beso en sus labios. Apoyó su frente en la de Candela y acarició sus mejillas. Se separó y la miró a los ojos.

—Te quiero y no sabría vivir mi vida sin ti.

Diez años después.

Hoy me vuelvo a despedir de ti, aunque esta vez sí es para siempre.

Fuimos felices, la pareja más feliz del mundo, pero nunca imaginamos lo que el destino nos tenía preparado.

A los dos meses de la reconciliación nos casamos. Fue una boda de mero trámite en la que Gina y su marido fueron los testigos. Nada que ver con lo que planeamos tantas veces antes de la ruptura.

Unos meses después, salió a subasta la casa y la compramos por un precio de risa porque

nadie más estuvo interesado en adquirirla. Siempre decías que esa casa nos estaba esperando y aquel día me di cuenta de que era cierto.

Las obras duraron más de un año, y el día que nos mudamos hicimos la fiesta del siglo. La pequeña invitó a todos sus amigos y nosotras a todos los que nos acompañaban y apoyaban a diario.

Me enseñaste muchas cosas a lo largo de estos diez años, eras una mujer sabia. Me enseñaste incluso a vivir sin ti, y lo hiciste sin que me diera cuenta.

Sólo hace unos meses que supimos que este momento llegaría y aquí estamos la pequeña Candela, que ya es una adolescente, y yo despidiéndonos de ti para siempre.

Al menos nos tenemos la una a la otra para seguir caminando en la vida, para querernos y apoyarnos la una en la otra.

Fuiste una campeona, mi amor. Luchaste con uñas y dientes contra la enfermedad, pero no pudimos vencerla, fue más fuerte que nosotras. El cáncer te ganó la partida.

Siempre pensé que serías tú la que viviera este momento, pero, una vez más, me equivoqué.

Amélie, siempre serás el amor de mi vida y nadie podrá ser dueña de mi corazón porque es tuyo, se va contigo.

Pero soy feliz. A pesar de todo, soy feliz. He compartido contigo una vida corta y maravillosa, tengo a Candy, recuerdos preciosos y he conocido el amor verdadero. ¿Qué más le puedo pedir a la vida?

He conseguido cumplir la promesa que me hice aquel día mientras sostenía el cuerpo inerte de mi madre gracias a plantarle batalla a la vida y gracias a ti.

FIN

POR QUÉ,
ZEÑÓ,
POR QUÉ

Una vez más se reproducía en su teléfono aquella canción que tanto daño le hacía, aquella canción que describía perfectamente la relación que había existido entre ellos.

Sabía que no le hacía bien escucharla, pero no podía evitarlo. La voz de David Barrull cantando *Historia de un amor* la perseguía día y noche.

Allí estaba Mónica, tumbada en el sofá de su salón, con una serie de Netflix en la tele que no estaba viendo porque en su cabeza solo existían los recuerdos de él y en sus oídos un desamor. Siguió autocompadeciéndose durante un buen rato más, hasta que el sueño empezó a vencer a sus lágrimas, a su corazón y a su mente. Por fin iba a conseguirlo; dormir era la única forma que tenía de no pensar en Rubén.

Se encaminó a su habitación medio dormida y, sin tan siquiera quitarse la ropa, se metió en la cama. Aquella noche, ni los jadeos ni gemidos del escandaloso de su vecino podrían conseguir que Morfeo no la abrazara y acunara hasta que quisiera.

Y así fue.

Eran las doce del día cuando un estridente sonido la sobresaltó. El desgraciado que vivía a su lado y su música a toda pastilla la habían despertado. No contento con hacer ruido en la madrugada con la rubia tetona, que más de una mañana había visto salir de su casa, ahora también un domingo a las doce del día tenía que poner la música a ese volumen. Sabía que ya no eran horas de estar durmiendo, pero no fue algo que le importara.

Rápidamente salió de su cama, se colocó las zapatillas y, sin importarle lo más mínimo su aspecto, abrió la puerta de su casa y aporreó la de su vecino, ese maleducado al que no había visto nunca porque la tetona se encargaba sola de salir y cerrar.

La puerta se abrió y Mónica no podía creer lo que estaban viendo sus ojos. Tenía delante a un hombre de unos sesenta años, calvo, con barriga de tomar litros y litros de cerveza al día, con pinta de asquerosito, en calzoncillos y que se rascaba un sobaco. Aguantó la arcada que le provocó ver esa estampa delante de ella y recobró la compostura.

—Buenos días, vecino. Me preguntaba si le importaría bajar un poco el volumen de la música. Es domingo, día que Dios creó para descansar, y con ese puto reguetón a toda leche es complicado hacerlo.

—Yo no creo en Dios. Buenos días.

Aquel hombre le cerró la puerta en las narices y Mónica se quedó con cara de no entender nada. Una vez que reaccionó, aporreó de nuevo la puerta con más fuerza que antes. No volvió a abrirse y Mónica regresó a su casa diciendo a voz en grito:

—¿Por qué, *zeñó*?! ¿Por qué?!

Su relación con Rubén no solo le había dejado dolor, pena y llanto, sino también un piso y una hipoteca que casi no podía permitirse, en un lugar que no le gustaba y en un barrio que no era el suyo. Pero por hacerle caso a él, que sabía tanto del mercado inmobiliario, que era un empresario de éxito, lo compró.

Aquella había sido la peor inversión de su vida. Necesitaba con urgencia volver a su barrio,

con su gente, con sus amigas, y no estar en aquella lujosa urbanización donde nadie la conocía. Ni un «buenos días» ni un «¿Tienes sal, vecina?». Nada, absolutamente nada. Se sentía pequeña y sola. Muy sola.

Eran algo más de las tres cuando la música cesó. Por la mirilla de la puerta vio salir a su vecino con una maleta. A Mónica solo le faltó dar saltos de alegría, ya que, por el tamaño de aquel equipaje, estaría fuera algunos días... O al menos, eso era lo que esperaba y deseaba.

Se sorprendió al ver su sonrisa reflejada antes de meterse en la bañera que había llenado para celebrar la salida del energúmeno. Puso la maldita canción en repetición, velas, incienso y sales de baño. Necesitaba escuchar una y otra vez aquellas palabras porque pensaba que, si lo hacía, conseguiría darse cuenta de todo el daño que le había hecho y podría olvidarse de él. Quería que la canción que tanto daño le hacía fuera la terapia que la ayudara a salir del bache por el que estaba pasando.

Su baño duró hasta que comenzó a sentir frío. Por un momento se planteó volver a abrir el grifo del agua caliente y quedarse un rato disfrutando de ese momento de relax, pero finalmente desestimó la idea. Tenía que adelantar trabajo; la semana se planteaba bastante dura.

Cogió su albornoz y se secó un poco el pelo con la capucha. Salió del cuarto de baño y casi le dio un infarto cuando escuchó abrirse la puerta de su vecino. No podía ser verdad que aquello le estuviera pasando. Tenía que trabajar, y no podría hacerlo con la música sonando de forma tan estridente.

Para su sorpresa, después de casi dos horas inmersa en mil facturas, no se escuchaba ni un solo ruido. Todo estaba en silencio. Ni música ni jadeos ni gemidos. Solo se oía el cantar de los pájaros de la vecina del tercero.

Ya no tenía nada que hacer. Prepararía la ropa para ir a trabajar al día siguiente, vería un rato la tele y después de cenar intentaría dormirse temprano.

Entró en su habitación y adiós paz. Los ronquidos de su vecino del quinto sonaban más fuertes que nunca. Era como si le hubieran puesto un micrófono que estuviera conectado a un altavoz de conciertos. Aquello la superó y reventó. Encendió su equipo de música y puso la canción maldita a todo volumen. Estaba cansada de que todo el mundo la molestara. Era el momento de que se revelara e hiciera lo que le diera la gana. Si a los demás no les importaba incordiarla, a ella tampoco le importaría fastidiarlos a ellos.

No había pasado un minuto cuando alguien empezó a tocar el timbre de su casa con una brutal insistencia. Aquello hizo que se encendiera muchísimo más su ira y corrió hasta la puerta.

Delante de ella apareció un hombre de unos treinta y cinco años que hizo que se calentara hasta el último milímetro de su cuerpo; sobre todo porque lo único que vestía era una toalla sujetada con una de sus preciosas manos a la altura de la cadera.

—¿Estás loca? ¿Cómo pones la música a ese volumen?

—Loco estás tú, que vienes a hablarme del volumen de mi música vistiendo solo una toalla. ¡Pervertido!

—¡Normal! Me has dado un susto de muerte y casi me caigo en la ducha. ¡Loca!

—A ver si lo entiendo. Vienes a decirme que baje el volumen de la música cuando me habéis despertado a las doce del día con ese reguetón del infierno que sonaba a toda leche. ¿Quién es el loco?

—No he puesto música a las doce porque yo no estaba a esa hora en casa. Así que la loca eres tú.

—Era el maleducado de quien coño sea que vive contigo. ¡Que vaya dos tengo por vecinos!

Uno me cierra la puerta en las narices y el otro me llama loca.

—Yo no vivo con nadie. Vivo solo. ¡Loca!

—Mira, imbécil, como vuelvas a llamarme loca, vas a saber lo que es una loca de verdad. No pienso bajar la música y, si no vuelves a tu casa en este preciso instante, voy a gritar a pleno pulmón que estás acosándome e intentas aprovecharte de mí. ¿Lo entiendes?

—¡Eres insoportable! Y un consejo de buen vecino, que me tienes hasta los huevos con la cancioncita de los cojones: supéralo ya y cambia de música. ¡Además de loca, cansina!

Aquel chico se dio la vuelta y volvió a entrar en su piso. Mónica se quedó paralizada durante unos segundos antes de cerrar la puerta. Le había llamado loca y se había ido tan tranquilo.

No entendía nada. Ella había tenido que aguantar todos los extraños ruidos que provenían de su habitación, aquella horrorosa música que escuchaba... Sin embargo, solo podía pensar en ese precioso tatuaje que se vislumbraba en su musculado bíceps del brazo derecho y que no pudo ver bien por la diferencia de altura, por aquellos perfectos abdominales, por sus delicadas manos, por su pelo mojado con restos de champú y por esos impresionantes ojos oscuros que habían conseguido que se estremeciera.

Volvió a su dormitorio, pero se negó a quitar la música. Nadie iba a decirle qué tenía que hacer cuando él actuaba de la misma manera, ni tampoco qué música debía escuchar o no.

Subió el volumen de la canción y gritó de impotencia. Aquel perverso que vivía a su lado tenía razón. Debía superar el abandono de Rubén. No podía seguir castigándose por algo que no tenía solución y que, por supuesto, no era culpa suya.

Rubén la dejó porque nunca había estado enamorado de ella. Lo único que pretendía era tener una nueva clienta a la que poder sacarle una buena comisión, aunque para ello tuviera que jurarle amor eterno. Mónica debió darse cuenta, ya que tras la compra del piso empezó a distanciarse de ella. Pensó que algo estaba haciendo mal, pero aquella duda se disipó cuando un buen día volvió a ser el mismo hombre atento y considerado de siempre. Entonces quiso que comprara un nuevo local para su negocio de venta de cosméticos.

Por suerte, no lo hizo. Alba, su mejor amiga y empleada, le hizo abrir los ojos y darse cuenta de cuáles eran las únicas pretensiones de Rubén. Al principio no la creyó, no podía pensar que existiera gente tan mala en el mundo, y lo puso a prueba. No compró aquel local ni ninguno de los que le enseñó. Un par de semanas después la dejó con un simple mensaje y nunca más supo de él por más que lo llamó, por más mensajes que le dejó y por más que fue a buscarlo a esa oficina que ya no existía. Ese hombre que le juró amor eterno una y mil veces mientras le hacía el amor desapareció de su vida para nunca más volver. Todo había sido una gran mentira que, tres meses después, le seguía doliendo de la misma forma que el primer día.

Apagó la música, se tumbó en su cama y lloró. Una vez más, lloró, pero esta vez no era como siempre; el sentimiento de abandono no era tan fuerte y ya no veía el rostro de Rubén al cerrar los ojos. Ahora su mente la inundaba una preciosa mirada color chocolate con leche, el que siempre había sido su perdición y fiel compañero para superar su tristeza.

El timbre de su casa volvió a sonar, pero esta vez no tenía la insistencia de la vez anterior. Ya no tenía la música alta, ya no molestaba a nadie... «¿Quién demonios tiene que venir a incordiar me ahora? ¡Deberían olvidarse todos de que existo!». Ese fue el pensamiento que se cruzó por su cabeza mientras caminaba hacia la puerta.

Al abrirla, tenía delante de ella a su vecino, pero ahora vestía un pijama de mangas cortas que le permitió observar un poco mejor el tatuaje que lucía en el bíceps derecho. Mónica ni tan siquiera se había limpiado las lágrimas de haber estado llorando, aunque aquel espectacular

cuerpo hizo que parara de hacerlo.

—Ya he quitado la música. ¿Qué demonios pasa ahora?

—Te he escuchado llorar, como llevas haciendo tres meses. ¿Estás bien?

—No creo que te importe cómo se siente tu vecina «la loca».

—Siento haberte hablado así antes.

—Mentira. No lo sientes. Simplemente piensas que lloro por lo que me dijiste.

—Te equivocas. Solo me hizo falta verlo una vez para saber que no era trigo limpio y terminaría por hacerte daño.

—Pues ya me lo podrías haber dicho antes; me habría ahorrado una hipoteca que casi no puedo permitirme.

—Me llamo Gabriel y soy tu vecino de rellano.

Le tendió la mano a Mónica con una sonrisa en la cara. Ella la tomó y también sonrió.

—Mi nombre es Mónica y soy tu vecina «la loca».

Aquello hizo que él soltara una carcajada que también siguió ella. Tardaron más de lo que el protocolo daría por correcto en soltar sus manos, y ninguno de los dos apartó la mirada de los ojos del otro.

—Bueno, me vuelvo a casa que necesito descansar. Y, por favor, no vuelvas a ponerme la música a ese volumen, ¿vale?

—¿Perdona? ¿Qué yo no vuelva a ponerte la música alta? Te recuerdo que eres tú el que me pones ese reguetón del infierno perturbando la paz de todo el vecindario.

—Creo que te estás equivocando. Odio el reguetón y nunca pongo la música alta porque la uso para relajarme.

—Si al final va a ser verdad que estoy loca, ¿no?

—Esto...

—Y eso cuando no estás follándote a la rubia tetona, que un día de estos tendré que llamar a la policía para que ponga orden a las tres de la mañana.

—¡Mira, loca! Ni tengo pareja ni escucho la música a todo volumen, y mucho menos escucho reguetón. Definitivamente sí, estás rematadamente loca.

Mónica dio un portazo y un grito salió de su garganta. Su vecino sí que estaba loco. Por suerte para ella, sabía que tenía muchos testigos sobre todo lo que le había echado en cara. Esperaba no volver a encontrárselo nunca más en el rellano. Si ya se había planteado poner el piso en venta, ahora lo tenía más que claro. No pensaba seguir soportando más a aquel demente.

Bajó al trastero y sacó el cartel que en su día puso en su anterior vivienda. Volvió a su casa y lo colocó en el balcón que más visibilidad tenía. Cuanto antes se fuera de allí, antes superaría lo de Rubén y antes se quitaría de encima al perverso de su vecino.

Después de aquel domingo infernal, el cuerpo le pedía a gritos descansar. Así que tras cenar un par de sándwiches de pavo se acostó e, increíblemente, se durmió en un abrir y cerrar de ojos.

Gabriel se tumbó en la cama. Estaba agotado después de una semana de maniobras en medio de la nada. La vida de militar no era tan sencilla como la gente pensaba. Ni tan siquiera le apetecía tocar un rato el piano en la habitación que tenía insonorizada. No entendía por qué la loca de su vecina decía que ponía la música a todo volumen cuando eso era imposible. Nadie le había escuchado tocar el piano desde el día que...

Una vez más, Lucía inundaba sus pensamientos. Era la mujer que más había amado en su vida, por la que aquellas teclas sonaban para el mundo. Por eso el día que ella murió, todo dejó de tener sentido. Se retiró del mundo del espectáculo e ingresó en la Armada.

No podía dormir. Los recuerdos de su vida pasada lo atormentaron hasta que se dio cuenta de que estaba pensando en su vecina. La había visto salir en más de una ocasión de su casa y la había escuchado llorar cada noche de los últimos tres meses. No podía quitarse de la mente aquellos ojos verde aceituna, su pelo alborotado, su cara de enfado, su sonrisa... Pero sobre todo sus lágrimas y la tristeza que se reflejaba en su rostro.

—¿Yo escuchando reguetón? Es bien bonita, aunque debería afinar un poco el oído porque esa música nunca saldría de mi casa.

Sin saber por qué, abrió la aplicación de YouTube en su teléfono y puso la canción que atormentaba siempre a Mónica. Escuchó cada palabra y una lágrima brotó de sus ojos. Si aquella canción definía la historia que había tenido con el hombre larguirucho, con el que sí la había visto sonreír, debería estar muy dolida.

Sin pensarlo dos veces, se levantó de la cama y fue a la habitación donde su piano descansaba desde que se mudó a aquel edificio. Se acercó a él, lo acarició y se sentó en la banqueta. Abrió la tapa y sus manos temblaron. Rozó entre lágrimas las teclas que siempre habían dado sentido a su vida y tocó una de ellas. El sonido de un La menor le apuñaló el corazón, pero no le impidió tocar la siguiente.

La alarma de su móvil lo sobresaltó. Eran las siete de la mañana y el despertador estaba sonando. Había pasado toda la noche tocando el piano, tocando aquella maldita canción que atormentaba a Mónica. Había olvidado quitar la alarma del móvil. Tenía dos días de descanso, pero le hizo bien escucharla. Debía descansar unas horas antes de ir a hacer la compra. Tenía la nevera vacía, como cada vez que volvía a casa después de una semana de maniobras.

Recordó que el día anterior no había mirado el buzón. Debía estar lleno de cartas y no le importó bajar en pijama; dudaba que pudiera encontrarse a alguien por las escaleras a esas horas. Lo abrió y encontró la factura de la luz, del agua y varias notificaciones de correos para recoger cosas que había pedido por AliExpress. Subió las escaleras hasta el cuarto piso en el que vivía mientras abría la factura de la luz. No entendía por qué pagaba tanto si casi no estaba en casa. Decidió que iría a reclamar porque temía que alguien pudiera tener la luz enganchada a su contador.

Llegó al último peldaño y, al alzar la vista para abrir la puerta, se topó con la loca de su vecina esperando al ascensor. Ella no lo había visto y la miró de arriba abajo. Vestía un sencillo

traje de tirantas que marcaba cada curva de su cuerpo. Sus caderas eran espectaculares, y ese culo firme y muy bien puesto hizo que un calor que hacía tiempo que no sentía por una mujer corriera por sus venas.

No podía creer que aquella loca lo estuviera excitando. La contempló unos segundos más hasta que, sin querer, sus llaves cayeron al suelo y el ruido la sobresaltó.

—Buenos días, vecino —dijo con un tono de voz cortante.

—Buenos días, Mónica. ¿Has descansado?

—Sí, gracias.

Gabriel se mosqueó por su tono de voz y porque no le dirigió la mirada.

—Me alegro. Esta noche no te he escuchado llorar.

La frase surtió el efecto que Gabriel quería que tuviera al pronunciarla. Mónica se giró ante aquellas palabras y, aunque su mirada seguía siendo triste, se la veía más tranquila que el día anterior.

—He conseguido dormir bastante. Imagino que tú también habrás descansado porque yo tampoco te he escuchado.

—Pues no. No he dormido en toda la noche. Había algo que me atormentaba y que me ha mantenido despierto hasta que el móvil me ha dicho que era hora de levantarme.

—Al parecer, no soy la única que tiene demonios que no la dejan dormir.

—Si yo te contara...

—El ascensor ya está aquí y tengo mucho que hacer hoy. Descansa lo que puedas antes de ir a trabajar.

—Tengo un par de días de descanso. Si quieres...

—Hasta luego, Gabriel.

La puerta del ascensor se cerró y, tras coger las llaves del suelo, abrió la de su casa y entró. No entendía por qué había sentido el deseo de invitarla a cenar en casa aquella noche. Era una desconocida que estaba loca, que inventaba cosas sobre él, pero aun así, deseaba tenerla cerca.

Se sentó en el sofá y supo que no podría dormir por mucho que quisiera. Lo mejor sería que saliera a correr un rato, pasara por la oficina de Correos, hiciera la compra y volviera a casa. Seguro que después de hacer ejercicio y una buena ducha dormiría hasta que su cuerpo se recuperara. Así que se puso la ropa de deporte, conectó los auriculares al teléfono y salió de casa corriendo escaleras abajo.

Tres horas después estaba de vuelta tras correr quince kilómetros y hacer todo lo que tenía pendiente. Lo de la factura de la luz seguía siendo un misterio sin resolver, pero estaba dispuesto a llegar hasta el fondo de aquello. No era posible que durante la semana que había estado de maniobras hubiera tenido ese consumo la casa.

Llegó a su edificio y un cartel en la fachada llamó su atención. Mónica había puesto su piso en venta y, por un impulso que no entendía, apuntó el número de teléfono que había allí escrito.

Subió las escaleras sonriendo mientras miraba su iPhone. Hacía mucho tiempo que no sentía la necesidad de ser travieso, y se le estaba ocurriendo que quizás estaría bien escribirle a Mónica sin que supiera quién era.

No, no debía hacerlo. Él ya no era un adolescente que se dejaba llevar por esas niñerías. Tenía treinta y dos años y ella no era Lucía. Pero nada de eso les importó a sus instintos y no pudo evitar escribirle a través de la aplicación WhatsApp.

Hola.

Se arrepintió al instante, pero ya no podía hacer nada. Lo había hecho y no sabía si continuar con sus planes iniciales o decirle quién era. También cabía la posibilidad de que no contestara al no saber de quién era el número. Y una parte de él, así lo deseaba.

Rápidamente se fue al perfil de la aplicación y cambió su nombre de usuario por Pianista y su foto por la de un piano, algo que nunca extrañaría a los que lo conocían, pero que estaba seguro de que ella no relacionaría con él.

El mensaje había sido entregado aunque no leído. Guardó la compra perfectamente ordenada, cada cosa en su mueble y en cada bandeja del frigorífico. Volvió a mirar el teléfono buscando una contestación que no había llegado y se encaminó a la ducha. Estuvo más de veinte minutos debajo del agua caliente. Aquello era justo lo que necesitaba para caer rendido y descansar hasta que desapareciera el cansancio acumulado de la semana.

A lo lejos escuchó el sonido de su móvil indicando que tenía un nuevo mensaje. Salió corriendo de la ducha sin pensar en las consecuencias de andar por la casa descalzo y mojado, cosa que hizo que en mitad del pasillo cayera de lado y se diera un buen golpe en la cadera, y razón por la que estuvo tumbado en el suelo durante un par de minutos.

Se levantó intentando no caer de nuevo y llegó hasta el salón. Su carrera y la caída habían sido para nada. El mensaje no era de Mónica, sino de Laura, su mejor amiga y compañera de trabajo. Lo invitaba a salir aquella noche, pero lo cierto era que lo único que le apetecía era estar tranquilo en casa.

No tengo ganas de salir. Anoche no dormí y me apetece estar tranquilo en casa. Si quieres, vente a cenar y nos tomamos unas cervezas.

La contestación de Laura no se hizo esperar, dando por buena la opción que le proponía Gabriel. Se tumbó en la cama esperando que el sueño lo venciera cuando su móvil volvió a vibrar. Supuso que sería nuevamente Laura para saber si tenía que llevar la cena o cualquier otra cosa, pero no; esta vez, sí era Mónica.

Hola. ¿Quién eres?

A Gabriel se le aceleró el corazón y empezaron a sudarle las manos. No sabía si decirle quién era o no. Por una parte, le parecía divertido tomarle el pelo a su vecina, pero por otra sabía que no era lo correcto.

He visto que tiene un piso en venta. Conozco la zona y las viviendas del edificio. Me gustaría saber cuánto pide por él.

No era ninguna mentira. Realmente le gustaba la zona, y comprar el piso de su vecina no era una idea descabellada. Era más grande que el suyo y no tendría que soportar al rarito de su casero. Así también daría un poco de movimiento al dinero que tenía en el banco. Siempre era bueno hacer alguna inversión, y tenía claro que no pensaba volver a Barcelona. Esa vida ya pasó. Ahora era feliz con su nuevo trabajo.

Cuando quiera, podemos quedar para enseñarle el piso y hablar del precio. No creo que sea algo que deba negociarse por esta vía.

No, no debía seguir con aquella farsa. Le diría quién era y que podían hablar de los términos del contrato de venta cuando ella quisiera.

Perfecto. ¿A qué hora llegarás a casa? Yo voy a estar durmiendo esta tarde, pero sobre las ocho ya estaré despierto.

Aquello dejó un poco fuera de juego a Mónica. No entendía a qué venía aquella familiaridad por parte de aquel desconocido.

Perdona si sueno un poco borde, pero no entiendo a qué viene esa confianza cuando no sé quién eres.

Eso hizo reír a Gabriel, ya que Mónica tenía razón. No le había dicho quién era.

Culpa mía. Soy Gabriel, el insoportable de tu vecino.

Mónica tuvo que mirar varias veces el mensaje porque no podía creer lo que estaban leyendo sus ojos. Mil teorías pasaron por su mente en tan solo unos segundos. La que más fuerza tenía y ganaba por goleada era que su vecino le estaba gastando una broma; aunque también tenía muchos votos la de que estaba loco por perderla de vista. La verdad es que le importaba bien poco si quería perderla de vista, ya que su único propósito era vender el piso y volver al que siempre había sido su barrio. Aunque si era una broma, pensaba torturarlo con la música a todo volumen hasta que se le olvidara.

No sabía qué contestar. Ella no llegaría a casa hasta pasadas las nueve y, para esa hora, probablemente él tendría compañía, como cada noche. Su lado más perverso se manifestó. Le daba igual con quién estuviera; sería divertido incordiarle un poco.

Podrías haber empezado por ahí. Por lo que veo, sí que tienes ganas de librarte de mí. Llegaré a casa sobre las 9:30h. ¿Te viene bien o tienes

compañía?

Sabía que su mensaje era bastante borde, pero le daba exactamente igual. No podía ver a ese hombre tan insoportable, y hasta le apetecía que no le comprara el piso para que lo hiciera otra persona. Y si esa persona era insoportable y le hacía la vida imposible, mejor que mejor.

—¿Qué te pasa, Mónica?

—Nada. He puesto el piso en venta y tengo un posible comprador, aunque...

—¿Aunque?

—Es complicado. —Alba estaba esperando la contestación de su amiga—. El posible comprador es mi vecino el escandaloso.

—¡Ah! ¿Qué problema tienes en que te lo compre él?

—Pues que no sé si es una propuesta seria o una broma.

—¿Una broma? Si no te explicas mejor, no entenderé nada.

—¿Tienes algo que hacer esta noche?

—Iba a quedar con una chica que está como un queso para cenar, pero ha quedado con su mejor amigo. Así que no, no tengo nada mejor que hacer.

—Pues vente a cenar a casa, te cuento todo y conoces al escandaloso de mi vecino.

Tras aquella pequeña conversación, las dos siguieron trabajando como de costumbre hasta la hora de la comida. Mónica comió en casa de su madre como cada lunes y merendó en la de su padre. Era el único día que se permitía pasar un poco de tiempo con ellos sin importarle el trabajo.

Sus padres se separaron cuando apenas tenía quince años y, aunque fue duro, la buena relación que existía entre ellos hizo que la situación no fuera tan complicada.

Estaba saliendo de casa de su padre cuando su teléfono pitó, indicando que tenía un nuevo mensaje. Lo sacó del bolso para mirarlo antes de arrancar el coche y su corazón se aceleró al ver que su vecino le había respondido.

Si tengo compañía o no, no es de tu incumbencia. Avísame cuando llegues para poder ver el piso.

Sabía que tenía bien merecida esa respuesta por haber sido tan borde en su mensaje, y también que le debía una disculpa, pero ya lo haría cuando lo viera en persona.

Llegó a la tienda y Alba se fue a comprar la comida al restaurante chino que tanto les gustaba. Así llegarían las dos a la vez y no tendría que enfrentar sola a Gabriel. No entendía por qué, pero aquel hombre le provocaba un deseo que llevaba mucho tiempo sin sentir. Ni con Rubén lo había vivido nunca.

Cuanto más cerca estaba de su casa, más nerviosa se sentía, y al bajar del coche en el garaje le temblaban las piernas. El ascensor paró en la planta baja y una chica muy guapa entró, miró el botón del piso al que iba Mónica y no pulsó ningún otro. Eso provocó en ella una fuerte presión en el pecho. En cada planta solo había dos vecinos, lo que quería decir que esa chica tan espectacular era la compañía que aquella noche tendría Gabriel.

La puerta se abrió al llegar a su destino y se encontró a Gabriel charlando y riendo con Alba. La cara de sorpresa de su acompañante le extrañó, y que saliera disparada hacia su amiga le hizo

temer lo peor, pero la sorprendida fue ella al ver cómo las dos se daban un morreo de película ante la atenta mirada de ellos.

Mónica tosió y las dos chicas se separaron.

—Mónica, te presento a Laura. ¿Recuerdas la chica de la que te hablé esta mañana?

—Sí, con la que no podías quedar para tomar algo porque iba a cenar con su mejor amigo.

—Gabriel es mi mejor amigo y compañero de trabajo. ¿Tú eres su vecina loca?

—¡Laura, por favor!

Gabriel riñó a Laura y miró con miedo a Mónica. Las palabras de su amiga iban a salirle caras, pero era una realidad; estaba loca de remate.

—Cuando quieras, podemos pasar a ver el piso.

—Si no os importa, Alba y yo nos quedamos en casa de Gabriel mientras vosotros habláis de negocios.

Laura tiró de Alba y cerró la puerta del piso de su amigo, dejando en el descansillo a Gabriel y Mónica, que estaba abriendo la puerta de su casa con cara de pocos amigos. Dejó las llaves en el mueble que tenía en el recibidor e invitó a pasar a su vecino haciendo un gesto con la mano. Él entró y observó con detalle el salón, que fue lo primero que encontró tras pasar el recibidor.

La decoración era de Ikea: sencilla y práctica, al igual que la de su casa. Si vendía el piso amueblado, tendría que ahorrarse pasar todos los muebles. No le importaba dejar allí todas sus cosas. Lo único que tendría que llevarse sería el piano e insonorizar esa habitación.

—Este es el salón, que en dimensiones es más o menos igual que el tuyo. Si quieres, pasamos a las habitaciones y los baños, que sí son diferentes.

—Veo que conoces muy bien la distribución de los pisos.

—Sí. Estuve indecisa entre comprar este o el del quinto, que es igual que el tuyo.

El ambiente estaba lo suficientemente tirante como para cortar los hilos de tensión con un cuchillo. Gabriel decidió terminar con aquello:

—Mónica. Te pido disculpas por lo que ha dicho antes Laura.

—No tienes que disculparte. ¿Seguimos?

—No debió decir eso.

—Es lo que piensas, se lo has hecho saber a ella y ella me lo ha hecho saber a mí, aunque ya lo sabía.

—Es que...

—Pensaba disculparme porque el mensaje que te mandé estaba fuera de lugar. Venía con mi mejor intención, pero si soy una loca, puedo decir lo que me dé la gana, ¿no?

—Pues sí que estuvo fuera de lugar y me sentó como una patada en el estómago. Y no, no acepto eso de que porque estés loca puedas decir lo que te plazca.

—Pues lo siento. Ahora, por favor, sal de mi casa. No me interesa venderte el piso.

—Eres insoportable. ¡Además de loca, tienes la mentalidad de una cría de ocho años!

—¡Perdón por no ser un hombretón militar con un cuerpo de infarto que se cree mejor que nadie, que pone la música a toda leche y después dice que es mentira!

Los gritos sonaban cada vez más altos y sus caras estaban más cerca por momentos. La situación se fue calentando, pero lejos de suavizarla, la alimentaban más y más:

—Tienes razón. Lo mejor será que me vaya. No quiero tener trato con una persona como tú.

—¡Serás imbécil!

Los dos estaban alterados por la discusión que mantenían, pero solo les bastó mirarse a los ojos para que todo cambiara. La furia que los inundaba se transformó en una pasión que hizo que

se besaran y devoraran como dos animales en celo.

Mónica paró el beso, tomó aire y tiró de él hasta el dormitorio principal. Sentía que debía detener aquello, pero a la vez necesitaba estar con él.

Gabriel acarició su trasero y la atrajo lo suficiente para hacerle notar lo mucho que lo excitaba, lo mucho que la deseaba, un deseo descontrolado que no había sentido por una mujer desde que Lucía murió. No sabía qué demonios le pasaba con esa loca, pero necesitaba hacerle el amor, estar dentro de ella y perderse en el orgasmo que tendría gracias a aquella pasión desbocada que había surgido de la nada. Le subió el traje mientras acariciaba sus piernas y besaba su cuello.

Mónica estaba totalmente entregada a lo que estaba pasando. Ya no tenía ninguna duda de que quería que sucediera y metió las manos por debajo de la camiseta. Se deleitó con cada músculo de la espalda hasta que lo obligó a subir los brazos para deshacerse de ella y poder disfrutar de ese torso desnudo que ya había visto y que tanto le había gustado.

Acto seguido se quitó su traje, quedando vestida con la ropa interior y los zapatos de doce centímetros de tacón. Sus manos volaron a la cinturilla del pantalón de chándal que él vestía; no dudó ni por un solo instante en introducir sus manos mientras él la miraba a los ojos y rozaba sus pómulos con aquellos suaves y cuidados dedos. Le acarició la erección, haciéndolo gemir.

Él volvió a besarla con pasión mientras desabrochaba el cierre del sujetador. Bajó las tirantas, consiguiendo que las manos se separaran de él, y con sumo cuidado la tumbó sobre la cama tras deshacerse de la poca ropa que le quedaba. La miró y se deleitó con aquel cuerpo imperfecto y perfecto a la vez que le provocaba ese calor que pujaba por abandonarlo en forma de placer.

Mónica se quitó los zapatos lanzándolos a una esquina de la habitación y Gabriel se encargó de deshacerse de las braguitas, que fueron a parar donde habían caído los zapatos. Le abrió las piernas y se coló entre ellas. Rozó su erección contra los muslos para después besar cada milímetro de aquellos grandes pechos. Jugó con los pezones, los lamió, los succionó y hasta un suave mordisco les dio, provocando en ella oleadas de placer.

—Dime que tienes preservativos porque no estoy en condiciones de ir a mi casa a buscarlos.

—Tengo. Solo habíamos gastado dos de la caja cuando...

—No quiero que pienses en él ahora. Este es nuestro momento.

—Sí. En el primer cajón de la mesita de noche.

Gabriel alargó su brazo, abrió el cajón y soltó una carcajada. Lo primero que tocó fue algo con forma de pene que estaba seguro de que vibraría si le daba a algún botón. Mónica se tapó la cara, muerta de vergüenza, cuando se dio cuenta del motivo de su risa, pero él le apartó las manos y la besó.

—No tienes por qué sentir vergüenza. Me encanta jugar, aunque ahora no vamos a darle uso. Necesito estar dentro de ti y que disfrutemos de esto que estamos viviendo.

Mónica le quitó el preservativo de la mano, lo abrió con los dientes y en menos de cinco segundos se lo puso. Alzó sus caderas, pidiendo lo que su sexo tanto anhelaba. Necesitaba sentirlo dentro y recibir todo el placer que aquel hombre hecho para el pecado le quisiera dar.

Gabriel se hundió en ella lenta y agónicamente porque su ser animal le pedía a gritos entrar con rapidez, pero tenía que controlarse. Era la primera vez que estaba con una mujer en mucho tiempo y, si empezaba demasiado fuerte, no duraría ni un suspiro.

Poco a poco aumentó el ritmo, aunque mucho temía que no llegarían a la vez al orgasmo y se negaba a dejarla a medias. Se sostuvo sobre uno de sus brazos mientras la seguía embistiendo y

uno de sus dedos voló a su clítoris. Lo acarició, masajé y apretó hasta que sintió cómo los músculos de su vagina se contraían. Estaba a punto de alcanzar el orgasmo y, si seguía presionando así su erección, no tardaría mucho en seguirla.

Un último gemido y la falta de respiración de Mónica delataron que lo había alcanzado y, tras un par de embestidas más, Gabriel la acompañó liberando toda aquella tensión que había existido entre ellos desde la noche anterior. Salió de ella, se tumbó a su lado, pasó su brazo derecho por debajo de su cuello y la abrazó.

—No sabes lo increíblemente bonita que eres cuando te corres.

—Lo cierto es que nunca me he mirado en un espejo cuando lo he hecho.

—Eso es algo que yo puedo solucionar.

Mónica entrelazó sus dedos con los de él y notó algo en lo que no se había fijado hasta aquel momento. En el dedo anular de su mano derecha había una alianza de oro.

—¿Estás casado?

—¿Casado? ¿Por quién me tomas?

—Pues no sé. De tu casa siempre entra y sale una rubia...

—¿Una rubia? Se ve que no me conoces. Jamás le sería infiel a la mujer con quien comparto mi vida.

—Entonces... ¿por qué llevas alianza?

—Yo también tengo una relación que dejar atrás, pero es complicado.

Gabriel se levantó de la cama, se deshizo del preservativo y empezó a vestirse mientras Mónica lo observaba sin entender nada, esperando una explicación.

—Cuéntamelo cuando te apetezca hacerlo. A fin de cuentas, no soy nadie para pedirte explicaciones.

Se sentó en los pies de la cama y se alborotó el pelo. Estaba buscando las palabras y el valor para contarle a Mónica su pasado sin echarse a llorar.

—Soy viudo.

—¿Cómo?

—Mi mujer murió hace tres años en un accidente de tráfico. Iba camino de...

No pudo seguir hablando. La congoja ya había formado un nudo en su garganta que no lo dejaba seguir contándole a Mónica su historia. Sintió unos brazos que lo rodearon por la cintura y el calor del cuerpo de aquella mujer lo tranquilizó, pero aun así no se sentía capaz de continuar.

—No tienes que contármelo. Y, ahora, creo que deberíamos ir a ver qué andan haciendo estas dos.

—Sí que son malas estas paredes...

De fondo se escuchaban los jadeos de sus amigas. Los dos tuvieron un ataque de risa y volvieron a tumbarse en la cama cogidos de las manos.

—No hace falta que me lo jures. Te he escuchado muchas noches con tu «amiguita».

—La única mujer que he traído a mi casa es Laura y, como comprenderás, es complicado que hagamos ruido en la cama. Sin embargo, yo sí te he escuchado llorar muchas noches.

—¿Tanto se escucha?

—Sí. Lloras todas las noches desde la última vez que vi salir de esta casa al larguirucho ese.

—¿Larguirucho?

Aquello arrancó una carcajada a Mónica porque Gabriel tenía razón. Rubén era muy alto, delgado y desgarbado, pero su don de palabra la embaucó.

—Han dejado de hacer ruido. Creo que es el momento de ir a buscarlas; la comida ya tiene

que estar fría.

—¿Queréis veniros a cenar?

—Por mí no hay problema, y a Laura tampoco creo que le importe.

Pasaron la noche entre risas y anécdotas de sus trabajos. Era muy dura la vida del militar durante las semanas de maniobras y las guardias, pero después tenían muchos días de descanso.

Cuando Mónica se tumbó en su cama, el olor de Gabriel inundó sus fosas nasales y su cabeza comenzó a dar vueltas. Había algo que no le cuadraba en todo aquello. Se suponía que había vuelto de las maniobras el domingo por la tarde, pero ella había escuchado jadeos el sábado por la noche, y por la mañana le había abierto la puerta un hombre que no era él. Probablemente, le dejaría las llaves a algún amigo para que utilizara su casa de picadero cuando él no estaba.

Vino a su mente el tatuaje que tenía en el brazo. No sabía mucho de música porque dejó las clases a los pocos días de empezar, aunque conocía perfectamente aquel símbolo. Era una clave de sol. Y recordando lo que había pasado hacía tan solo unas horas en aquella cama se quedó dormida, sin escuchar la canción que la acompañaba cada noche ni las imágenes que tanto la torturaban tras su ruptura con Rubén.

Después de aquel día, el tiempo fue pasando; la relación entre ellos dos fue avanzando y sus sentimientos creciendo. En un mes habían hecho la compraventa del piso de Mónica y ella había comprado un pequeño apartamento en su barrio. Descubrió en Gabriel a un hombre atento, divertido, generoso, amable, detallista e inteligente. Lo único que todavía no conocía de él era su relación pasada ni cómo enviudó; solo sabía que su mujer había muerto en un accidente de tráfico, pero nada más.

Él vio en Mónica a una mujer inteligente, divertida, emprendedora, muy trabajadora y amante de la literatura, la única persona que había conseguido que su alianza estuviera guardada en un cajón y no en su dedo anular. No entendía cómo Rubén pudo dejar pasar la oportunidad de tenerla a su lado el resto de su vida, porque eso era lo que él deseaba en aquel momento.

En un par de días tendría que salir nuevamente de maniobras, y aquello lo tenía inquieto. No le apetecía separarse de ella. Estaban de obras en el piso nuevo y tendrían que pararlas. No quería que Mónica descubriera la habitación insonorizada ni el piano hasta que él no estuviera allí. Por eso seguía manteniendo el otro piso alquilado. Quería preparar algo especial para explicarle todo lo que no le había contado sobre su pasado, y el piano era la clave principal de toda su historia.

Mónica seguía teniendo las llaves del piso y podía aparecer por allí en cualquier momento. De hecho, la noche en la que llegaría de las maniobras habían quedado en que lo estaría esperando para pasarla juntos. Prometió llamarla en el rato que le permitían hacerlo, aunque sabía que no sería fácil reducirle el tiempo de charla a su madre, quien ya estaba deseando conocer a la mujer que había conseguido que su hijo volviera a sonreír y suspirar.

Gabriel preparó una cena estupenda para la noche antes de desaparecer durante una semana. Cuando Mónica llegó al que ya no era su piso y entró, se encontró con el salón iluminado por una gran multitud de velas, y amenizando la velada sonaba la sonata *Claro de Luna*, de Beethoven. Ella la conocía perfectamente, ya que era la música que siempre usaba para concentrarse si tenía que estudiar o trabajar en algo importante.

Miles de buenos recuerdos de su juventud estudiantil acudieron a su mente, haciendo que una preciosa sonrisa se marcara en su rostro. Sonrisa que Gabriel grabó en su mente y fotografió sin que ella se diese cuenta. Sonrisa que miraría cuando la echara de menos durante esa semana en la que estarían separados.

Se acercó a Mónica, que tenía los ojos cerrados mientras escuchaba aquella preciosa sonata,

esa que tantos buenos momentos le había regalado en la vida. Con aquella pieza había conseguido entrar en la Orquesta Sinfónica de Madrid, y fue la primera pieza que salió de sus dedos el día que decidió emprender su carrera musical en solitario.

—¿Te gusta lo que he preparado?

La tomó por la cintura y la acercó a él para poder besarla, absorber su olor, sentir su calor y grabar en sus dedos el tacto de su piel. Aquella mujer lo tenía embrujado... «No, no me tiene embrujado; me he vuelto a enamorar».

—Me encanta esta sonata. Me trae recuerdos muy buenos.

—A mí también. Recuerdos que prometo contarte cuando vuelva de la semana de maniobras.

—Mi hombre misterioso va a desvelarme sus secretos.

—Y después tendré que matarte —dijo mientras le hacía cosquillas, consiguiendo que riera a carcajadas.

—Voy a echarte de menos.

—Y yo a ti, loquita mía.

Se besaron como si el mundo se estuviera acabando en aquel momento, como si no fueran a volver a verse, como si fuera la última vez.

Gabriel paró el beso con una sonrisa en los labios, tomó una de sus manos, tiró de ella hasta la mesa, retiró la silla y la invitó a sentarse. Mónica le dedicó un gesto de agradecimiento seguido de una sonrisa. Miró la mesa y se sorprendió al ver los manjares que tenía delante: comida tailandesa, que estaba segura de que sería de su restaurante favorito.

—No, no es de ningún restaurante. Hoy me ha tocado cocinar. —Le había leído el pensamiento.

—¿Tú has hecho todo esto?

—Sí. Aprendí mucho sobre esta gastronomía cuando estuve allí... Ya te lo contaré en su momento.

—Está bien. A ver qué tal está, porque debes saber que soy muy exigente con la comida tailandesa.

Aquella mujer siempre le hacía sonreír. Tenía un acento andaluz muy marcado que nada tenía que ver con su acento catalán, pero hacía un uso perfecto del castellano.

La sonata *Claro de Luna* siguió sonando en modo repetición durante toda la velada y fue testigo de un amor del que no se atrevían a hablar. Tenían claro que lo que sentían el uno por el otro no tenía nada que ver con la pasión de aquel primer encuentro sexual que tuvieron, aunque ninguno de los dos hubiera dicho nada.

Pasaron la noche juntos. Una noche en la que lo que menos hicieron fue dormir. Rieron, charlaron e hicieron el amor... Se amaron sin miedo.

Eran las seis de la mañana cuando Gabriel estaba a punto de salir por la puerta. Mónica lo paró, lo besó y unió su frente con la de él para decirle algo que quizá no debía decir; ya no podía aguantar más lo que con tanta fuerza pujaba por salir de su corazón.

—Sé que solo llevamos un mes juntos y esto puede parecerte precipitado, pero es lo que estoy sintiendo por ti en este momento y no quiero que te vayas sin saberlo. —Se separó de él y lo miró a los ojos—. Te quiero.

Gabriel la besó y abrazó con fuerza, hundiendo su cara en el cuello de ella. No quería que viera sus ojos aguantando las lágrimas. Sí, él sentía lo mismo por Mónica, pero era incapaz de dejar escapar esas palabras de su boca.

—Debes irte. Laura tiene que estar al llegar.

—Yo...

—No tienes que decir nada. Cuídate y llámame en cuanto te dejen.

—No lo dudes. —Gabriel sonrió—. Aunque no sé el tiempo que mi madre me dejará para ti.

—Con un solo minuto me conformo. Escuchar tu voz y saber que estás bien será suficiente.

Volvió a besarla mientras esperaba a que llegase el ascensor y se separó a regañadientes cuando este se abrió. Mónica cerró la puerta, apoyó la espalda sobre ella y unas lágrimas brotaron de sus ojos. Aunque le había hecho ver a él que no pasaba nada por no sentir lo mismo que estaba sintiendo ella, tenía que reconocer que la decepción la había inundado.

Volvió al dormitorio para tumbarse de nuevo en la cama, pero lo que realmente necesitaba era una buena ducha que le despejara la mente para ir a trabajar. Eso y un buen café en el bar que había junto a la tienda.

La semana se les hizo eterna. Tan solo tenía que pasar una noche más para que Gabriel volviera. Lo echaba demasiado de menos y había decidido pasar esa última noche sin él en su casa. El olor que inundaba aquellas paredes haría que fuera más llevadera la ausencia.

Cenó en casa de su padre y después se fue para el piso. Entró y puso un poco de música clásica. No entendía por qué desde que conoció a Gabriel era lo único que le apetecía escuchar. Se tumbó en la cama, acariciando las sábanas. La esencia de él hizo que empezara a quedarse dormida, pero algo la sobresaltó.

Al otro lado de la pared se oían gemidos, jadeos y muchas palabras mal sonantes, como cuando en aquel piso vivía él. Y entonces escuchó algo que le hizo quedarse sin respiración.

—Dame más fuerte, Gabriel. Sabes cómo me gusta que me folles.

Casi se le paró el corazón al escuchar aquello. Gabriel estaba con otra en el piso que todavía tenía alquilado. Había escuchado cómo lo llamaba por su nombre. No podía seguir escuchando aquel bochornoso espectáculo. Miles de imágenes de todo lo que habían vivido en ese mes inundaban su mente y golpeaban su corazón.

«Por eso no me dijo que me quería».

Un hombre le había vuelto a tomar el pelo, y esta vez le dolía muchísimo más que cuando Rubén desapareció de su vida. Creía que él era diferente, pero no; eran todos iguales.

Rápidamente se levantó, se vistió y metió en la maleta todo lo que tenía en aquella casa: algo de ropa interior, el pijama, el cepillo de dientes, un peine y alguna camiseta. Salió del piso, cerró la puerta, bajó en el ascensor y dejó las llaves en el buzón. No podía creer que le estuviera haciendo eso. Si no hubiera pasado esa noche en el piso que ya era de él, jamás habría sabido que la estaba engañando con otra.

Cogió su coche y puso rumbo a su nuevo hogar, en su antiguo barrio, donde todo era alegría y felicidad, lleno de amigos de los de verdad, de los que nunca fallan. Entró en su piso, soltó todo lo que llevaba en el pequeño salón y se metió vestida en la ducha. Necesitaba quitarse cualquier resto de olor de aquella casa, borrar el rastro de cada caricia de Gabriel en su cuerpo. No sabía si llamarlo, escribirle o simplemente bloquearlo en el móvil sin dar más explicación. Sabía que en aquel momento podía ser muy hiriente, pero no más de lo que él lo había sido con ella. Así que desbloqueó su teléfono móvil, abrió la aplicación de WhatsApp y meditó lo que iba a teclear. Aquel mensaje le dolió más de lo que nunca habría imaginado.

Espero que seas feliz con ella. Te he dejado las llaves en el buzón. No me llames, no me busques, no quiero falsas explicaciones ni mentiras. Adiós, Gabriel.

Después de enviarlo, bloqueó su número en su teléfono. Si veía su nombre en la pantalla,

tenía estamparlo contra una pared y echarse a llorar... Aunque eso ya lo estaba haciendo, y sabía que tardaría mucho en dejar de hacerlo.

A la mañana siguiente se fue a trabajar como cada día. Alba la vio entrar y supo al instante que algo no iba bien. Mónica tenía las ojeras muy marcadas, los ojos rojos y no se había maquillado.

—¿Qué ocurre?

—Se acabó. —Las lágrimas volvieron a brotar de sus ojos y se abrazó a su amiga, llorando desconsolada.

—¿Cómo que se acabó? No entiendo nada.

—Gabriel volvió anoche de las maniobras.

—Es imposible. Laura me lo habría dicho.

—Anoche decidí dormir en su piso porque lo echaba demasiado de menos. En mitad de la noche escuché al otro lado cómo una mujer decía su nombre entre jadeos y le pedía más.

—Pero... No puede ser. Tiene que haber un malentendido. Gabriel no es así.

—Todos los hombres son iguales. ¡Todos!

—Si quieres, luego hablo con Laura y...

—No quiero que vuelvas a nombrármelo. Ya lo he bloqueado en mi teléfono y en las redes sociales. No quiero volver a saber nada que tenga que ver con ese hombre. ¿Entendido?

—Mónica, por favor, tienes que...

—¡No te oigo! ¡No te oigo! ¡No te oigo!

—Odio cuando te pones en esa actitud tan infantil. ¡Ya me callo!

Habían pasado tres semanas desde que mandó aquel mensaje. Alba intentó tocar el tema en más de una ocasión, pero era imposible. No había forma de pronunciar el nombre de él sin que le gritara o saliera huyendo.

Un día, Laura apareció por allí para hablar con ella. Salió corriendo de la tienda y se refugió en casa de su madre. No quería saber nada, necesitaba estar ajena a todo para olvidarlo cuanto antes.

«Solo ha sido un mes. No debería costarme mucho trabajo». Ese pensamiento se repetía una y otra vez. Intentaba creérselo, pero no estaba sirviendo de nada. Al menos ya había conseguido dejar de llorar en público. Sus lágrimas las dejaba para la intimidad de su casa, donde nadie pudiera escucharla.

Habían pasado unos días desde la aparición de la mejor amiga de Gabriel. A pesar de ser octubre, el día estaba soleado, aunque no demasiado caluroso. Invitaba a salir a caminar por la playa, a mojar los pies en la orilla, a sentir el golpe de la brisa del mar en la cara. Cogió sus cosas, dispuesta a hacer aquello que tanto le apetecía, pero cuando miró hacia la puerta, allí estaba él. Gabriel estaba delante de ella y no tenía intención de moverse para dejarla marchar.

No entendía qué hacía allí. Le había pedido en aquel mensaje que la dejara en paz, le había dicho a Laura que no quería que fuera a buscarla, pero allí estaba, delante de ella, con su perfecto cuerpo, aunque un poco más delgado y con la cara más demacrada. Entonces entendió que no sería nada fácil olvidarlo porque estaba completamente enamorada de él. Su pulso y su respiración se habían alterado al verlo allí parado frente a ella.

No sabía qué hacer, no sabía qué decir, solo sentía que sus piernas temblaban, un calor que la abrasaba por dentro y unas ganas insoportables de besar aquellos labios que tanto deseaba y añoraba.

—¿Qué haces aquí? Te dije que no quería saber nada de ti.

—Pero yo necesito saber qué demonios ha pasado.

—¡Qué fuerte! ¿No te lo han contado Alba o Laura?

—Me han contado algo que es imposible y quiero escucharlo de tu boca.

—¿Por qué te empeñas en hacerme sufrir? ¿Quieres que vuelva a recordar cómo a través de la habitación de tu dormitorio escuché a otra mientras decía que te la follaras más fuerte? Pues ahí lo tienes. ¿Querías verme llorar? ¡Aquí tienes mis lágrimas!

—Eso es imposible, Mónica. Aquel día yo no había llegado de las maniobras. Puede decírtelo Laura.

—Sí, claro. Tu amiguita del alma. ¿A ella también te la has follado o era con quien estabas follando aquella noche?

—Deja de decir tonterías. Me estás ofendiendo a mí, estás ofendiendo a Laura y también a Alba. Sabes perfectamente que Laura...

—Yo ya no sé nada. Ahora quiero que te vayas y no vuelvas a aparecer por aquí ni por mi vida. Si te veo de nuevo cerca de mí, tendré que llamar a la policía.

Gabriel se apartó de la puerta y la dejó salir. Sabía que en ese estado no conseguiría hablar con ella, que todo lo que dijera sería para nada.

Mónica se escapó de allí con la cabeza aturdida y fue directa a su coche. Salió del aparcamiento sin tan siquiera abrocharse el cinturón de seguridad y condujo como una loca hasta el lugar donde tenía pensado ir: la playa. Paseó por la orilla sin pensar en el tiempo que llevaba haciéndolo. Intentó entender por qué la buscaba, por qué no había dejado correr aquello, por qué quería hacerle más daño del que ya le hizo aquel día, pero no encontraba respuestas.

Volvió a su casa con la mente un poco más despejada, pensando que debía pedirle disculpas a Alba, por lo que había dicho de Laura y planeando una salida el viernes para celebrar su treinta cumpleaños. Tras descansar un rato en el sofá, y sin cenar, se fue a la cama. Estaba agotada de la

caminata por la playa, y eso conseguiría que no pensara en otra cosa que no fuera dormir.

Por su parte, Gabriel volvió a casa después de tomar unas cuantas cervezas con Laura y otros compañeros. Estaba un poco mareado por culpa del alcohol y había tenido que dejar el coche en la zona donde habían estado bebiendo. Subió por las escaleras, intentando así que los efectos del alcohol disminuyeran por el ejercicio de subir cuatro plantas y, cuando llegó arriba, se topó con una rubia que tenía más tetas que cuerpo, llamando a la puerta del que hasta hacía unos días había sido su piso de alquiler.

—Hola. ¿Vas a alquilarlo?

—Hola, guapo. No, vengo a ver a Gabriel.

—Gabriel ya no vive ahí. ¿Para qué lo buscabas?

—Me dijo que viniera hoy a esta hora.

—Lo dudo mucho.

—¿Por qué?

—Porque yo soy Gabriel y te juro que no te conozco de nada.

—Tú no eres Gabriel.

—Sí, yo soy Gabriel. A menos que el nuevo inquilino se llame como yo.

—No. Gabriel siempre ha vivido aquí.

—Pues...

La puerta del piso se abrió y apareció Antonio, el que hasta hacía un par de días había sido su casero. Cuando los vio hablando, tiró rápidamente de la chica, que solo alcanzó a tirarle un beso a Gabriel y decirle:

—A alguien como tú no le cobraría.

Entró en su casa sin entender por qué aquella chica llamaba por su nombre al asqueroso de su antiguo casero. Además, hasta donde él tenía entendido, Antonio estaba casado desde hacía cuarenta años.

Se fue directo a su dormitorio y se tumbó en la cama. No podía dormir porque todo le daba vueltas, y la imagen de Mónica llorando por algo que él no había hecho lo perseguía.

Algo lo sobresaltó. Al otro lado de la pared escuchó gemidos y jadeos demasiado exagerados, como sobreactuados. O aquello era una película porno o su vecino se estaba beneficiando a la chica a la que no le importaría estar con él sin cobrar.

Y entonces lo escuchó.

Aquella rubia pronunció las palabras mágicas que hicieron que entendiera todo lo que estaba pasando, todos los malentendidos y la estampida de Mónica aquel día. Aquella rubia había llamado a Antonio por su nombre: Gabriel.

Se levantó de un salto de la cama y esperó pacientemente a que la chica saliera del piso vecino. Tardó horas en hacerlo, pero no le importó. Necesitaba hacerle una pregunta para elaborar un plan que haría que Mónica lo creyera y volviera a su lado. Si hubiera sido cualquier otra mujer, lo habría dejado pasar... Pero ella era diferente y, desde que falleció Lucía, ninguna mujer lo había llenado tanto. El día que se fue de maniobras no se atrevió a pronunciar aquellas dos palabras por miedo. Perderla le hizo ver que había sido un tonto porque amaba a esa mujer.

La puerta se abrió y, cuando la chica se subió en el ascensor, corrió escaleras abajo para abordarla en el portal. Le importaba una mierda que fueran las cinco de la mañana; tenía que hablar con ella sí o sí.

Llegó asfixiado a la entrada para ver cómo salía por la puerta del edificio y dio una última carrera para alcanzarla.

—Perdona —dijo casi sin respiración—. ¿Cuándo vuelves a ver a mi vecino?

—El viernes. ¿Quieres que lo anule y vaya a verte a ti?

—No. Muchas gracias por la información. ¿Te debo algo?

—Guapetón, ya te dije que contigo todo sería gratis.

La chica se fue lanzándole un beso y Gabriel volvió a subir a su casa; eso sí, esa vez subió en el ascensor. Tenía por delante dos días para idear el plan que le devolviera a la nueva mujer de su vida.

Eran las nueve de la mañana cuando lo dejó todo organizado con Alba y Laura —que estuvieron más que dispuestas a ayudarlo con aquel plan—, justo a la hora en la que Mónica estaba entrando por la puerta de la tienda con el mismo aspecto que el día que todo terminó.

—¿Otra vez así?

—Lo siento.

—¿Qué sientes?

—Perdóname. Ayer fui muy injusta y dije cosas que te hicieron daño.

—¡Anda ya, tonta! Si no te conociera, me habría molestado. Sé que quien hablaba no eras tú. Era la cabrona de tu ira.

—Aun así, fue muy injusto.

—Hacemos una cosa. Te perdono si mañana me dejas que te lleve a un sitio muy especial para celebrar tu cumpleaños. ¿Qué me dices?

—Iba a preguntarte si te apetecía salir mañana, pero me has tomado la vez. ¿Adónde vas a llevarme?

—Eso es una sorpresa, y sé que te va a encantar.

—Espero que no sea un *boys* de esos.

—No pienso decir nada más.

—Alba, por favor.

—¡No te oigo! ¡No te oigo! ¡No te oigo!

—¿Por qué, *zeñó*? ¿Por qué?

Siguieron debatiendo sobre lo que pasaría aquella noche durante todo el día y el siguiente; Alba no soltó prenda.

Mónica pensó que le daría un infarto cuando su amiga se presentó en su casa y le puso una venda en los ojos para que no viera el lugar al que se dirigían. Intentó guiarse con los giros que hacía con el coche, pero la tercera vez que dobló una esquina ya no sabía si estaba en su barrio o en otra dimensión.

Alba aparcó y la ayudó a bajar del coche. Seguía sin decirle dónde estaban. Entraron en un sitio cuyo olor le resultaba muy familiar y justo después en un ascensor que había parado a desnivel y en el que casi acabó en el suelo al entrar. Supuso que le había preparado una fiesta en el salón de un hotel cercano, pero para que todo fuera aún más extraño si cabía, le había esposado las manos a la espalda.

En aquel momento estuvo segura de que la llevaba a un sitio donde la sentaría en una silla y un hombre con cuerpo de infarto le haría un *striptease*. Era algo que no le hacía especial ilusión, pero era su cumpleaños y estaba dispuesta a pasarlo lo mejor posible.

El ascensor llegó a la planta y, tras salir de él, entraron en una habitación que olía a incienso y velas. Anduvieron unos metros y la sentó en una silla. Esperaba ansiosa a que le quitara el antifaz. No lo hizo.

Algunos arpegios de un piano empezaron a sonar como si estuvieran comprobando que estaba

afinado y, de repente, de aquel delicioso y delicado instrumento empezaron a salir las notas de aquella pieza que tantos recuerdos le traía: sonata *Claro de Luna*, de Beethoven.

Las lágrimas rodaron por debajo del antifaz. Quería gritar, que pararan aquella pieza, pero el pianista lo hacía tan deliciosamente bien que no pudo. Necesitaba escucharla y regodearse en su dolor, en la pérdida del único hombre del que realmente se había enamorado en la vida.

El piano dejó de sonar y unos pasos se acercaron hasta ella. Alguien le estaba quitando el antifaz, pero la luz de la habitación la tenía cegada. No atinaba a descubrir quién era hasta que unas manos acariciaron sus pómulos. Eran los dedos de Gabriel; los reconocería en cualquier parte del mundo.

—¿Gabriel?

—Sí, soy yo.

—Suéltame ahora mismo.

—No. Vas a escuchar todo lo que tengo que decirte, y si después quieres irte, no seré yo quien te detenga.

—Pues gritaré.

—La habitación está insonorizada. Por eso nunca me habías escuchado tocar el piano durante el tiempo que fuimos vecinos. Esta era mi gran sorpresa y mi gran secreto.

—Pero...

—Si es cierto que te gusta tanto la música clásica, solo tienes que sumar dos más dos.

—Gabriel Garrido Rubio... Gabriel Garub.

—Efectivamente. Soy Gabriel Garub.

—Ahora entiendo muchas cosas. Lucía tuvo un accidente de tráfico cuando iba al último concierto que diste en Barcelona y murió en el acto. Estaba...

—Estaba embarazada de seis meses y mi hijo también murió. Después de aquello dejé de tocar el piano en público y me dediqué a mi otra gran pasión: el mundo militar.

—Aun así, eso no tiene nada que ver con nuestra ruptura.

—Lo sé, pero quería que lo supieras el día en que lo nuestro va a solucionarse.

—Lo nuestro no tiene solución. Jamás he perdonado una infidelidad, y no vas a ser tú el primero.

—Yo no te he sido infiel.

—Escuché tu nombre. ¿Por qué lo sigues negando?

—Porque yo estaba todavía en medio del campo y hace un par de días descubrí toda la verdad sobre lo que pasó aquella noche.

—No entiendo.

—Te quito las esposas y salimos de la habitación, pero tienes que jurarme que no vas a gritar. Necesito que escuches algo.

—Está bien. Voy a escuchar lo que quieras y después me iré para no volver.

Salieron de la habitación insonorizada donde estaba el piano. No vio a su amiga Alba y se dio cuenta de que todo había sido una encerrona. Su amiga era una gran persona, pero nunca se acordaba de las fechas especiales. Debió darse cuenta cuando se acordó de que era su cumpleaños.

—¿Has visto salir alguna vez de mi antiguo piso a una chica rubia con unos pechos bastante llamativos?

—Sí. La he visto en más de una ocasión. ¿Estabas con ella aquella noche?

—No. La conocí el miércoles cuando venía a ver a un cliente llamado Gabriel que vivía en el

piso vecino. Casi me da un soponcio cuando descubrí que el supuesto Gabriel era Antonio, mi antiguo casero.

—¿Un hombre de unos sesenta años que da muchísimo asco?

—Ese mismo.

—El día que nos conocimos fui por la mañana a pedirte que bajaras el volumen de la música y fue el quien abrió la puerta.

—¡Calla, calla! Que ya empieza lo bueno. Escucha atenta.

Mónica guardó silencio cuando entraron en la habitación donde tantas veces se habían entregado al deseo, a la pasión y al amor. Los dos se sentaron a los pies de la cama y Gabriel se atrevió a coger la mano de ella, que no la apartó.

De la nada empezaron a oírse esos jadeos que tan bien conocía. Era la rubia tetona. La había escuchado tantas veces que sus gemidos se habían quedado grabados en su memoria. El festín de las dos personas que estaban tras la pared continuó hasta que la rubia pronunció el nombre de Gabriel.

Mónica separó su mano de la de él para llevarse las dos a la boca. Todo había sido un error. Había pasado más de tres semanas separada de aquel maravilloso hombre por un malentendido, y en ese momento no se atrevía ni a mirarlo a la cara.

Gabriel se levantó de la cama, se arrodilló delante de ella y le apartó las manos. La miró a los ojos, se acercó y la besó. Mónica no esperaba aquello, aunque se dejó besar. Lo había echado tanto de menos que era incapaz de parar aquel beso.

—¿Me crees?

—Sí, te creo. —Ella empezó a llorar y Gabriel le secó las lágrimas.

—Aquel día fui un cobarde y no quise pronunciar las palabras que sentía mi corazón. Te quiero. Te quiero como no he querido a nadie desde que Lucía murió. Estas semanas sin ti han sido un infierno. Llegué a pensar que estabas loca de verdad, pero el miércoles me di cuenta de que no era así, de que todo había sido un malentendido.

—Pero ahora...

—Dime que no es tarde, que me sigues queriendo. Dime que vas a seguir a mi lado y que no volverás a irte.

—Yo...

—No quiero volver a perder al amor de mi vida.

Aquello fue más de lo que el corazón de Mónica pudo soportar. Lo besó, tiró de él hasta tumbarlo en la cama y, mientras hacían el amor, se juraron amor eterno.

FIN

ENTRE
DOS
MARES

Día 1

Lucas miraba el mar picado de Playa Chica. Sabía que era una auténtica locura bucear ese día, pero mirar las olas rompiendo en la orilla le hacía sentir bien, relajarse y disfrutar del olor a sal y levante.

A lo lejos, vio caminar a alguien, cosa extraña a esa hora de la mañana, cuando apenas empezaba a despuntar el alba. Por sus andares supo que se trataba de una mujer, y hasta podía jurar que era joven. Conforme se fue acercando adonde él estaba, pudo distinguir unas curvas marcadas, que empezaron a dejarlo sin aliento. Nunca le habían gustado las mujeres excesivamente delgadas, las prefería bien formadas y rellenitas, que tuvieran donde agarrar, y aquella chica tenía todo lo que siempre le había atraído.

La observó de forma descarada hasta que estuvo lo suficientemente cerca para que lo pillara, entonces lo hizo con disimulo a través de las gafas de sol.

Marina llegó a su altura y frenó en seco, mirándolo con descaro. Le había echado el ojo desde la distancia, se había percatado de que la observaba, sabía que no tenía el cuerpo de una modelo, pero que levantaba pasiones allá donde iba.

—Se te da muy mal disimular, Guaperas.

—Es complicado hacerlo con un monumento así paseando por la orilla a estas horas.

—¡Vaya! Todo un ligón de playa.

—¡Culpable!

Lucas se levantó de la arena y se acercó a ella. La miró de arriba abajo, haciendo gala de la etiqueta que le había colgado, aunque siempre había estado muy lejos de serlo. No era hombre de transitar por las playas en busca de un ligue, para él el mar era su vida, no el lugar donde buscar una mujer para llevarse a la cama.

—Marina —dijo la chica a modo de presentación.

—Lucas —prosiguió él—. Ese acento delata que no eres de por aquí.

—Soy gallega.

—Ya decía yo que no te había visto antes por estos lares.

—Llegué ayer. Soy nueva en el pueblo y, por ahora, solo voy a estar por aquí una semana.

—Una lástima. No encuentro todos los días mujeres que se atrevan a retarme.

—Imagino que todas babea cuando les hablas.

—Sí, no te voy a engañar. No quiero decir con esto que me lo tengo muy creído, es una realidad que vivo todos los días.

—Bueno, Lucas, encantada de haberte conocido, sigo con mi paseo.

Marina arrancó a andar ante la atenta mirada de Lucas, que se había quedado prendado de la mujer que, por primera vez en mucho tiempo, no lo había visto como un trozo de carne que

quisiera devorar.

—¿Volveré a verte? —preguntó, siguiéndola en su caminar.

—Supongo que sí, tampoco es que el pueblo sea muy grande.

—Todos los días vengo a la misma hora, para ver si el mar está picado o sereno.

—Lo tendré en cuenta, Guaperas.

—Te espero mañana, Monumento.

Marina continuó su camino con una sonrisa en los labios. Hacía mucho tiempo que no ligaba de esa forma tan descarada, siempre había sido bastante reservada en cuanto a los hombres se refería, pero Lucas había conseguido que se sintiera pícara y le siguiera el juego. Por menos de la primera frase que el chico le había soltado, había mandado a tomar viento fresco a muchos hombres.

Anduvo durante un rato más y se volvió sobre sus pasos para dirigirse a la zona donde estaba el piso que había alquilado. Lo cierto era que le había engañado un poco. Si bien era cierto que solo pensaba quedarse una semana, volvería en septiembre para permanecer allí durante todo el curso escolar. Nunca había pensado en salir de Galicia, pero tras la muerte de su madre, decidió que necesitaba cambiar de aires, y solicitó trabajo en varios colegios de Andalucía, lo que no imaginaba era que la llamarían del pueblo más recóndito de la geografía gaditana, aunque aquello era precioso, y no dudaba en que sería muy feliz allí.

Día 2

Veinticuatro horas después del encuentro con Lucas, Marina paseaba de nuevo por la orilla de Playa Chica. No había ido por encontrarse con el chico, simplemente salía a pasear temprano por la playa, como había hecho desde hacía muchos años en su pueblo natal. Además, el cielo estaba cerrado y barruntaba una tormenta de verano, así que tenía claro que no se lo encontraría allí.

Pero estaba equivocada...

Lucas la vio caminar a lo lejos y notó cómo unas cosquillas revoloteaban en su estómago. Nunca le había pasado eso con una mujer, mucho menos con una con la que apenas había cruzado unas palabras y que no había pasado por su cama.

Decidió no esperarla y caminó en dirección a Marina. Si solo iba a tener unos minutos para hablar con ella, debía alargarlos lo más posible.

—Creí que no te encontraría aquí, la mañana se está levantando fea.

—Ya te dije que vengo todos los días. El mar es mi más fiel compañero.

—¡Guau! Eres todo un bohemio.

—No, de bohemio no tengo nada, pero soy profesor de buceo, así que debo estudiar qué días puedo dar clases y qué días no.

—¿Y hoy puedes?

—No. Ayer por el viento de levante, que tenía el mar picado; hoy, porque va a llover y las aguas son aún más peligrosas. Tal vez mañana...

—Entonces, ¿hoy también tendremos bandera roja?

—Es muy probable...

—Ayer pensé que te vería por aquí durante la mañana.

—¿Me buscaste?

—¿Te cuento un secreto? —Lucas asintió—. Además de mi casero y la señora de la tienda de alimentación eres la única persona que conozco aquí.

—¡Vaya! ¿Has venido sola?

—Sí.

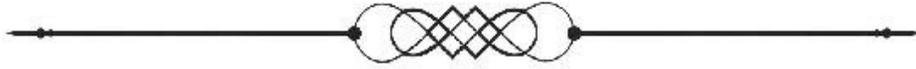
—¡Eres toda una aventurera!

Lucas frenó su caminar cuando llegaron a la altura del lugar donde se habían encontrado la primera vez. No quería que Marina pensara que era un acosador, así que pensó que debía dejarla continuar con su paseo, pero ella no opinaba lo mismo.

—¿Me acompañas un poco más?

—Al fin del mundo si es necesario.

—¡Serás zalamero! Me caes bien, Lucas Guaperas.



Lucas

Eran casi las diez de la mañana cuando Lucas llegó a su casa. Se tumbó en el sofá y Rocky, su perro de agua, se acercó a él para darle los buenos días a lametones. Lo acarició durante un rato con la mente perdida en la playa, en el rato de charla que había compartido con Marina, en lo bien que se había sentido durante aquel corto paseo.

No le había pedido su número de teléfono, un fallo que no se perdonaba, ya que esa mujer le había empezado a interesar bastante, no tenía nada que ver con las miles de turistas que pasaban por allí cada verano.

Se dio una ducha rápida, salió a desayunar al bar de la esquina y sacó a pasear a Rocky.

Mientras degustaba el café, pensó en ir a la playa esa mañana, cosa que no le gustaba en absoluto, prefería disfrutar del mar a última hora de la tarde, cuando los bañistas se disipaban dando lugar a la calma.

Entonces, un aguacero torrencial cayó del cielo y se llevó con él todos sus planes. Dudaba mucho que Marina fuera a darse un baño con el temporal que se avecinaba. Ese era el problema de vivir entre dos mares, que el tiempo estaba loco y cambiaba de forma repentina, sin previo aviso.



Marina

Estaba a punto de salir del piso cuando escuchó la lluvia caer. Maldijo para sus adentros al ver sus planes truncados, pero no pensaba quedarse allí encerrada.

Se quitó el bikini y se vistió de forma cómoda y fresca. A pesar del agua que estaba cayendo, hacía un calor endemoniado, al que no estaba acostumbrada por el tiempo frío que azotaba en su tierra, ya fuera invierno o verano.

Sacó el paraguas que siempre llevaba en la maleta y salió a pasear por el pueblo, pensando en si tendría suerte y volvería a cruzarse con Lucas.

Caminó por las calles y entró a comprar en un par de tiendas víveres para alimentarse durante los días que estuviera allí. Le gustaba comer en los bares, pero no a diario.

Volvió a casa tres horas después cargada de bolsas. Preparó algo rápido de comer y se tumbó en la cama, aunque rápidamente echó mano de su móvil y abrió la aplicación de citas. No creía que con Lucas fuera a tener algo más que paseos por la playa, y no pensaba dejar pasar la oportunidad de disfrutar por completo de esa semana de vacaciones.

Llamó su atención un *nick* en concreto: Snorkel. Y sonrió al acordarse de Lucas. Sabía que no era él porque podía tener al alcance la mujer que quisiera, no necesitaba de ese tipo de aplicaciones para ligar y pasar un buen rato de cama.

Snorkel tenía fotos de su cuerpo, pero todas ellas tenían la cabeza cortada, como si no quisiera que supieran de quién se trataba, algo lógico viviendo en un pueblo pequeño, aunque tampoco era nadie para reprocharle algo así, ya que ella hacía lo mismo.

Picó en los mensajes y le escribió.

—Hola, Snorkel.

La contestación no tardó en llegar.

—Hola, Percebe.

El mundo no podía estar conspirando contra ella de aquella forma. Había perdido la conexión a internet en el preciso momento en que se disponía a preguntarle si tenía algún plan para esa tarde, y mucho se temía que no volvería en bastante tiempo, aquello tenía pinta de ser por culpa de la tormenta.

Día 3

Marina caminaba por la orilla mirando el móvil. Aunque la señal telefónica se había restablecido, la cobertura 4G iba y venía a cada momento. Buscaba en la aplicación de citas a Snorkel, sin embargo, parecía no estar en línea.

A lo lejos, vio a Lucas caminar hacia ella, y no dudó en guardar el teléfono en el pequeño bolso de mano que llevaba con las llaves, la cartera y un paquete de pañuelos de usar y tirar.

—Buenos días, Guaperas.

—Buenos días, Monumento.

—¿Cómo está hoy el mar?

—Perfecto para pasar la mañana buceando.

—Entonces vendré luego a darme un baño.

—Hoy tengo un grupo de principiantes, ¿te quieres venir?

—Suena interesante, pero soy más de flotar que de surcar las profundidades del mar.

—Una pena... Nuestras profundidades son muy bonitas.

Continuaron el paseo hablando de todo y de nada. A Marina no le gustaba mucho hablar de su vida, y lo único que Lucas había podido sonsacarle era su profesión: profesora de educación especial.

Cuando llegaron de vuelta al punto de encuentro, el hombre decidió que era buen momento para pedirle una cita o, al menos, su número de teléfono.

—¿Qué haces esta tarde?

—Disfrutar de la playa y... —Marina cortó su perorata.

—¿Y?

—Puede que quede con alguien.

—¿Conmigo?

—No, hombre, tú eres mi amigo de los amaneceres. Lo de esta tarde espero que sea algo más que un paseíto por la orilla.

—Yo puedo darte algo más que eso...

—Tentador, pero no. Te conozco poco, amigo, sin embargo, tengo la impresión de que no te van los rollitos de una noche, y yo me voy en cuatro días.

—Pero ¿yo no era un ligón de playa? —preguntó divertido Lucas.

—Pura fachada. Hasta mañana, Guaperas.



Marina

Entró en su casa y se apoyó contra la puerta cerrada. No podía creer que Lucas le hubiera tirado los tejos de esa manera, y mucho menos que ella hubiera desaprovechado tremenda oportunidad, aunque sabía perfectamente por qué lo había hecho. Aquel maldito Guaperas era demasiado interesante y divertido, y eso significaba que caer en sus redes sería enredarse en ellas de manera irremediable, y no quería que algo así pasara. Si bien iba a pasar todo el curso en el pueblo, no pensaba echar raíces, su intención era ir de puerto en puerto durante algún tiempo.

Tras un buen desayuno, fue a su habitación para ponerse el bikini y volver a la playa. Escuchó que en su móvil comenzaron a entrar notificaciones de todo tipo, y eso le alegró la mañana.

Abrió rápidamente la aplicación de citas y, ¡bingo!, allí estaba Snorkel.

—Hola. Ayer se perdió la comunicación.

—Hola. Lo sé, intenté escribirte en varias ocasiones. ¿Vives aquí o estás de paso?

—Turista —mintió.

—Perfecto. ¿Qué haces esta tarde?

—Quedar contigo si te apetece.

—¿Café?

—¡Uy, no! Prefiero que vayamos directos al grano.

«No, no, no. Esto no puede estar pasando», pensó mientras una rabia tremenda la invitaba a estampar el teléfono contra la pared. La conexión había vuelto a desaparecer. Una vez más se habían visto truncados sus planes.



Lucas

Eran las diez de la noche cuando a Lucas le llegó la información de que por fin las conexiones se habían restablecido por completo.

Aquella mañana había sentido ganas de gritar cuando vio que la conexión desaparecía tras recibir un mensaje bastante directo de Percebe.

Al volver del paseo mañanero con Marina, después del plantón que le había dado y con una erección bastante considerable, le pareció una estupenda idea desahogarse con el *nick* que le había hablado el día anterior, pero justo cuando pensaba preguntarle dónde iban a quedar, la conexión se fue al garete y lo dejó aún con más ganas.

Entró en la aplicación, la buscó durante algunos minutos, pero no estaba conectada. Si era una turista, muy probablemente no le quedaría mucho tiempo por allí, incluso aquella tarde podría haber sido la única oportunidad que habían podido tener, y la chica era un bombón de lo más apetecible. Aunque no había podido verle la cara, tenía un cuerpo como los que a él tanto le gustaban, lleno de curvas y que gritaba que no tenía ningún complejo por ello, igual que Marina.

Apagó el teléfono y se echó a dormir. Mañana sería otro día e intentaría de nuevo llevarse a la cama a Marina.

Día 4

Lucas vio aparecer a Marina a lo lejos y corrió hasta ella. Los paseos eran muy cortos, y necesitaba tiempo para llevarla a su terreno. Esa mujer se le estaba resistiendo, y le gustaba mucho, como bien dijo ella: para algo más que el rollo de una noche.

Nunca se había cerrado a mantener una relación, sin embargo, la mujer que ya estaba muy cerca de él mucho temía que no fuera lo que buscaba en ese momento.

—Buenos días, Monumento.

—Buenos días, Guaperas. ¿Sabes si disfrutaremos hoy de internet sin cortes?

—Sí, ya está todo solucionado, los repetidores vuelven a funcionar correctamente.

—¡Genial!

—¿Qué tal lo pasaste ayer?

—Bien. Gracias a los cortes de comunicación, me pasé la tarde leyendo.

—Debiste aceptar mi propuesta, podríamos haber pasado una muy buena tarde.

—Ya quisieras...

—¿Quedamos hoy?

—Tengo pendiente la cita de ayer.

Continuaron caminando. Al igual que los días anteriores, hablaron de todo y de nada, sin profundizar demasiado en sus vidas, solo hablaban de sus hobbies y poco más, pero las conversaciones siempre eran alegres y divertidas. Tanto que Marina empezaba a pensar que no estaría mal pasar un buen rato de cama con Lucas, aunque se resistió a ello una vez más.

Había llegado el momento de despedirse, y Lucas seguía sin querer darse por vencido con la gallega.

—¿Me das tu número de teléfono?

—No.

—¿No?

—Hasta mañana, Guaperas.

*Lucas*

No podía creer que Marina le hubiera dado plantón de nuevo. Le crispaba los nervios no conseguir lo que quería, pero ya se estaba resignando a que no podría llevar a cabo su propósito. Por ello, cuando volvió de sus clases de buceo, no dudó en entrar en la aplicación de citas. Esa tarde encontraría en ese *nick* lo que no podía conseguir de la gallega, aunque mucho se temía que

no tendría punto de comparación a disfrutar en la cama con ella, porque empezaban a surgir sentimientos que iban más allá que el deseo de echar un buen polvo.

—Hola, Percebe. Parece ser que ya disfrutamos de una conexión estable.

—Hola, Snorkel. ¿Dónde y a qué hora?

—¿En mi casa?

—Vale.

—A las nueve en la dirección que te pongo a continuación.

—¿Tienes condones o los compro?

—Condomes y lubricante. No es necesario que compres nada.

Con esas pocas palabras, Percebe había conseguido que su polla cobrara vida propia. Una ducha fría no conseguiría bajarla y tendría que aliviarse solo hasta que llegara la noche.



Marina

Se paró frente a la puerta de una pequeña casa en la otra punta del pueblo. Esa era la dirección que le había dado Snorkel y que había registrado en la aplicación. Era un sistema de seguridad por si pasaba cualquier cosa.

Llamó al timbre y le contestó una voz al otro lado del interfono.

—¿Snorkel? —preguntó con cierto nerviosismo.

—¿Percebe?

—Sí, soy yo.

La puerta se abrió y avanzó hasta la entrada de la vivienda con paso seguro. Escuchar la voz de Snorkel la había tranquilizado, le había infundido seguridad, y no entendía por qué, ya que no lo conocía de nada.

Escuchó cómo se abría el cerrojo para que pudiera entrar, aunque nadie se presentó ante ella. Cruzó el umbral y no tuvo tiempo de reacción cuando sintió cómo la puerta se cerraba con llave. Se giró para conocer a su cita y, tras un segundo de perplejidad, intentó salir corriendo.



—Déjame salir.

—Sabía que eras tú. En cuanto he escuchado tu voz por el telefonillo, lo he sabido.

—Snork... Lucas, me voy.

—¿Por qué? ¿No te gusto?

—No es eso...

—Porque tú a mí me tienes cachondo desde el día que nos conocimos. ¿Entonces qué es?

—No sé...

—Los dos sabemos que esa aplicación es para echar unos buenos polvos, sin complicaciones. ¿Qué más te da que sea yo o que sea otro?

—Por favor —dijo Marina, señalando la puerta.

—Está bien. Si es lo que quieres...

Marina lo vio sacar las llaves del bolsillo del fino pantalón corto de verano que llevaba

puesto. Abrió el cerrojo y después la puerta. Estaba a punto de cruzar el umbral cuando Lucas le dijo:

—Te veo mañana por la mañana.

—Vale.

La puerta estaba a punto de cerrarse tras ella cuando algo la impulsó a frenarla. No sabía por qué estaba haciendo eso, sabía que se arrepentiría, pero estaba dispuesta a disfrutar de la vida y Luca estaba en ella.

El chico dejó de empujar cuando notó la resistencia y se hizo a un lado. Marina entró, dejó caer el bolso y fue directa a devorar sus labios. Lucas no tardó más de un segundo en reaccionar, aún incrédulo porque al fin tenía lo que tanto había deseado los últimos días.

Tiró de ella hasta su habitación mientras se desnudaban entre besos. Le encantaba esa mujer y necesitaba acariciar cada centímetro de su piel, besarla, lamerla y adorarla como se merecía.

La tumbó en la cama cuando solo vestía las braguitas de encaje, que contorneaban de forma deliciosa su perfecto trasero. Las bajó poco a poco, lamiendo y besando el camino que debían recorrer hasta abandonar su cuerpo. Las tiró a un lado de la cama y subió hasta estar frente a sus ojos, abriendo sus piernas y rozando sus cuerpos.

Marina suspiró al sentir su erección golpeando su sexo. A esas alturas, la lujuria ya se había apoderado de ella y su cuerpo se arqueó buscando un mayor contacto.

—Me encantas —susurró Lucas antes de lamer su cuello.

—Y tú a mí —confesó Marina mientras acariciaba los perfectos músculos de su espalda.

Los labios de Lucas bajaron recorriendo el pecho de Marina. Sonrió al ver que sus pezones estaban duros, señal de la excitación que estaba consumiéndola. Jugó con ellos. Los lamió, mordisqueó y sopló, arrancándole varios jadeos que le supieron a gloria.

Continuó el reguero de besos, bajando por su vientre, buscando el punto exacto que la llevara a rozar las estrellas. Inhaló el olor de su frondoso bosque de vello y su lengua se adentró entre los labios de su sexo. Era deliciosa y esta volviéndolo más loco de lo que ya estaba.

Marina gimió al sentir la lengua húmeda de Lucas dándole placer. Ese hombre era puro fuego, un volcán que la arrastraba, y no solo por el orgasmo que le estaba provocando, sabía que era mucho más que eso, aunque quisiera enterrar ese pensamiento en el último rincón de su alma.

Agarró con fuerzas las sábanas y las retorció cuando estaba a punto de correrse. La boca de Lucas aumentó el ritmo y Marina estalló en mil pedazos. Siguió acariciando un poco más su clítoris y lo abandonó para abordar los labios de ella tras el éxtasis.

Marina estiró el brazo y alcanzó uno de los condones que había visto sobre la mesita de noche. Lo apartó de ella y se lo mostró. Lucas no necesitaba palabras, el significado estaba implícito. Se incorporó en la cama, se lo colocó y volvió a tumbarse sobre ella. Su polla buscó la entrada de su sexo y, sin dejar de mirarla a los ojos, la penetró poco a poco, estudiando cada uno de sus gestos. Era preciosa y suya, al menos en ese momento.

La embistió suave, después con brío. Una mano traviesa se coló entre ellos y acarició su clítoris, pensaba arrastrarla de nuevo con él, pero estaba tan excitado que no duraría mucho y necesitaba una ayuda extra.

Y así fue. Marina volvió a estallar, aprisionando la verga de Lucas con los músculos de su vagina y arrastrándolo con ella a un orgasmo demoledor que los dejó exhaustos.

Día 5

Lucas observaba el rostro pacífico de Marina mientras dormía. Agradecía que fuera domingo y ese día no tuviera clases. Si bien le apetecía ver el mar como hacía cada mañana, la mujer que tenía delante era otro espectáculo de la naturaleza digno de admiración.

La vio removerse y supo que estaba despertando.

—Buenos días, Monumento.

—Mmm... Suenan bien, pero me gusta más con el sonido del mar de fondo. ¿Es hora de bajar a la playa?

—Hoy te has quedado sin paseo al amanecer.

—¿Qué hora es?

—Las diez y media.

—¿Ya has vuelto tú?

—Nos dormimos casi cuando estaba amaneciendo, hoy no he ido. Además, es domingo, no hay clases.

—¡Dios! Tengo agujetas...

—Ya somos dos. —Besó su hombro desnudo y subió por su cuello—. No voy a dejar que salgas de aquí en todo el día.

—Tengo planes.

—¿Son más interesantes que pasarte el día en mi cama?

—En Galicia no hay mucho sol, tengo que aprovechar aquí todo el que pueda.

—Los domingos la playa es un asco.

—Lo sé, pero mañana tengo que preparar la maleta. Me voy el martes.

—Tienes razón... Vístete, te voy a llevar a una playa que me gusta mucho. Está a veinticinco kilómetros del pueblo, en Bolonia. —La sonrisa de Marina hizo que su corazón se acelerara y se saltara varios latidos.

—El día que llegué, paré a visitar las ruinas romanas, pero no estuve en la playa.

*Marina*

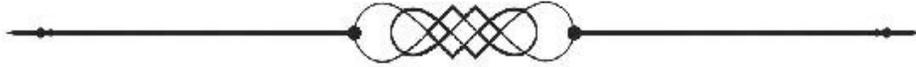
Entró rápidamente en su piso y fue directa a su habitación. Lucas la estaba esperando en el coche, a solo unos metros de la puerta del edificio.

Se quitó la ropa y sacó uno de los bikinis del primer cajón de la cómoda. Había engañado un poco a Lucas, no tenía maleta alguna que preparar, de hecho, solo volvería a Galicia con lo puesto

para volver a traerla llena cuando bajara a final de agosto.

Sabía que debería haberle contado que su estancia allí sería para algo más de una semana, aunque tampoco era del todo mentira lo que le había dicho. Ahora estaba de vacaciones, eso era verdad, solo había ocultado que volvería en poco más de un mes para quedarse durante todo el curso. Lo había hecho porque no quería que el hombre se colgara de ella, por eso de no querer echar raíces.

Apartó todo pensamiento de su mente y se vistió a toda velocidad. Se moría de ganas por visitar la playa de la que le había hablado. Nunca había estado en ella, pero le habían hablado muy bien de sus aguas cristalinas y su fina arena.



Lucas

No podía creer que todavía no hubiera conseguido su número de teléfono, y mucho se temía que se iría en un par de días y no se lo daría. Por lo que había decidido no separarse de ella en todo ese tiempo, disfrutar de su compañía mientras su viaje durara y preservar un bonito recuerdo de lo que habían vivido juntos.

La puerta del coche se abrió sacándolo de sus pensamientos y se encontró con la preciosa sonrisa de Marina.

—¿Nos vamos? —preguntó animosa.

—Contigo, al fin del mundo, Monumento.

Escuchar la carcajada de Marina, le hizo sentir bien, muy bien, era música para sus oídos y sabía que la echaría de menos cuando se marchara.

Día 6

Cogidos de la mano, pasearon por la orilla viendo el amanecer. Ese día, el mar volvía a estar picado y el espectáculo de las gigantescas olas era precioso.

Marina besó a Lucas con ansias, que se dejó llevar por sus cálidos labios. Una mano traviesa se coló en su bañador y acarició la erección que empezaba a despuntar, como siempre que la tenía cerca.

—Quiero hacerlo aquí, en la orilla.

—Podría venir alguien...

—Por experiencia, sabes que no.

—¡Joder, Marina! No traigo condones, no pensaba echar un polvo aquí.

—Pero yo sí —sonrió traviesa.

—Lo tenías premeditado...

—Calla y échame un polvo de campeonato.

Y Lucas no dudó en cumplir órdenes, a pesar de que nunca lo había hecho con nadie en la orilla de aquella playa que era su santuario, pero con Marina todo era diferente.

Salieron de la playa con el rubor perlando sus mejillas y se subieron al coche de Lucas. Pensó que irían directos a su casa, que la encerraría allí y le haría el amor hasta el cansancio, pero se sorprendió al ver que tomaba la dirección contraria.

—¿Adónde vamos?

—Voy a enseñarte algo muy especial. ¿Sabías que Tarifa es el lugar de España donde se encuentran el Mar Mediterráneo y el Océano Atlántico?

—Sí, lo estudié en el colegio.

—Pues te voy a llevar al punto exacto donde eso ocurre. Es un islote al que no se puede acceder fuera del horario de visitas, pero aquí nos conocemos todos y tiene que servir de algo que sea del pueblo.

Condujo hasta la entrada de la Isla de las Palomas y continuaron el camino andando. Llegaron al faro y Lucas saludó animadamente a un hombre que debía tener más o menos su edad. Al parecer era el hijo del antiguo farero y hacía allí las labores de mantenimiento y reparación.

El chico los dejó solos y subieron a la cúpula del faro, justo por debajo del foco que avisaba a los barcos.

—Si miras a un lado, tienes el Mar Mediterráneo; si miras al otro, tienes el Océano Atlántico.

—Es una maravilla... Se distinguen perfectamente los diferentes colores del agua.

—Sí, es precioso. Por eso amo tanto mi tierra y las profundidades de sus mares.

—Ahora mismo estoy entre dos mares...

Marina guardó silencio, porque no solo se refería a la realidad que se mostraba ante sus ojos,

sino a la otra, a la que su corazón le gritaba: Lucas era algo más que un buen polvo, que un amor de verano, alguien que amenazaba con convertirse en su todo, mientras ella quería seguir viviendo sin ataduras.

Lucas la abrazó por detrás y besó su cuello. Inhaló con fuerza el perfume de Marina, intentando que se quedara grabado a fuego en su memoria. Nunca había creído en los flechazos, pero mucho temía que se encontraba viviendo uno de ellos.

Día 7

El mar no estaba picado esa mañana. Siempre, después de la tempestad, llegaba la calma, pero aquella no le gustaba a Lucas en absoluto. Sería el último paseo que daría con Marina, la mujer misteriosa que seguía si darle su número de teléfono, aunque sabía podía encontrarla en la aplicación de citas, siempre que estuviera conectada en el momento en que él lo hiciera.

Volvieron a hacer el amor en la orilla, se amaron en silencio, sin querer expresar lo que estaban sintiendo.

—Me tengo que ir. Todavía me quedan unas horas hasta el aeropuerto de Málaga y mi vuelo sale a las doce.

—¿Sirve de algo que vuelva a pedirte tu número de teléfono?

—Sigue sin servir. Es mejor que lo dejemos aquí, créeme. No soy una mujer de relaciones y no quiero que se estropee lo que hemos vivido.

—Voy a echar de menos encontrarte aquí cada mañana.

—No me lo pongas más difícil.

—¿Volveremos a vernos algún día? —preguntó Lucas con un nudo en la garganta.

—Estoy segura de ello, incluso antes de lo que puedas imaginar.

—Aquí te esperaré cada mañana.

—Aquí nos encontraremos cuando llegue el momento. He mentido, sí soy mujer de relaciones, el problema es que no me lo planteaba en este momento de mi vida. Solo necesito un poco de tiempo.

—Ya sabes dónde estaré.

Marina caminó por la arena seca hasta llegar a la carretera, donde la esperaba un coche que había alquilado en un hotel cercano y que dejaría en el aeropuerto.

Durante el trayecto, pensó en todo lo que había vivido en la última semana, en lo que significaba Lucas en ese momento para ella. Intentó hacer balance de pros y contras, pero siempre ganaba su cabezonería y le decía que no, que aquello no podía ser, que se merecía vivir sin ataduras.

El avión despegó y Marina arrancó a llorar. Estaba perdida, completamente enamorada, ahora solo tenía convencerse a sí misma de que era posible vivir y disfrutar con alguien a su lado. No alguien que la frenara, alguien que la acompañara, y estaba segura de que Lucas era de esos, se lo decían los cinco maravillosos paseos que habían compartido juntos.

Un mes después

Lucas estaba sentado en la arena, como cada mañana. Ya no tenía cursos de buceo, pero, aun así, le gustaba ver amanecer allí cada mañana. Lo hacía incluso en invierno, antes de ir a trabajar a uno de los dos institutos que había en el pueblo. Era el profesor de Educación Física desde que aprobó las oposiciones hacía ya diez años.

En unos días empezaría de nuevo a trabajar, septiembre estaba a la vuelta de la esquina, y le vendría genial para no pasar tanto tiempo solo, encerrado en su casa, recordando los momentos que había compartido con Marina en su cama. Sí, había pasado un mes y todavía se sentía incapaz de dejar de pensar en ella. Era como si se hubiera apropiado de su mente y no lo dejara ver más allá de esa mujer.

Marina observó al hombre que había sido dueño de sus desvelos en los últimos treinta días, desde que había dejado el pueblo para ir a Galicia, llenar de nuevo la maleta y atar algunos cabos, aunque también para centrarse y saber qué quería realmente en su vida.

Caminó sigilosa, amortiguando sus pasos la arena. Tampoco Lucas, tan metido en sus pensamientos, fue capaz de escucharla.

—Buenos días, Guaperas.

Lucas pensó que estaba soñando, que aquella voz y aquellas palabras eran producto de su imaginación, pero el agua de su mar tocó su pie, endiabladamente fría, y supo que era real. Se levantó de la arena, se giró y la encontró frente a él.

—Marina...

—Te dije que volvería antes de lo que pensabas.

—Y yo que aquí te estaría esperando.

—Tienes el curso escolar para convencerme de que no me vuelva a ir. —Se acercó a él y se abrazó a su cuello.

—Me sobra tiempo. Sabes que estas aguas ya son tuyas, que vas a vivir toda la vida entre dos mares, y que juntos pasaremos por sus orillas.

—Estás muy convencido de eso...

—Lo deseo con todas mis fuerzas...

—Yo te deseo a ti. Hazme el amor, aquí, en nuestra orilla.

—No...

—Llevo más de diez años tomando anticonceptivos.

—Ya lo podrías haber dicho antes...

—No, no, no. Hace un mes eras el ligue de un amanecer, ahora espero que llegues a ser el amor de cada uno de ellos.

FIN

¿BAILAMOS?

Estaba aturdida y sentía como si un tráiler hubiera pasado por encima de ella. Apenas podía moverse y le suponía un esfuerzo sobrehumano mantener los ojos abiertos. Sentía estallar su cabeza y un dolor punzante en una de sus piernas. Por lo poco que había conseguido ver, sabía que se encontraba en un hospital, la vía que pendía de su brazo así lo indicaba. «¿Qué ha ocurrido?», se preguntó a sí misma en un vano intento de incorporarse en la cama.

Por más que intentaba adivinar qué demonios había pasado, no conseguía sacar nada en claro. Lo último que recordaba era estar en la piscina de Fabián y Lucía. Estaban haciendo planes para salir esa noche. Iván... Sí, Iván la llamó cuando estaba saliendo de la ducha para decirle que habían quedado a las once en Ritmo Latino.

Bailaron hasta las cinco de la mañana y los cuatro amigos dejaron a Iván en su casa porque había bebido demasiado. Recordaba que se tambaleaba en la moto y a ella le costó la misma vida que se pusiera el casco.

Entraron en la casa y los recibió Salvador, el chico que nunca dormía, que siempre estaba al pendiente del regreso de su hermano cuando salían de fiesta. Con su habitual simpatía, la había ayudado a llevar a Iván a su dormitorio y le pusieron el pijama entre los dos.

Después, recordó que salió de la casa y... Entonces, a la mente de Alejandra acudió el recuerdo del coche que se saltó la señal de STOP del cruce que había al final de la calle.

Ahora ya sabía por qué estaba en el hospital, había tenido un accidente.

La imagen de Salvador corriendo hacia ella mientras hablaba por el móvil acudió a su mente. Él era médico, cirujano traumatólogo, de los mejores del país, aunque nunca habían cruzado más de dos palabras.

«Es muy guapo y esos ojos marrones son... ¡Mierda! ¿Qué me han dado que estoy desvariando de esta forma? ¿Salvador, guapo? ¿De verdad?», pensó mientras pretendía abrir de nuevo los ojos.

Intentó moverse en vano, esta vez hacia un lado, y fue consciente de su pierna estaba colgando. Sí había sentido el dolor, pero no pensó que hubiera tanta gravedad en el asunto, y empezó a agobiarse al pensar en el trabajo, en el concurso de baile... Aquello era un desastre de dimensiones colosales.

Nuevas imágenes llegaron a ella. El recuerdo de llegar al hospital, de Salvador preguntándole cuánto había bebido, a lo que le contestó que solo agua, ya que estaban entrenando para el concurso que tenían en dos semanas. El médico soltó una risa, dándole a entender que no la creía, y se tuvo que tragar sus malos pensamientos hacia ella cuando llegaron los resultados de las pruebas de sangre. Fue entonces cuando le dijo que tenían que operarla, que tenía una fractura múltiple en la tibia.

No sabía si había sido efecto de la anestesia, probablemente sí, pero juraría que le había dado un beso en la frente cuando se estaba quedando dormida. Lo único que recordaba eran sus ojos y sus manos sujetando las suyas.

Y no, no había sido por la anestesia, le había dado un beso en la frente, le había acariciado la cara y no había soltado su mano hasta que cayó en un profundo sueño.

Salvador la operó, hizo magia con sus manos y esperaba que no le quedaran demasiadas secuelas, ya que la operación había sido muy complicada.

La observaba desde la puerta, ya estaba despertando y no sabía si entrar a verla o esperar un poco más, aunque estaba cansado y deseoso de volver a casa para dormir después de aquella noche infernal. Así que se decidió y cruzó el umbral.

—¿Ya estás despierta?

—Sí. No puedo hablar, tengo la garganta seca.

—Es normal, pero no puedo darte agua todavía. En media hora te subirán a la habitación, aunque creo que tu padre está moviendo cielo y tierra para trasladarte a una clínica privada.

—No, quiero quedarme aquí. No pienso ir a ninguna clínica privada.

—Pero tu padre...

—¡Mi padre puede decir misa! Aquí me han operado, tú eres mi médico y de aquí no me mueve nadie.

—¡Qué mal despertar tienes!

—¿Estás bromeando? Nunca te he visto bromear, ni reírte. Deberías hacerlo más, tienes una sonrisa bonita.

—Gracias... Bueno, yo... Esto... —Salvador no sabía qué decir ante aquellas palabras, no había pensado que ella pudiera pronunciarlas alguna vez, porque siempre la había tratado como un capullo—. En un rato, vendrá a buscarte un celador para llevarte a tu habitación, y si decides quedarte, te veré más tarde.

—Me quedo. A mis treinta y dos años nadie va a decirme lo que tengo o no tengo que hacer.

Los ojos de Alejandra se cerraron y el sueño venció a sus ganas de seguir hablando con Salvador. Momento que aprovechó él para admirar la belleza del rostro golpeado de aquella niña de papá a la que tanta tirria tenía, que siempre lo había sacado de sus casillas y que le atraía de la misma forma desde el día que se conocieron, hacía ya muchos años.

Ya estaba en la habitación y, como siempre, estaba sola. Sus padres ya debían estar al tanto de lo que había pasado, así que no entendía por qué todavía no habían aparecido por allí. Aunque tampoco era que le extrañara demasiado: su padre estaría trabajando y su madre gastándose el dinero que él ganaba.

De pronto, sintió ganas de volver a ver a Salvador. No se llevaban muy bien, pero era la única compañía que tendría durante un buen rato. Sonrió al pensar en lo bien que le quedaban las gafas, la bata, esa barbita de tres días... Y pensó que nunca lo había visto de esa guisa, siempre estaba bien afeitado e impecable, para eso era único. Nunca se había fijado en lo guapo que era cuando sonreía... Básicamente, porque él nunca solía hacerlo delante de ella.

Escuchó voces en el pasillo y volvió del mundo en el que estaba sumida. Su padre hablaba un poco más fuerte de lo políticamente correcto y parecía enfadado. La puerta se abrió de forma violenta, sobresaltando a Alejandra.

—Dile a este médico que quieres irte de aquí, que nos vamos a la clínica de tu tío Rafael.

—No, papá.

—¿Lo ha escuchado...? ¿Cómo que no? —La cara del hombre se transformó en algo parecido a un cuadro de Picasso.

—Aquí me han atendido, me han operado y es donde trabaja mi médico. De aquí no me muevo.

—Alejandra...

—Sabes que es inútil discutir conmigo y que nunca me han importado los lujos. Aquí hay buenos profesionales y aquí me quedo.

—¿A quién habrás salido tan cabezota?

El padre de Alejandra salió de la habitación maldiciendo, pero sabía que cuando llegara al final del pasillo se le habría pasado. Eran como dos gotas de agua, pero ella siempre salía ganando porque era su niña consentida, aunque nunca aceptara su dinero.

—Deberías sopesar el ofrecimiento de tu padre. La clínica de tu tío es una de las mejores de España y...

—No es necesario, aquí también hay buenos profesionales, ¿no?

Alejandra se arrepintió al instante de clavar sus ojos en los de Salvador. En ese momento fue consciente de que babeaba por él, de que lo había hecho desde el día que lo conoció, aunque nunca le hubiera dicho nada a nadie... Tampoco ayudaba mucho saber que él no la aguantaba.

—¿Cuánto tiempo tendré que estar con la pierna así? —preguntó en un vano intento de apartar los pensamientos que estaban rondando su cabeza—. Ya sé que no podré concursar dentro de dos semanas, pero en cuatro meses hay otro concurso y...

—Un mínimo de tres meses.

—¿Tres meses? ¡Ay, que me da! —Eso era mucho tiempo y no le hacía ni pizca de gracia el asunto; no solo por los concursos, eso era lo de menos, sino por el trabajo.

—Después rehabilitación y...

—¿Y?

—Puede que te queden secuelas, la fractura fue complicada... Yo hice un buen trabajo, pero todo depende de cómo cicatrice.

—¿No podré volver a bailar? —Una lágrima se le saltó—. Y tengo que trabajar, la moto no se paga sola y ahora mi sueldo será menor.

—Pero tu padre puede ayudarte con eso.

—No, no, no. Es mi moto y la pago yo. ¿Todavía no te has dado cuenta de que no quiero el dinero de mi padre? Lo único que he permitido que me pague han sido los estudios y los cursé en universidades públicas.

—¿Universidades? ¿Has estado en más de una? —La curiosidad se apoderó de Salvador, y una vez más pensó lo peor de ella, que había ido de universidad en universidad porque no conseguía encajar en ninguna, como la niña malcriada que sabía que siempre había sido, sus desplantes hacia su padre no se los creía.

—Pues claro... Con la edad que tengo, me ha dado para estudiar mucho. No sé si lo sabes, pero soy mayor que tu hermano y mayor que tú.

—No sabía que... En realidad, no he sabido que eres mayor que yo hasta que esta mañana vi tu historial médico.

—Iván se sentó a mi lado el primer día de clases y desde entonces somos amigos, pero yo ya había terminado la carrera de psicología cuando empecé la de magisterio. Le asombró mucho cuando llegó mi cumpleaños y supo mi edad. No los aparento —sonrió, le guiñó un ojo y hasta coqueteó sin querer con Salvador—. Bueno, no mucho mayor, solo tengo diez meses más que tú, no soy tan vieja. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Sí, claro.

—¿Por qué no te caigo bien?

—¿Perdona? —Esa pregunta por parte de ella lo dejó fuera de juego—. Esto...

—No hace falta que contestes, Iván ya me contó que es por soy una niña pija de papá.

—¡Vaya! Mi hermano es como para tener secretos... No esperaba que fueras tan directa.

—No lo niegas. Pues que sepas que no soy una niña de papá, que vivo en un piso de cincuenta metros cuadrados que me compré el año pasado y que pago puntualmente cada mes la hipoteca y el préstamo de la moto, lo que quiere decir que llego bien justita a final de mes, pero no acepto ni un céntimo que no haya trabajado. Por eso, también compito en los concursos de baile y doy clases privadas por las tardes, para poder darme algún que otro capricho y pagar los extras.

Sus palabras consiguieron que se sintiera como una escoria, no tenía ni idea de que así fuera su vida, nunca se había molestado en saber nada de ella, no había querido acercarse demasiado porque despertaba cosas en él que le habían hecho mucho daño en el pasado, por culpa de alguien como ella... Bueno, ya le había quedado claro que no era el tipo de mujer que creía que era.

—Creo que te juzgué mal y eso hizo que no me molestara en conocerte. Eso y... En fin, te pido disculpas. En menos de doce horas ha cambiado mucho mi concepto de ti.

—¿Debo sentirme halagada? —Le hizo un pestañeo exagerado y se llevó la mano al pecho, haciendo que Salvador soltara una carcajada.

—Ahora tengo que irme, pero vendré luego. La policía tiene que estar al llegar y necesitarán mi declaración porque vi el accidente.

—¿Viste el accidente?

—Sí, cuando llevamos a Iván a su habitación, se te cayó la cartera al suelo. Salí a buscarte y lo vi todo. —Salvador se levantó de la cama, donde se había sentado unos instantes antes y se acercó al cabecero de la cama—. Tengo que seguir trabajando. Hasta luego.

Le dio un beso en la frente y salió de la habitación, dejando completamente sorprendida a Alejandra, que supo que no sería fácil de olvidar ese momento, aunque supiera que Salvador era un imposible.

Dos semanas después

Alejandra estaba inquieta. Deseaba con todas sus ganas que Salvador entrara por la puerta y ese día sí le diera el alta. Ni el hecho de estar sola, de que no estuvieran sus padres para llevarla a casa, mermaba su ánimo. Cogería un taxi si era necesario, pero necesitaba salir ya de ese hospital de una buena vez. La habían tratado bien, no tenía queja alguna, pero ver casi a diario a Salvador era más de lo que podía soportar. Empezaba a gustarle demasiado su compañía, a gustarle demasiado él, y eso no le iba a traer nada bueno. Sabía de la aversión de él hacia ella, solo estaba siendo amable, tratándola como a una paciente cualquiera, quizás un poco mejor por ser la amiga de su hermano, nada más.

Solo era las diez de la mañana cuando un médico que no conocía de nada entró en la habitación, no era quien esperaba ver, pero si la mandaba a casa, le daba igual. Entonces, recordó que Salvador había cogido vacaciones el día anterior, era imposible que fuera él el que le diera el alta.

—Buenos días, Alejandra, soy el doctor Muñoz.

—Buenos días, doctor.

—Imagino que estás deseando salir de aquí, ¿no?

—Imagina bien.

—Pues me alegra decirte que en un rato te traerán los papeles del alta y podrás irte a casa.

—¡Por fin!

—¿Hay alguien contigo que pueda llevarte?

—No...

—Te podemos tramitar transporte en una ambulancia, pero puede tardar, incluso ser esta tarde.

—De eso ni hablar, pido un taxi que es más rápido.

—Lo dejo a su elección. ¿Necesita que venga alguna auxiliar para ayudarla a vestirse?

—No, no es necesario. Muchas gracias.

El médico salió de la habitación y se dirigió a la secretaría de la planta para cursar el alta de Alejandra. En el camino se cruzó con Salvador y sonrió sorprendido, ya que se suponía que estaba de vacaciones.

—¿Tú por aquí?

—Sí, he venido a ver a una amiga. Creo que hoy ya le dan el alta.

—¿Alejandra?

—Sí, Alejandra.

—Ahora voy a cursar su alta. Iba a vestirse para que la bajara un celador y coger un taxi.

—Pues está de suerte. Tramita el alta rápido y yo la llevo a su casa.

—En un cuarto de hora la tienes lista.

Salvador continuó su camino hasta la habitación de Alejandra y abrió al encontrar la puerta entornada. No esperaba lo que iba a encontrar. Ella le daba la espalda, vistiendo tan solo unas braguitas de encaje blancas, con su melena castaña de tirabuzones recogida sobre uno de sus hombros hacia adelante e intentando abrocharse el sujetador, intentando mantener el equilibrio sobre la pierna sana.

Se acercó a ella, entre hipnotizado y excitado por la visión que tenía delante, intentando no hacer ruido para que no se asustara y perdiera la estabilidad.

—No deberías dejar la puerta abierta mientras te cambias de ropa —dijo cuando estaba lo suficientemente cerca para cogerla si caía del susto.

—¡Joder!

Como era de esperar, Alejandra perdió el equilibrio y Salvador se encargó de tomarla por la cintura para que no cayera ni se hiciera daño en la pierna. Su espalda quedó pegada a su pecho y no pudo evitar abrazarla, aumentando el contacto entre ellos.

—Aparta, Salvador, estoy desnuda...

—No sería la primera vez que te viera sin ropa...

—¿Cómo?

—Fui tu cirujano, yo estaba presente cuando te desnudaron y taparon con una fina sábana... — susurró en su oído a la vez que acariciaba su vientre, haciendo círculos alrededor de su ombligo.

Un ruido en el pasillo hizo que se rompiera la magia del momento. Salvador se apartó de Alejandra, le abrochó el sujetador y se dio la vuelta para que terminara de vestirse.

Alejandra no tardó más de un par de minutos en estar lista. Se puso un vestido de lana, y una sola media de liga, ya que la otra pierna la tenía escayolada.

Un incómodo silencio se instaló entre ellos en los siguientes minutos, hasta que alguien tocó la puerta con los nudillos. Era el doctor Muñoz con unos papeles en las manos.

—Aquí tienes el alta, ya eres libre de irte a casa.

—Muchas gracias, doctor.

—Gracias, Antonio.

—No hay que darlas. Nos vemos cuando vuelvas de tus vacaciones, disfrútalas.

El doctor salió de la habitación y quedaron a solas otra vez, aunque no por mucho tiempo, ya que llegó un celador con una silla de ruedas, dispuesto a llevarlos hasta la entrada del hospital.

Salvador salió primero para ir a coger el coche del *parking* y recogerla en la puerta, así no tendría que andar, cosa que iba a estar complicada porque no tenía muletas. Mentalmente se anotó que debían pasar por la ortopedia antes de ir a casa de Alejandra.

Aparcó en la puerta principal del hospital y la ayudó a subir al coche. Arrancó rápido para que no le llamara la atención el personal de seguridad del recinto.

El silencio se instaló entre ellos con una incomodidad asfixiante, suerte que la ortopedia estaba cerca del hospital y el momento se vio interrumpido.

Alejandra se quedó en el coche, y en su cabeza no dejaba de dar vueltas el momento que había compartido con Salvador un rato antes, en la habitación del hospital. Sintió, o quiso sentir, que había cierto toque de sensualidad en los susurros al oído, en el abrazo de la cintura. Había deseado tanto antaño disfrutar de momentos así con él... Pero nunca había sido cercano con ella, y aprendió a esconder ese sentimiento que le provocaba cosquillas en el estómago.

«No, no puedo estar ilusionándome con un imposible», pensó mientras sacudía la cabeza, como intentando expulsar el pensamiento de ella.

Salvador salió de la ortopedia con una sonrisa en la cara y mostrándole las dos muletas.

Alejandra se sorprendió al ser consciente de que eran para ella, ya que no se las había pedido, aunque le vendría genial para moverse por su casa.

El hombre abrió una de las puertas traseras del coche, las dejó reposar en el asiento y subió al coche.

—¡Muchas gracias! —exclamó Alejandra y no dudó en darle un beso en la mejilla, haciendo que el hombre se la tocara.

—No hay que darlas.

—Tienes que decirme cuánto te han costado...

—No hay nada como ser traumatólogo de un hospital para que en una ortopedia te hagan la pelota, en este caso, regalándome unas muletas.

—¿En serio? Bueno, pues yo tengo que pagar por ellas, que yo no soy traumatóloga. ¿Te invito a comer hoy?

—Bueno...

—Eso sí, tendremos que pedir comida a domicilio, como bien comprenderás, no estoy hoy para ponerme a cocinar.

—Está bien, acepto.

Emprendieron el camino hasta la casa de Alejandra, quien iba pensando que ni ella misma se entendía. Unos minutos antes estaba pensando que no era buena idea ilusionarse con un imposible y, en vez de alejarlo, lo acercaba más a ella.

Salvador miraba a la carretera conteniendo una de esas sonrisitas tontas que delatan la ilusión que te hacen algunas cosas. Pensó que no tardaría en apartarlo de ella, a fin de cuentas, nunca la había tratado demasiado bien por haberla juzgado antes de tiempo y por lo que tuvo que sufrir en su relación anterior, pero ella, lejos de hacerlo, lo había invitado a comer ese día en su casa. Sabía que probablemente lo hiciera por agradecimiento, pero no podía evitar sentir un cosquilleo en cierta parte de su cuerpo que le hacía pensar que sus actos nada tenían que ver con querer darle las gracias.

Tres meses después

Había llegado el gran día. Al fin iban a quitarle el yeso a Alejandra, después de tres aburridos meses por no haber podido trabajar, salir a hacer deportes por las tardes, ni ir a bailar con Iván, Fabián y Lucía. Aunque tenía que reconocer que sus días habían sido menos soporíferos gracias a sus amigos y a la compañía de Salvador, que había ido a visitarla casi a diario.

A esas alturas del partido, ya no podía obviar el hecho de que cada célula de su cuerpo estaba perdidamente enamorada de ese hombre, por más que estuviera segura de que él no sentía lo mismo, en ningún momento le había dado signos de que así fuera ni se había insinuado.

Una vez por semana, la llevaba a su colegio para llevar el parte de baja y saludar a sus niños, a los que echaba muchísimo de menos, y aprovechaban para ir juntos a hacer la compra; ella podía hacerla perfectamente por internet y se la llevaban a casa, donde alguno de sus amigos se encargaría de guardarla, pero compartir aquellos momentos con él, le alegraban el día.

Otras veces, se presentaba por las noches en su casa cargando con la pizza que más le gustaba, y se quedaban hablando hasta altas horas de la noche. Muy a su pesar, ya que ella hubiera preferido que hicieran otro tipo de cosas más interesantes.

Tumbada en la camilla, deseaba que todo estuviera bien, esperaba poder volver pronto a la rutina y hacer deporte, porque no había parado de comer y había cogido cuatro kilos. Salvador siempre le decía que no se le notaban, pero ella sabía que estaban ahí y que tenía que deshacerse de ellos, no solo por mantener su figura, sino por su salud.

Increíblemente, aquel día, su padre había buscado un hueco en su apretada agenda para poder llevarla al hospital y quedarse con ella hasta que volviera a casa. Su madre no había podido ir, tenía sesión de peluquería, pero mejor así porque seguro que hubiera pasado el mal rato de su vida, mirándolo todo con cara de asco, como si allí se fuera a contagiar de cualquier enfermedad mortal.

«¿Cuándo va a llegar Salvador?».

La impaciencia la estaba consumiendo, quería que le quitaran ya la escayola y poder plantar el pie en el suelo, aunque sabía que tendría que usar muletas y le quedaban algunos meses de rehabilitación. Y entre divagaciones, la voz de Salvador la sacó de sus pensamientos:

—Buenos días.

—¡Al fin llegas! Me tenías desesperada.

Salvador sonrió al escuchar sus palabras, porque siempre le podía la impaciencia, y tenía que reconocer que le encantaba la efusividad con que vivía cada momento.

—No te hago esperar más, pero recuerda que tienes que andar con las muletas y tienes que venir todos los días a fisioterapia.

—¡Sí, señor!

—¡Qué payasa eres!

Salvador soltó una carcajada en la que se perdió Alejandra, embelesada. Le encantaba hacerle reír, porque su sonrisa era preciosa e iluminada hasta la más densa oscuridad.

Le quitó la escayola con la ayuda de la enfermera y su padre la ayudó a bajar de la camita. Anduvo un poco con las muletas, pero se cansó rápidamente, ya que sus músculos estaban atrofiados. Salvador acudió rápidamente con una silla de ruedas que tenía preparada fuera de la habitación en la que se encontraban.

—Bueno, pues aquí tienes la cita conmigo para dentro de unos días y te puedes marchar a casa.

—¿Podría ayudarla a bajar algún celador mientras voy a por el coche? —preguntó el padre de Alejandra a Salvador.

—No se preocupe, yo la bajo ahora.

El hombre salió de la habitación, dejándolos solos, y Salvador pidió a la enfermera que volviera a su trabajo, así se podrían hablar con calma.

—¿Estás contenta?

—Muchísimo. No sabes las ganas que tengo de valerme por mí misma, sin tener que pedir ayuda a Lucía para ducharme o a ti para hacer la compra...

—Vamos, que ya no me necesitas como un grano pegado a tu culo...

—Tampoco es eso. Me cae bien el tipo al que he conocido durante estos meses, no se parece en nada al estúpido del hermano de mi mejor amigo.

—Vaya... Bueno, será mejor que te ayude a bajar o le echarán a tu padre una buena bronca por estar parado donde no debe.

—Vale.

Bajaron en el ascensor. Lo nunca visto, una paciente empujada por un médico, pero ahí no eran eso, solo dos amigos, uno ayudando a otro y con cierto miedo consumiéndolos.

Estaban llegando a la puerta cuando Alejandra le pidió que parara, haría los últimos metros andando con las muletas.

—Gracias por acompañarme.

Se acercó a él para darle un beso en la mejilla, como hacía siempre que se despedían, pero Salvador decidió que no era lo que quería y no giró la cara para recibirlo. Los labios de Alejandra se posaron sobre los suyos. Solo fue un instante, ni tan siquiera un segundo, el tiempo suficiente para dejarlos sin palabras.

—Lo siento, yo... —dijo Salvador, consciente de que no debería haberlo provocado.

—Y yo...

Alejandra volvió a acercar sus labios a los de él. Había deseado que ese momento fuera una realidad desde hacía muchos años, casi desde el día que se conocieron, y no pensaba desaprovechar la oportunidad, pero un pitido los hizo volver a la tierra. Era su padre, ese hombre del que se habían olvidado por completo.

—Bueno, vamos hablando —balbuceó ella mientras se giraba.

—Sí, luego... Cuando yo termine...

Un nuevo pitido volvió a sonar, sacándola de sus casillas, y avanzó todo lo rápida que le permitía hacerlo su situación. Subió al coche ante la atenta mirada de Salvador, deseosa de que se presentara en su casa cuando terminara su turno, como tantas noches había hecho, aunque mucho tenía que no sería así, que aquello había sido un error y que probablemente no sabría nada más de él hasta que volviera a la consulta diez días después.

Diez días después, Alejandra solo había tenido noticias de Salvador a través de algunas llamadas y muchos mensajes de WhatsApp, pero ninguna visita.

El día de la consulta, la actitud de ambos fue cercana, como había sido esos tres meses atrás, y Alejandra creyó que todo iba a volver a ser así entre ellos. Sin embargo, se equivocó.

Estaba a punto de salir de rehabilitación, quince días después de la consulta, y la alegría reinaba en ella. Había hecho muchos avances, su fisioterapeuta no podía creer que todo fuera tan rápido. Estaba siendo muy duro, pero merecía la pena.

Caminaba por el pasillo, ayudada de las muletas, cuando vio que en su camino se cruzaba Salvador. En un principio, sintió alegría, mas después se tornó rabia. Ya casi ni la llamaba y los mensajes habían disminuido cuantiosamente en esos quince días.

—Hola —dijo ella al no tener más remedio que pararse, ya que él le cortaba el paso.

—Hola, ¿cómo va la rehabilitación? —preguntó tras darle dos besos.

—Bien, gracias. —Alejandra hizo el intento de esquivarlo y seguir su camino—. Tengo que irme, me está esperando...

—Te acompaño.

—No es necesario, puedo sola.

Siguió su camino sin mirarlo, cuanto más lejos lo tuviera, mejor sería para ella. A fin de cuentas, había dejado claro que solo se había acercado a ella porque necesitaba sus cuidados, y cuando ya no había necesitado tanta ayuda, no había dudado en desaparecer y limitar la relación que había entre ellos... También podía ser que aquel beso accidental lo hubiera estropeado todo. Esos tres meses parecían haber sido un espejismo.

—¿Qué te pasa? —quiso saber Salvador.

—Nada.

—Estás muy rara, no eres la misma de siempre.

—Tú tampoco. Hasta luego, Salvador.

—Alejandra...

Lo dejó con la palabra y continuó su camino. Era lo mejor que podía hacer, no pensaba perder el tiempo con un hombre que volvía a ser el mismo capullo de antes del accidente.

Iván saludó a su hermano desde el coche y Alejandra se subió al asiento del copiloto. Arrancó y salieron del recinto hospitalario. Su amigo la miraba y sonreía, ahora era más que evidente lo que ella sentía por su hermano, lo que llevaba ocultando desde el día que los presentó. Habían sido muchas las veces que había soñado en que entre ellos surgiría algo, pero sabía que era complicado por lo tocado que Salvador había salido de su última relación.

—¿Qué te pasa? ¡Tremendo cabreo llevas, guapa!

—Pues que tu hermano es gilipollas. Pasa de mi culo desde que tuvimos la última consulta y pretende que esté con él como siempre.

—Bueno... Demasiado estaba aguantando junto a alguien.

—¿Junto a alguien? Aunque te niegues a creerlo, entre él y yo no ha pasado nada... Vale, solo

un beso en la puerta del hospital el día que me quitó la escayola, pero fue un accidente, nada premeditado.

—¿En serio? Creí que vosotros ya...

—Pues no, y ahora mucho menos.

—Es raro... Normalmente, desde que Lorena lo mandó al carajo, tiene un par de citas con una mujer, pasan unos buenos ratos en la cama y después pega la estampida. No sé cuándo va a ser capaz de tener de nuevo una relación estable. Esa zorra le hizo mucho daño.

—Pues conmigo te aseguro que no va a ser. Ni cita ni cama ni nada, no hemos tenido nada.

—Pues no lo entiendo, te juro que no lo entiendo. Habéis pasado tres meses juntos, pegados como dos lapas, algo que nunca hubiera esperado de mi hermano, incluso llegué a pensar que tú serías la que cambiara su forma de ser con las mujeres, que esta vez no saldría huyendo. No sé, entre vosotros se ve a leguas que hay algo... Creo que estáis haciendo el tonto desde el día que os conocisteis.

—De verdad, tú flipas mucho.

Alejandra guardó silencio unos segundos, pero Iván sabía que tenía algo atravesado que quería preguntar y no se atrevía.

—Suéltalo.

—¿Cómo?

—¿Qué quieres saber?

—¿Por qué me conoces tan bien? —Guardó silencio durante unos segundos, indecisa de si debía o no preguntar—. Nunca me has contado nada de Lorena. ¿Qué le hizo?

—¿Salvador te contó por qué te juzgó mal desde el día que te conoció? —Alejandra negó con la cabeza—. Cuando estaba en el instituto, se enamoró de una compañera de clase y fueron novios durante tres años. Sus padres estaban bien posicionados económicamente y la mandaron a estudiar a una universidad privada en Barcelona. Dos meses después, ella lo dejó porque, palabras exactas, «se había enamorado de alguien de su posición».

—Pero yo no soy así, Iván.

—Él solo vio en ti a otra niña rica... Por eso creo que siente algo por ti. Si te hubiera mirado solo como mi amiga, no tendría por qué haber actuado de esa forma contigo desde el primer momento.

—Ya sabe que no soy así... ¿Por qué sigue alejándose de mí?

—¿Estás reconociendo que es verdad lo que digo y que te gusta?

—¡Joder, Iván!

—No puede evitar tener miedo.

—¡Dios! Te juro que me dan ganas de darle dos collejas... En fin, lo nuestro nunca será, así que no voy a seguir comiéndome la cabeza.



Tras comer juntos y pasar la tarde de compras, Iván la dejó en su casa y sonrió al ver que el coche de su hermano estaba aparcado a pocos metros de la puerta del edificio en el que vivía Alejandra.

La chica bajó, la vio entrar y continuó su camino, aunque paró a la altura del otro vehículo y bajó la ventanilla. Salvador, al verse descubierto, dio un respingo e hizo lo mismo.

—¿Cómo tú por aquí, hermanito? —preguntó Iván con sorna.

—Yo...

—Está muy enfadada contigo.

—Voy a intentar hablar con ella.

—Lleváis siete años haciendo el tonto, solucionadlo ya, ¿vale?

Salvador vio cómo su hermano se iba y lo dejaba con la palabra en la boca. Así que bajó del coche y entró en el edificio, que tenía la puerta de la entrada averiada y estaba abierta. Subió por las escaleras, necesitaba pensar un poco, dilatar el momento de enfrentarla, aunque no duró mucho el paseo, ya que vivía en el segundo piso.

Llamó al timbre y esperó paciente a que ella llegara hasta allí. Pudo ver cómo miraba quién era a través de la mirilla y escuchó un suspiro. Temió que no abriera, pero finalmente lo hizo.

—¿Qué haces aquí?

—Quería hablar contigo.

—¿De qué?

—¿Puedo pasar?

Alejandra se hizo a un lado y Salvador entró en la casa que se había convertido en su lugar de destino casi a diario mientras ella estuvo con la pierna escayolada.

—Habla.

—Solo quería decirte que siento mucho haberme distanciado y que me gustaría que siguiéramos siendo amigos...

—¿Amigos?

—Sí...

—¡Eres un mierda, un jodido cobarde! Has estado tres meses enamorándome día a día para desaparecer de golpe y porrazo y dejarme hecha una mierda. Yo no tengo la culpa de lo que te pasó. ¡Yo no soy ella!

—Alejandra...

—No vuelvas a hablarme, no vuelvas a acercarte a mí y no te pido que me olvides porque sé que nunca he significado nada para ti.

—¿Que no has significado nada para mí? Si no hubieras significado para mí, nunca me habría alejado de ti.

—Adiós, Salvador.

Alejandra hizo el intento de abrir la puerta para que se fuera, pero él la paró. Se colocó delante de ella, tomó su cara, la miró a los ojos, después a los labios y la besó.

Al principio, ella se resistió, aunque solo fue durante un par de segundos, después se dejó llevar por todo lo que le hacía sentir, por su suavidad, porque era algo que había deseado desde el mismo día que lo conoció.

Las manos de Salvador acariciaron su espalda y abrazaron su cintura. No podía creer que estuviera besando a Alejandra, que hubiera sido capaz de dar el paso, que sabiendo que ella no era igual que cualquier otra mujer que hubiera pasado por su cama, el miedo esa vez no había ganado.

A trompicones, Alejandra tiró de él hasta su habitación. Llegados a ese punto, ya no podía parar lo que estaba a punto de suceder entre ellos, a pesar de saber que no pasaría de esa noche lo que tuviera con Salvador, que las conquistas no duraban más de unas semanas a su lado, pero en ese momento era lo que menos le importaba, lo necesitaba.

Se deshicieron de las ropas con urgencia, deseosos de perderse en sus cuerpos. Salvador besó sus hombros a la vez que bajaba los tirantes del sujetador. Alejandra acarició su espalda desnuda

y sus labios recorrieron su cuello.

—No sabes cuánto tiempo llevo deseando que pase esto —confesó él.

—No sigas hablando... —rogó ella, temiendo que fueran palabras vacías, sin valor, por el momento que estaban viviendo.

Una vez desnudos, cayeron en la cama. Salvador se coló entre las piernas de Alejandra y volvió a besarla con delirio. No podía creer que aquello estuviera pasando, que siete años después de verla bailar en Ritmo Latino con su hermano por primera vez, al fin la tuviera en la cama y en su vida.

Acarició con sus labios su cuello, bajó por su pecho y se deleitó con sus pezones. Estaba excitada, mucho, por eso ya los tenía duros antes de que empezara a jugar con ellos. No se entretuvo demasiado, su lengua clamaba en silencio deleitarse con otra parte de su cuerpo, y pensaba darle el gusto lo antes posible. Saboreó su abdomen, inhaló el olor de su sexo al llegar a su vello púbico y asaltó su clítoris.

Alejandra se arqueó al sentir el contacto y empujó su pelvis contra la boca que comenzaba a darle placer. Su lengua marcó un ritmo infernal que acompañaron dos dedos traviesos adentrándose en su vagina. Estaba húmeda, podía sentir la facilidad con que entraban y salían de ella, escuchar el sonido del juego en su interior.

Sintió que el orgasmo estaba cerca, pero no quería disfrutarlo sola, quería que él la acompañara, y por ello tiró de su pelo, haciendo que se separara de su sexo.

—No quiero que sean tus dedos los que juegan entrando y saliendo de mí.

—Dime que tienes condones.

Alejandra alargó el brazo, abrió el primer cajón de la mesita de noche y sacó un preservativo de su interior. Lo abrió rápidamente mientras Salvador se erguía y dirigía sus labios hacia los de ella, pero lo paró en el camino, enfundó su más que erecta y dispuesta polla y se abrazó a su cuello, ahora sí, para unir sus bocas.

Salvador entró en ella de una sola embestida, haciendo que Alejandra gimiera ante la sorpresa. Comenzó un baile lento que se convirtió en locura, que los empujaba a querer más, que estaba consiguiendo que perdieran la cordura, que quisieran que aquello no acabara nunca, que el placer que estaban sintiendo fuera eterno.

Quedó apoyado sobre una sola mano, la otra se perdió entre los dos cuerpos y acarició de nuevo el clítoris de Alejandra, que se dejó hacer, que se sentía perdida sin remedio. Y estalló sin poder ni querer evitarlo. Y con su orgasmo arrastró a Salvador, que se dejó caer sobre ella, buscando con desesperación los labios de la mujer que había conseguido tirar sus barreras, que no hubiera temido a sucumbir y creer otra vez en aquello que le hizo tanto daño, en esas cuatro letras que significaban todo en la vida y que él se había empeñado en no volver a sentir. Amor.

Los primeros rayos de sol entraban de forma abundante por la ventana cuando Alejandra abrió los ojos. Se giró para buscar al hombre con el que había compartido la noche más maravillosa que había tenido en mucho tiempo, pero el otro lado de la cama estaba vacío y un sentimiento de angustia y dolor anidó en su corazón.

Se sentó en la cama y entonces vio una nota sobre la almohada. La abrió y una sonrisa bobalicona se instaló en su cara.

Estabas durmiendo tan plácidamente que no he querido despertarte. He tenido que irme porque tenía que entrar a trabajar a las ocho y debía pasar por casa para ducharme y coger el uniforme.

Escríbeme cuando despiertes y te llamo cuando tenga un hueco.

Besos.

Saltó de la cama y fue directa a buscar el móvil, que había dejado en el diminuto salón de su pequeño piso la noche anterior. Lo cogió y volvió todo lo rápida que su maltrecha pierna le permitió, hacía bastante frío en aquella época del año.

Bajo el calor del nórdico que todavía olía a él, pensó una y mil veces qué ponerle en el mensaje. Se moría de ganas por volver a verlo, por estar con él, pero no quería parecer desesperada ni agobiarlo. Salvador era hombre de una sola noche, y si quería que no saliera huyendo, tenía que ir con pies de plomo... Ese hombre le gustaba de verdad.

Ya estoy despierta. Espero que tu día no esté siendo un infierno, porque no has dormido demasiado.

Besos.

Lo releyó y consideró que era bastante correcto, así que le dio a enviar y corrió al baño para darse una ducha. Las dos aspas no habían aparecido, probablemente estaría pasando consulta con algún paciente, o incluso en el quirófano, así que esperar sin más era en vano.

El agua caliente caía sobre su cabeza y corría por su cuerpo, y las imágenes de la noche anterior se sucedían una tras otra en su mente. Mientras, en el hospital, Salvador despedía a uno de los pacientes en la puerta de la consulta y se disponía a salir para desayunar. Cogió el teléfono de su abrigo y lo encendió cuando el ascensor abría sus puertas.

Bajó y salió por la puerta de personal, donde se encontró con uno de los oncólogos, que había

cursado la carrera con él, aunque después cada uno tomó su rumbo y estudió su especialidad.

—¿Vas a desayunar? —quiso saber Simón.

—Sí, ve cogiendo mesa, tengo que hacer una llamada.

Simón se adelantó y Salvador buscó en la agenda el número de Alejandra. Le había mandado un mensaje unos minutos antes y se moría de ganas de hablar con ella. Necesitaba que supiera que había pasado una noche fabulosa, que se moría de ganas por repetir, que no tenía miedo a que aquello fuera más allá de una noche de pasión. Alejandra había derribado todas las barreras, las que él había construido alrededor de su corazón, había hecho desaparecer de un plumazo sus prejuicios, su rechazo para la gente de su nivel, simplemente porque ella no era así, no era una niña rica. A pesar de que a sus padres el dinero les saliera por las orejas, ella vivía en un piso pequeño, de una forma humilde, sin tirar de papá para llevar una vida llena de lujos.

Los tonos sonaron uno tras otro, pero nadie contestó. Salvador guardó el teléfono en el bolsillo de la bata y se olvidó de activar el sonido.

Simón le hizo señas desde la mesa que había conseguido en la abarrotada cafetería del hospital. Con una sonrisa que hacía mucho tiempo no visitaba su vida, se sentó junto a su compañero y entablaron una banal conversación hasta que el camarero les puso el desayuno que habían pedido.

—Oye, te veo muy contento —espetó Simón cuando estaban saliendo a la terraza con el desayuno en las manos, huyendo del bullicio que no les dejaba hablar con tranquilidad.

—Yo siempre estoy contento.

—Salva, que te conozco desde hace muchos años, a mí no me engañas.

—No es nada...

—Eso solo puede significar dos cosas. Una no la haces desde que estábamos en cuarto de carrera, a pesar de que era tu mayor pasión, y la otra es complicada, pero esperaba que algún día llegara ese momento y volvieras a sonreír.

—Me conoces mejor de lo que recordaba. Se llama Alejandra y...

—¿Y? ¿Acaso no es uno de tus ligues de una noche?

—No sé, creo que... Esta noche tenemos que hablar, dejar las cosas claras. Sabes que en los últimos años he pasado de relaciones, ella lo sabe, y quiero que todo quede claro entre nosotros, no quiero que piense lo que no es, que haya malentendidos...

—Entonces...

—Esa mujer me vuelve loco, se acabaron las mujeres de una noche. He tardado meses en decidirme, en estar con ella, porque me negaba a aceptar que había vuelto a enamorarme.

—Pues veo que lo tienes muy claro. Esta noche ve a por esa mujer y vuelve a ser feliz, colega.

Los dos hombres terminaron los cafés y volvieron a entrar en el hospital. Cada uno tomó su camino y Salvador aprovechó para mirar el teléfono una última vez antes de entrar a su consulta y llamar a Alejandra, pero nada lo tenía preparado para el mensaje que tenía en la aplicación de WhatsApp.

Te odio y no quiero volver a saber nada de ti. No necesitas venir esta noche para decirme nada, ya sé qué querías de mí y no necesito escucharlo de nuevo.

No entendía nada, hasta que vio el globo de las llamadas perdidas. Accedió a las últimas y vio que había varias de Alejandra sin contestar y una que sí había contestado. Y todo le cuadró. Probablemente, se descolgó en su bolsillo, escuchó parte de la conversación que había tenido con Simón y la había sacado de contexto.

Trató sin éxito contactar con ella, y maldijo que el día fuera tan largo y que su turno no terminara hasta las ocho de la tarde.

Era casi las nueve de la noche y el teléfono de Alejandra no dejaba de sonar. Salvador insistía una y otra vez en hablar con ella, eran muchos los mensajes que había recibido, pero no estaba dispuesta a hablar con él, no quería escuchar sus tontas disculpas.

Terminó de vestirse y esperó paciente la llamada de Iván. Esa tarde la había invitado a salir a cenar con Fabián y Lucía, para luego ir a Ritmo Latino a menear un poco las caderas, aunque no demasiado porque ella seguía sin estar al cien por cien.

En la entrada del piso, aprovechó para pintarse los labios y ver que lo llevaba todo. El telefonillo sonó y tuvo miedo a contestar; si bien estaba esperando a Iván, habían quedado en que le haría una llamada, no en que aparcaría y subiría a su casa, por lo que le hizo pensar que se trataba de Salvador.

Descolgó tras inspirar profundamente y soltó el aire de golpe al escuchar la voz de Fabián, que le pedía que bajara y que la habían llamado sin obtener respuestas. Y Alejandra recordó que le había quitado el sonido para poder ducharse tranquila, sin tener que escuchar de fondo las insistentes llamadas de Salvador.

Bajó en el ascensor y sonrió cuando se abrieron las puertas y vio el coche de su amigo esperándola. Subió rápidamente, evitando que las pocas gotas de agua chafaran su peinado.

Iván condujo hasta el restaurante al que solían ir los viernes por la noche, allí los esperaba Lucía con el que parecía ser su nuevo ligue, una despampanante morena de metro ochenta que quitaba el hipo.

Cenaron lo mismo que pedían cada vez que iban allí. Hablaron de todo un poco y fue inevitable que el tema de Salvador saliera a la palestra. Alejandra intentó evitarlo, pero fue imposible.

—Entonces, ¿no has hablado con él? —preguntó Iván.

—Sabes que no, no tengo nada que decirle, ni él a mí.

—Él no opina lo mismo... Dice que lo que escuchaste está sacado de contexto...

—De verdad, no quiero seguir hablando del tema. Fui una noche más en la vida de tu hermano y punto.

—Pero...

—¡Por favor!

Iván se dio cuenta de que era para nada seguir intentando que su amiga entrara en razón. Sabía que tenían que hablar, solucionar aquel enredo, su hermano y su amiga estaban hechos el uno para el otro y un puñetero malentendido los estaba separando, así que no lo dudó. Dejó a todos en la mesa, se dirigió al baño y llamó a Salvador.

—Dime, Iván.

—Estoy con Alejandra.

—¿Y? Ya me he cansado de llamar, nunca va a cogerme el teléfono y tú... No sé, entendería que la creyeras, a fin de cuentas, mujeres de una noche han sido la tónica de mis últimos años.

—Pues yo te creo, y por eso te llamo.

—¿Cómo?

—Tenéis que hablar y solucionar este embrollo. Sé que ella no quiere hablar contigo, que no te coge las llamadas y te ha bloqueado en WhatsApp. En una media hora estaremos en Ritmo Latino y estando frente a frente no se podrá negar. Desempolva al Salvador de antes de la víbora de Lorena y conquistala como mejor puedes hacerlo con ella.

—¿Tú crees?

—Claro que sí, hermanito. Alejandra no es un polvo de una noche, ¿verdad?

—No, claro que no.

—Pues echa toda la carne en el asador y a por todas. Ya sabes dónde estaremos en un rato.

Iván colgó sin despedirse, sabía que eso irritaba enormemente a su hermano, pero bien merecido lo tenía por ser un capullo indeciso que había tardado siete años en decidirse a dar el paso y entender que Alejandra era la mujer perfecta para él.

Volvió a la mesa y todos estaban pidiendo ya los postres. Iván se unió a ellos y sonrió al ver que Alejandra había pedido por él, después de tantos años juntos, se conocían perfectamente, y por eso se había decidido a alcahuetear para que lo que había empezado entre su hermano y ella llegara a buen fin.

Terminaron de cenar y salieron del restaurante. Solo tenían que cruzar la calle y andar unos metros para llegar a Ritmo Latino. Lo hicieron rápido porque empezó a chispear y el frío calaba los huesos.

Tras entrar en el local, que todavía no estaba demasiado lleno, dejaron los abrigo y bolsos en una de las sillas de una de las mesas más cercanas a la pista de baile, para tenerlos controlados.

Iván vio a su hermano apoyado al final de la barra y sonrió. Hizo una señal a Fabián para que lo acompañara a la barra a pedir las bebidas, aprovechando que Lucía y su ligue habían ido al baño, y dejando a Alejandra al cuidado de los abrigo.

Salvador entendió al instante el mensaje que su hermano le había querido transmitir con aquel movimiento de cabeza y el guiño de uno de sus clarísimos ojos grises. Pidió al DJ que pusiera la canción que le había pedido unos minutos antes y se dirigió a la pista de baile.

Alejandra escuchó los sones de *Valió la pena* de Marc Anthony y no pudo evitar mover las caderas. Cuando sintió unas manos en ellas que la invitaban a girarse, pensó que se trataba de Iván y cerró los ojos unos instantes para concentrarse en la música, en el baile, pero este no empezó y eso le extrañó.

Tras un par de segundos, volvió a la realidad de la pista, al ser consciente que quien estaba dispuesto a bailar con ella era más alto que su habitual pareja. Fijó la mirada en el hombre que tenía delante y abrió los ojos y la boca debido a la sorpresa. Se trataba nada más y nada menos que de Salvador.

—¿Bailamos? —preguntó Salvador, temeroso de que pudiera apartarlo de ella. Volver a tocarla había conseguido que una ola de calor invadiera todo su cuerpo.

—Creo que no... —Alejandra era incapaz de seguir hablando al sentirlo tan cerca.

—Por favor —rogó, posando su frente sobre la de ella.

—Tú no sabes bailar, aunque yo tampoco debo forzarme demasiado.

—Nada es lo que parece, y no hablo solo del baile.

—Salvador, no tienes que darme explicaciones.

—No tendría que dártelas si no hubieras escuchado solo parte de una conversación, no tendría que dártelas si anoche hubiera sido más sincero y te hubiera dejado claro qué quiero de nosotros, no tendría que dártelas si no hubiera sido siempre un estúpido contigo durante tantos años y

hubieras conocido al auténtico Salvador, pero no ha sido así.

—Para, no quiero...

—Sí, llevo muchos años siendo una persona que huye del compromiso, que te juzgué sin conocerte y te puse en el mismo nivel que la cabrona que... El día que te conocí, aquí mismo, en esta pista, bailando con mi hermano, me gustaste, me hiciste arder por dentro con cada movimiento de tus caderas, pero entonces Iván me dijo quién eras. Estuve tentado de seducirte, de llevarte a mi cama y darte la patada a la mañana siguiente, de hacer contigo lo mismo que ella hizo conmigo, pero no pude, tu sonrisa sincera me lo impidió, y por eso me aparté de ti y quise mantenerte lejos.

—Salvador, no sigas, por favor.

—Me gustas, me vuelves loco, tanto que ya no tengo miedo, que has tumbado todas mis barreras, que no me importa volver a intentarlo. Sabes que en estos meses hemos tenido muchas oportunidades para liarnos, que hubiera sido muy fácil, pero tú no eres mujer de una noche.

—Entonces, ¿qué soy?

—Eres mujer de una vida, de un día tras otro... Eres todo lo que necesito, y he tardado siete años en darme cuenta y aceptarlo.

—Sí, quiero —dijo Alejandra con las lágrimas rodando por sus mejillas.

—¿Qué quieres? —quiso saber Salvador ante aquellas palabras que no lograba entender.

—Sí, quiero bailar contigo.

—¿Estás segura? —Sonrió al entender lo que aquellas palabras significaban.

—Sí, estoy segura, pero intenta no pisarme, ¿vale?

—¿Nunca te ha dicho mi hermanito quién le enseñó a bailar salsa?

Y no hubo más palabras entre ellos. Salvador tomó las riendas de aquel baile, dejando a Alejandra completamente sorprendida, sabiendo que esa noche empezaría a conocer a quien se escondía tras la fachada de aquel hombre insoportable.

EPÍLOGO

Un año después

Alejandra estaba terminando de maquillarse en el camerino cuando la puerta se abrió y apareció Salvador con su habitual sonrisa.

—Date prisa, Iván está impaciente, sois los siguientes.

—Ya estoy lista. Vamos.

Salvador siguió a la mujer que lo volvía loco desde el día que decidió que ya estaba bien de no ser el que había sido siempre, que había vuelto a ser feliz.

Justo antes de salir del pasillo por el que caminaban, Alejandra se giró y se abrazó a su cuello.

—¿Me das mi beso de buena suerte?

—Claro que sí. —Salvador besó con delicadeza sus labios para no estropearle el maquillaje.

—Este va a ser el último concurso en un tiempo.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Ve al camerino y mira lo que hay en el bolsillo delantero de la maleta. Te da tiempo antes de que nos toque bailar.

Alejandra desapareció y Salvador hizo caso a lo que le había dicho. Entró en el camerino, buscó la maleta, abrió el bolsillo que le había indicado y tuvo que sentarse. Nada lo tenía preparado para lo que allí encontró: una prueba de embarazo con un positivo claro.

FIN

ALGO MÁS
QUE
UN VERANO

Antonio miraba el mar de la playa de Matalascañas con pesar mientras los rayos del sol bañaban su cuerpo. Desde que dos años atrás, en aquel mismo lugar, una noche de luna llena, aquel malnacido hubiera apuñalado a David provocándole una muerte instantánea, no había sido capaz de volver.

Siempre había sido la preferida de ellos, donde se conocieron hacía algo más de un lustro, donde dio comienzo una historia de amor tan maravillosa que dudaba mucho que nunca volviera a repetirse.

No se había cerrado al amor, había tenido algún que otro encuentro en esos dos años, pero todos eran comparados con David y no le duraban más de unas semanas.

Iván, el joven socorrista de Protección Civil, que apenas llevaba trabajando un par de semanas allí, ayudaba a un anciano a salir del agua cuando un chico de unos treinta años, con un cuerpo digno de un dios del Olimpo, llamó su atención.

El hombre giró la cara y sus miradas se encontraron. Iván sintió que el mundo se paraba, que nada existía entorno a ellos, y supo que cupido había lanzado una flecha directa a su corazón. O así lo definirían las novelas románticas que le gustaba leer, él pensaba que se trataba de un deslumbramiento.

Volvió a su puesto y pasó horas observándolo en silencio, hasta que su turno terminó y decidió que era un buen momento para darse un baño. El calor asfixiante de aquel infernal mes de julio invitaba a hacerlo, y él pensaba aceptar la invitación.

Antonio salía del agua cuando vio que entraba el joven socorrista que vio ayudando al anciano. Miró su cuerpo de arriba abajo. Era alto, de constitución ancha, no estaba gordo, pero era grande, no era un hombre musculado, aunque sí se le veía bastante fuerte.

Le gustó lo que estaba viendo y decidió volver a entrar en el agua. No había ningún signo evidente de que fuera gay, mas su radar le decía que sí lo era.

Nadó durante unos minutos antes de acercarse a él, tenía que buscar algún pretexto con el que entablar conversación, y lo encontró al posar su mirada en el chiringuito de la playa. Lo conocía de sobra, su tío era el dueño, pero el joven no lo sabía y eso jugaría a su favor.

—Perdona, ¿tienes un momento? —le preguntó cuando llegó a su altura.

—Sí, dime... —Iván no podía creer que el hombre que le había robado el aliento se estuviera dirigiendo a él.

—He visto antes que trabajas aquí y quería preguntarte: ¿sabes qué tal se come en el chiringuito?

—Muy bien. Yo suelo comer ahí cuando no tengo ganas de cocinar.

—Genial. Entonces me acercaré cuando salga.

—Haces bien. Seguro que te encantará. No eres de aquí, ¿verdad?

—Sí, soy de aquí, pero hace mucho tiempo que no pisaba esta playa.

—Ya sabía yo que no te había visto antes. Mi nombre es Iván.

—Encantado, Iván. Yo soy Antonio.

Unieron sus manos y sintieron la conexión que había entre ellos. Iván pensó que esa era una despedida, Antonio quiso que no se fuera.

—¿Y hoy tienes ganas de cocinar?

—Casi nunca tengo ganas de hacerlo. —Los dos rieron, aún con las manos unidas.

—¿Puedo invitarte a comer?

—Solo si puedo invitarte esta noche a tomar una copa —contestó Iván, guiñándole un ojo y sacando su sonrisa más pícaro.

—Acepto.

Salieron del agua, se secaron un poco, cogieron sus cosas de la arena y fueron al chiringuito. Compartieron una comida entre risas y anécdotas, y Antonio agradeció que su tío no estuviera por allí, era el único que podía descubrirle la mentira que había contado a Iván.

Se despidieron tras el café, intercambiaron números de teléfono y quedaron en verse a las diez, para cenar y salir a tomar unas copas.

Antonio lo vio marchar. Si bien le sacaba unos buenos ocho años, no era algo que le importara mucho. Sabía que podían pasar un buen rato de cama y le había gustado su frescura y alegría.

La noche llegó, la cena pasó, las copas los acompañaban en el local de moda y ninguno de los dos quería seguir con aquel tonto que tanto los estaba calentando.

Antonio dio el paso. Con una mano tomó la cintura de Iván, con la otra su cuello, se acercó a él y lo besó con cautela, como pidiendo permiso, hasta que él respondió invadiendo su boca con una lengua ardiente que lo volvió loco.

—¿Nos vamos? —preguntó Antonio, separándose de Iván.

—Sí.

—¿A tu casa o a la mía?

—A la tuya, comparto piso con dos chicas.

Salieron del local de la mano, caminaron entre besos y caricias hasta llegar al coche, donde se dedicaron nuevas caricias. Antonio se apartó de él, debía mantener la calma o darían un buen espectáculo en mitad de aquella concurrida calle.

Cuando llegaron a su casa, fueron directos a la habitación, no había tiempo de enseñarle cada estancia, la excitación estaba consumiéndolos, la lujuria exudaba de cada uno de sus cuerpos.

Con un ansia desmedida, se deshicieron de la ropa, tirándola en cualquier lugar, eso era lo que menos importaba en ese momento. Lo único que querían era perderse el uno en el cuerpo del otro, disfrutar de un orgasmo que los dejara exhaustos... O dos... O tres...

Ambos se deleitaron mirando, degustando con los ojos, a la persona que tenía delante. Unieron sus labios, sus cuerpos, rozaron sus erectas pollas y suspiraron al sentir el contacto.

—Soy activo —dijo Antonio entre besos.

—Estamos de suerte. Soy pasivo —respondió Iván a su pregunta velada.

Antonio lo tumbó en la cama, se subió sobre ella, devoró su boca, su lengua paseó por su pecho desnudo, y rozó el vello que cubría su torso con la nariz. Le encantaba el cosquilleo que provocaba, le gustaban los hombres con pelo, ese que escaseaba en él. Besó su falo y lo lamió hasta casi llegar al glande.

—¿Estás sano? —preguntó casi susurrando debido a la excitación.

—Sí, ¿por qué?

Antonio no respondió, simplemente engulló su verga hasta que tocó su garganta, provocándole una arcada y haciendo que un gemido ronco brotara de la garganta de Iván. La succionó una y otra vez, hizo que entrara y saliera de su boca a un ritmo demencial, para después abandonarla y buscar en la mesita de noche un condón y un bote de lubricante.

Iván se dejó hacer, se dejó llevar. Volvió a sentir los labios de Antonio rodeando su miembro, la humedad de su lengua degustando su placer, esa pequeña gota de fluido preseminal que acababa de disparar. Notó el dedo bañado de lubricante acariciando la rosada entrada de su ano, pujando por entrar en él, y se relajó para que el acceso fuera más fácil. Instantes después un segundo lo acompañó. Jugó dentro de él, entrando y saliendo, rotando, abriendo y cerrando, dando de sí el lugar para que la penetración pudiera llevarlo a tocar las estrellas.

Iván tiró del pelo de Antonio, haciendo que abandonara su polla. Su mirada, llena de lujuria,

lo enloqueció y lo deseó aún más dentro de él.

—No me tortures más. ¡Fóllame ya!

Antonio se incorporó, rozó su erección la de él, mordió su labio inferior, se separó de él, rasgó el envoltorio del preservativo y se lo colocó ante su atenta mirada. Colocó un cojín debajo de sus caderas, abrió bien sus piernas y lo penetró poco a poco hasta estar completamente dentro de él.

Esperó unos segundos, era consciente del grosor de su verga, y sabía que tenía que habituarse a ella. Le dedicó unos suaves besos en los labios para que se relajara aún más, sus lenguas se enredaron en un cadencioso baile que casi les hizo olvidar lo que estaban haciendo.

Iván apartó su rostro, acunándolo con sus manos, y asintió con la cabeza dándole a entender que estaba listo. Fue lo único que necesitó Antonio para empezar a embestirlo con suavidad, hasta que la lujuria lo cegó, haciendo que un ritmo infernal los hiciera disfrutar de un baile de placer a los dos.

Iván recibía con gusto los golpes certeros en su próstata con cada envite. Retorció las sábanas con los puños cuando el placer empezó a dominarlo, y se corrió haciendo que su placer chorreara por el vientre de los dos. Poco después, Antonio se quedó inmóvil y pudo sentir los espasmos que su orgasmo estaban provocando en su falo.

Salió de él, se tumbó a su lado y con el dorso de su mano limpió el sudor que perlaba su frente. Miró a Iván, tenía los ojos cerrados y aún tenía la respiración agitada. Era guapo, más de lo que se había fijado en un primer momento y su poblada barba le daba un toque de hombre tosco, justo como siempre le habían gustado los hombres. Rudos y fuertes, pero rendidos en la cama.

—¿Lo has pasado bien? —quiso saber Antonio.

—La duda ofende —contestó Iván tomando con un dedo unas gotas de semen.

—¿Puedo confesarte algo?

—Sí.

—El dueño del chiringuito es mi tío. Lo de esta mañana fue una excusa para acercarme a ti.

—Lo sé —confesó Iván, dejándolo perplejo.

—¿Lo sabías? —preguntó sorprendido.

—Esta mañana no, pero, cuando nos despedimos tras la comida, mi hermana nos vio y me lo dijo.

—¿Tu hermana?

—Sí. Lleva seis meses saliendo con tu tío.

—¿Gaby es tu hermana?

—Hermana por parte de padre.

Antonio guardó silencio, pensando en que las casualidades podían ser puñeteras. ¿Debería haberse enfadado por ocultárselo? No, no tenía derecho alguno, él había sido el primero en mentir. Después pensó en por qué se extrañaba de esa extraña coincidencia. Vivían en un pueblo, ¿qué esperaba?

Eran las siete de la mañana cuando Iván salió del piso de Antonio de forma sigilosa. Habían pasado una noche estupenda, pocos hombres conocía capaz de aguantar el ritmo que habían llevado, y eso la hizo mágica y diferente.

Fue directo a su piso, que apenas estaba a un par de calles, para darse una ducha rápida, vestirse y llegar a la playa a las ocho, hora a la que empezaba su turno.

Como cada año, desde que empezó a estudiar en la universidad, había conseguido unas practicas remuneradas a través del ayuntamiento en Protección Civil. Era un trabajo que le gustaba muchísimo, adoraba las playas de su tierra, la vida que había en ellas y poder ayudar a las personas mayores o discapacitadas cuando querían darse un baño o se encontraban mal.

Abrió la puerta y escuchó los ronquidos de sus compañeras de piso, dos italianas de intercambio a las que no les había importado compartir piso con un hombre. Allí estaban haciendo de todo menos estudiar, al menos durante los meses de verano.

Recordó, sin saber por qué, el día que las chicas decidieron que él era un majar apetecible para ellas y le propusieron montarse un trío, cosa que puso a Iván en un aprieto, ya que pensaba que se habrían dado cuenta de su orientación sexual. La noche se saldó con incontables chupitos de tequila y risas por doquier al recordar lo que ellas querían y lo que él nunca haría. Ese día se forjó entre ellos una bonita amistad, y estaba seguro de que no terminaría cuando las italianas volvieran a casa.

Se fue directo a la ducha, no tenía tiempo que perder, aunque antes dejó a una nota encima de la mesa, pidiéndole a las chicas que metieran su ropa en la lavadora si la ponían.

Salió del piso con el tiempo justo para llegar a la playa, nunca le había gustado llegar con la hora justa, ya que adoraba tomar un café antes de empezar a trabajar. A pesar de ser tan temprano, ya se podía ver a los primeros bañistas, disfrutando de la tranquilidad del comienzo de la mañana.

Pidió un café a su hermana, que se lo puso doble al ver la cara de Iván. Esas ojeras solo podían significar que su noche había sido de lo más entretenida, y ella se alegraba por ello. Desde que había terminado el bachillerato y Jorge lo había mandado a paseo, nunca había pasado una noche en vela y había llegado por allí con esa expresión de satisfacción dibujada en el rostro.

—¿Y cómo es él? ¿Y en qué lugar se enamoró de ti...? —tarareó Gaby cuando depositó el café sobre la mesa.

—*Ufff*. En serio, eres muy mala para estas cosas, tus indirectas son demasiado evidentes — replicó Iván a la canción con la que intentaba sacarle información.

—Cuenta, antes de que te vayas.

—Es el sobrino de Paco, tu queridísimo novio.

—Ya decía yo que había visto conexión entre vosotros...

—¡Qué noche!

—No necesito detalles, bastante tuve aquella vez que entré por sorpresa en tu habitación y...

—Eso te pasó por cotilla.

—¡Joder! Se suponía que no había nadie en casa y yo necesitaba la espuma del pelo.

Entre risas, recordando aquella vieja anécdota, Iván apuró el café y se dispuso a empezar su jornada. No se había despedido de Antonio, lo había dejado descansando plácidamente, aunque esperaba verlo por allí esa mañana.

El teléfono vibró en el pequeño neceser que llevaba y que solía dejar en la taquilla. Sonrió al ver que era él quien el escribía.

¿Por qué no me has despertado?

Iván dudó en si debía decirle el motivo real o no. Si bien era cierto que habían pasado una noche estupenda, no pretendía colgarse de ningún hombre, al terminar el verano volvería a Sevilla y pasaría allí más tiempo que en Matalascañas. Tampoco imaginaba que Antonio buscara nada serio, no se veía el tipo de hombre que él querría para una relación, buscaría alguien más maduro, con una edad más cercana a la suya. Que no es que el hombre fuera un viejo, pero sí se llevaban algunos años.

Así que optó por no darle más vueltas a las cosas y contestó la otra opción.

Era muy temprano y has trabajado mucho esta noche. Ya estoy trabajando en la playa.

Antonio miró la contestación y no supo si escribirle de nuevo. Al despertar y verse solo, se sintió un poco decepcionado, y un impulso que no pudo controlar hizo que buscara una explicación.

No pretendía tener nada serio con el chico, por más que fuera el tipo de hombre que le gustaba, entre otras cosas porque era demasiado joven, no creía que tuviera más de veintidós años. Sin embargo, no esperaba que desapareciera de su cama sin decir nada.

Precisamente por su edad, había temido la noche anterior que se lo encontraría en su cama al despertar, pero estaba equivocado, el chico parecía tener las cosas claras también, y eso le quitaba un buen peso de encima.

Dejó el teléfono sobre la cama y se levantó para darse una ducha. Sintió cómo le pinchaban los músculos de las piernas, consecuencia de la noche que había pasado con Iván, y no pudo evitar que su polla le diera los buenos días en forma de incipiente erección.

Decidió, después de dos años sin pisar las arenas de las playas de su tierra, que lo haría por segundo día consecutivo.

Antonio se sorprendió visitando un día más la playa. Ese día era especial y triste a partes iguales. Especial porque, como cada mañana desde hacía dos semanas, vería de nuevo a Iván. El chico le había alegrado muchas noches en esos quince días. Triste porque ese mismo día, muchos años atrás, había comenzado su relación con David, el único hombre que había amado en su vida.

Antes de emplazarse en el sitio que había tomado por costumbre ocupar, se paró en el chiringuito para desayunar.

Gaby, la hermanastra de Iván, lo atendía cada mañana. Sabía de sobra que estaba al tanto de lo que tenía con su hermano, aunque siempre había sido discreta y no había sacado el tema de conversación.

Apuró el desayuno y se adentró en la arena de la playa. Miles de recuerdos lo inundaron. Las veces que habían corrido por la playa al amanecer, los baños plagados de besos y caricias, cómo habían hecho el amor en aquella orilla. Bonitos recuerdos que nunca volverían a ser una realidad. David era parte de su pasado, le había costado hacerse a la idea de que no volvería, quizá por la forma tan brutal en que lo arrebataron de su lado.

Vio a Iván salir del agua y todo pensamiento triste desapareció. Su cuerpo fuerte, su sonrisa y su diligencia para ayudar a llegar a la orilla al señor mayor que acompañaba. Era lo más parecido a un ángel hecho hombre que había conocido. Tenía que reconocer que era rudo, pero también amable, servicial y hasta cariñoso, aunque eso no lo dejara salir demasiado a flote, como si no quisiera exponerse demasiado.

En septiembre comenzaría su último curso en la universidad y conseguiría su titulación en Dirección de Empresas. No dudaba de que lo conseguiría, ya que era una persona muy inteligente, ávida de conocimientos, luchadora y con ganas de llegar lejos en la vida.

—Disculpe —dijo Antonio cuando Iván pasó por su lado.

—Dígame, señor —le siguió la broma.

—¿Tengo suficiente edad para que me acompañe a darme un baño?

—Creo que le faltan algunos años.

—Podría darme un mareo, tener una fatiga... ¿Se va a arriesgar a eso?

—Usted me ha demostrado, en muchas ocasiones, que es un hombre fuerte y con gran aguante.

Antonio estalló en carcajadas ante lo que acababa de decir. Cualquiera podía interpretarlo como un bañista guasón queriendo gastar una broma a uno de los socorristas, pero ellos sabían lo que significaban esas palabras.

Iván continuó su camino hasta la caseta de Protección Civil. Antonio decidió darse un baño, ese chico siempre le provocaba calor en exceso con su sonrisa tímida y encantadora. Esperaba, deseaba y anhelaba que esa noche durmiera con él, que no pusiera ninguna excusa para pasarla a su lado. Cada día que pasaba, inexplicablemente, lo necesitaba más. Sabía que eso no podía traerle nada bueno, pero estaba tan bien a su lado que no quería que se apartara de él. Al menos, hasta que volviera a estudiar y desapareciera del pueblo.

Al salir del agua, tras secarse las manos con la toalla, sacó el móvil de la mochila y no dudó

en escribirle a Iván para que se vieran esa noche. El cristalino mar de Matalascañas había conseguido que cualquier pensamiento de lejanía con el chico se disipara, era como si le hubiera limpiado las ideas y las tuviera más claras que nunca. Disfrutaría de lo que había entre ellos hasta que durara, ya tenía un máster en lamerse las heridas tras haber perdido a David.

¿Nos vemos esta noche?

Sabía que no lo leería hasta las dos de la tarde, le tocaba esperar pacientemente, y pensó que sería más liviana la espera si se iba a hacer la compra. Podía comprar lo necesario para hacerle una buena cena a Iván, estaba seguro de que eso le encantaría.

Miró la hora y sonrió al ver que tenía tiempo más que suficiente para volver y tomar una cerveza en el chiringuito, esperaba que acompañado de Iván.

Recogió las cosas con rapidez y se puso la camiseta, que se empapó al instante de las gotas de agua que todavía perlaban su cuerpo, emprendió el camino y no dudó en pasar por la puerta de la caseta donde estaba su cita.

—Te he mandado un mensaje —le susurró y continuó andando.

Iván no dudó en ir a su taquilla, le tenía intrigado lo que le acaba de decir Antonio, y no pudo esperar a que dieran las dos para leerlo.

Sonrió al ver el mensaje y no dudó en contestar:

¿Hora?

Sabía que no debía a aceptar, que se estaba colgando de él sin remedio, pero se sentía tan bien a su lado, tan deseado, tan pleno, que era incapaz de alejarse de Antonio.

El verano tocaba a su fin y, cada noche, desde el día de la cena, la habían compartido juntos. Disfrutando el uno del otro, perdiéndose entre las sábanas, pero también conociéndose un poco más.

A esas alturas, Iván lo tenía claro, estaba completamente enamorado de Antonio. Había caído por completo en sus redes, sabía que su vuelta a Sevilla iba a ser un infierno, que le iba costar olvidarse de él y que se iba a tener que lamer las heridas durante mucho tiempo.

Le dolía saber que no era algo recíproco, su compañero no había dado signos de sentir lo mismo por él, y, en una semana, todo acabaría. Se despedirían sin saber cuándo se volverían a ver, o si lo harían en los mismos términos alguna vez. Estaba seguro de que para Antonio todo terminaría el mismo día que pisara Sevilla.

Miró la playa. Ese día no estaba allí para trabajar, sus prácticas ya habían terminado, y le extrañó no ver allí a Antonio. Habían quedado en que se encontrarían donde siempre, pero no había rastro de él, y eso no le auguraba nada bueno.

Sacó el móvil y le escribió un mensaje, temiendo la respuesta que podía recibir, quizá había decidido poner fin ya a lo que había entre ellos, no esperar siquiera a que se fuera del pueblo.

Antonio estaba en casa, dando vueltas de un lado para otro, cocinando y limpiando a marchas forzadas. Sabía que ya debía estar en la playa, que Iván lo estaría esperando, pero no le daba tiempo de acudir a esa cita. Necesitaba que todo fuera perfecto cuando llegara la hora de comer, que la sorpresa le gustara, y poder hablar con él de lo que llevaba una semana rondando por su cabeza.

Nunca había sido un hombre que expresara sus sentimientos, solía ser un témpano de hielo con los hombres, y leer el mensaje que acababa de recibir de Iván hizo que se le encogiera el corazón.

¿No vas a venir?

El mensaje no tenía nada del otro mundo, pero Antonio ya conocía al joven y sabía que había dudas en esas palabras, incluso miedo, y tenía razón al tenerlas. Habían hablado de que aquello duraría aquel verano, que después seguirían sus caminos, aunque sabía que su compañero solo lo decía porque pensaba que era lo que él quería escuchar.

Se sintió un miserable, una mala persona, por no haberlo sacado de su error, por no haberle dicho que él no quería que eso acabara cuando terminara el verano, que no le importaría intentarlo de nuevo, volver a entregarse al amor, disfrutar la vida en compañía. Aquel joven que solo iba a ser una aventura sin importancia había hecho que la pérdida de David se suavizara y que sus miedos se fueran esfumando poco a poco.

Te estoy preparando una comida que te vas a chupar los dedos. En mi

casa a las dos.

Iván leyó el mensaje y una tranquilidad aplastante cayó sobre él. Había sido demasiado pesimista al pensar que Antonio se quería deshacer de él antes de tiempo, aunque no le extrañaba que hubiera sido así. Sí, su autoestima con respecto a los hombres siempre había estado por los suelos, y no ver signos por parte de él no conseguía que la tuviera muy alta.

Se dio un baño y aprovechó para ir a ver a su hermana al chiringuito, que lo recibió con una cerveza bien fría y una tapa de gambas de la tierra.

Hacía un calor infernal a esas alturas del mes de septiembre, y tenía que ir andando hasta la casa de Antonio. Cuando llegara, necesitaría una ducha con urgencia, así de loco era el tiempo en el sur de España. Podía hacer un frío glacial y al día siguiente arder en el infierno.

Tras apurar la cerveza y devorar las gambas, emprendió el camino. La idea de exponerle a su compañero lo que sentía por él planeó por su cabeza durante todo el recorrido, hasta pensó que era una buena idea, que no perdía nada, aunque luego se dio cuenta de que, si él no sentía lo mismo, hundiría aún más su autoestima.

Llegó a la puerta y aparcó sus locos pensamientos. Llamó al timbre y esperó paciente a que abriera la puerta. Cuando lo hizo, Antonio lo recibió con una sonrisa en el rostro y una mirada ilusionada que sorprendió a Iván. Nunca había visto ese brillo en sus ojos y eso no ayudaba a mantener a raya sus sentimientos.

Entró tras recibir un beso en los labios y se asombró ante lo que encontró en el salón. La mesa estaba puesta, la luz era tenue y las velas decoraban gran parte de la estancia.

—¿Y esto? —preguntó sorprendido

—Bueno, te vas en unos días y pasaremos un tiempo sin vernos. Así que pensé que esto podría ser bonito.

—Me voy a Sevilla, no a Pekín. Si quieres, vendré todos los fines de semana hasta que empiecen los exámenes —le dijo, abrazándose a su cuello, aunque no pudo evitar arrepentirse al momento.

—Yo también podría ir algunos —propuso Antonio mientras acariciaba su cara, al notar el cambio de actitud de Iván—. Tengo que confesarte algo.

—Creí que ya no necesitabas excusas para acercarte a mí. —Sus palabras y el recuerdo de aquella primera noche hicieron que Antonio sonriera.

—Me gustas mucho, más de lo que nunca pensé, y no quiero sea solo un amor de verano.

—Yo creía que...

—Hace mucho tiempo que nadie remueve tantos sentimientos en mí, que nadie me hace ansiar que llegue el momento de vernos, que nadie consigue que me vuelva un romántico capaz de pasar toda la mañana en la cocina.

—¡Joder! Me has pillado totalmente fuera de juego, pensaba que tú no...

—Soy un poco difícil para expresar mis sentimientos, desde que... Lo siento, no quería hablar de...

—Tranquilo, fue algo importante de tu pasado. Lo entiendo.

—Yo no pude imaginar que esto sucedería cuando me acerqué a ti en la playa. Ese día volví a congraciarme con ella, después de dos años, y te encontré en ella. Tan guapo, tan grande, tan atractivo... y tan joven.

—Yo tampoco pensé que llegaríamos a este punto y... yo también tengo algo que confesarte.

—¡Sorpréndeme!

—Creo que, por primera vez en mi vida, aquel día en la playa, cuando te vi entrar al agua mientras yo salía, sentí un flechazo. Que no quiero decir que esté enamorado, eso es algo que se debe construir con el tiempo, y nosotros apenas...

—¡Dios! Para, que estás hablando de forma descontrolada.

—Lo siento, estoy nervioso, no esperaba nada de esto.

Antonio besó sus labios para que parara de hablar de una vez, sus lenguas se enredaron y notó el momento exacto en que se empezó a relajar. Los músculos de su espalda ya no estaban tensos, sus manos jugaban con los rizos de su nuca y dos curiosas erecciones comenzaban a despuntar en ambos.

Se separó de él, acarició su rostro, fijo su mirada en la de Iván y formuló la pregunta que llevaba una semana queriendo hacer.

—¿Qué me dices, grandullón? ¿Lo intentamos?

Ni en los mejores sueños de Iván, había creído posible esa opción, que Antonio le pidiera algo así. Su corazón acelerado hablaba por sí solo, sabía que el otro hombre lo podía sentir, pero necesitaba verbalizarlo para que fuera real.

—Sí, lo intentamos.

EPÍLOGO

Han pasado cinco años desde aquel día en la playa. Jamás creí que pudiera volver a enamorarme, pero el destino es así. Iván se ha convertido en mi vida y lo amo como nunca pensé que podría amar a nadie.

Sí, David era el único hombre al que había querido, sin embargo, Iván es la razón de mi existencia, por el que me levanto cada mañana, al que cuido y que me cuida, al que quiero y me quiere, con el que comparto risas y lágrimas y me hace querer ser mejor persona cada día que pasa.

Hoy, después de vernos a intervalos, de vivir entre Huelva y Sevilla, por fin vamos a dar un gran paso: firmamos las escrituras del piso que nos hemos comprado a pie de playa en Matalascañas.

Hace unos meses terminó su máster en Dirección de Empresas, especializándose en el sector hotelero, y lo contrataron aquí para trabajar en uno de los hoteles de la zona, en el departamento de Recursos Humanos. No es el trabajo de sus sueños, su meta profesional es dirigirlo, pero piensa que las cosas se consiguen poco a poco, y no tengo ninguna duda de que lo logrará.

Estampamos la firma sobre el papel, nos besamos sin importarnos quién mire y nos dirigimos a nuestro nuevo hogar. Por suerte, lo hemos comprado amueblado, que sí, que cambiaremos muchas cosas, pero todo a su debido tiempo. Lo que él no puede imaginar es la sorpresa que le espera.

Los dueños me dieron las llaves ayer, y automáticamente se las di a su hermana, que se ha encargado de preparar algo muy especial para cuando lleguemos.

Entramos por la puerta y me deslumbro con su cara de sorpresa, como el día que le pedí que continuáramos con lo que teníamos.

—¿Te trae recuerdos?

—Sí. Jamás olvidaré ese día. ¿Cómo...?

—Tienes que agradecerse a tu hermana.

—Lo haré.

Tiro de él para abrazarlo por la cintura. Devoro sus labios, deseo poder hundirme en él en este preciso instante, pero todavía tengo que hacer algo antes de llegar a ese punto.

—Ese día te pedí que fuéramos algo más que un amor de verano. —Saco del bolsillo del pantalón el anillo que me acompaña desde que salimos del que era mi piso—. Hoy quiero pedirte que nos unamos para siempre. —Sonrío al ver cómo se le abren desmesuradamente los ojos y la boca por la sorpresa—. ¿Quieres casarte conmigo?

—Con el paso del tiempo he sabido que me equivoqué al pensar que me iría enamorando de ti con el tiempo, creo que sí lo hice el día que nuestras miradas se cruzaron en la orilla de la playa. Te anhelo cada segundo que no estamos juntos y mi corazón late por tu existencia. Sí, mi vida, claro que quiero casarme contigo.

FIN

SIN
MÁSCARAS

A sus treinta años, Sandra era una de las abogadas más prestigiosas de su ciudad y dueña de su propio bufete de abogados.

Tenía éxito en todos los aspectos de su vida... En todos menos en el amor ya que hacía mucho tiempo que había dejado de creer en él.

Por eso vivía su vida en soledad, aunque sin dejar de disfrutarla. Tenía una gran familia y una gran amiga, María, la madre de su ahijada Daniela y esposa de su primo Jorge.

Había llegado una de esas noches que tanto le gustaba. Una fiesta de máscaras y no precisamente de carnaval. Aunque no creía en el amor, había ciertas necesidades físicas que nunca había dudado en saciar, y en aquel tipo de eventos tenía lo que necesita: sexo sin compromiso.

Antes de bajar del coche, Sandra se puso el antifaz y pasó a ser La Pantera. Nombre con el que la bautizaron en la primera fiesta a la que acudió; sus ojos eran del color del mar y su pelo tan negro, se confundía con el color de la máscara que cubría su rostro.

Esa noche se iniciaban cuatro chicas y dos chicos y, al ser una de la más veteranas, tenía la obligación de iniciar a uno de los hombres.

Los ojos de uno de ellos llamaron su atención y no dudó en elegirlo. Eran grises, muy claros. Tenía el pelo moreno y, aunque su sien pintaba canas, no era mucho mayor que ella. La máscara que llevaba reflejaba tonos claros y oscuros; al igual que le pasaba a ella, se fundía perfectamente con el color de su pelo. «El Lobo», ese decidió que sería su apodo.

Como marcaba la tradición, iniciados y padrinos tenían el privilegio de dar comienzo a la fiesta con el primer baile.

El Lobo agarró con firmeza su cintura con una mano, mientras la otra acarició su desnuda espalda haciendo que a La Pantera se le acelerara el corazón. Su mirada gris se clavó en la de ella y sintió que podía atravesarla. Eligió bien su nombre, era un auténtico depredador y había caído en sus garras.

—Bailas muy bien, Pantera.

«¡Madre mía!», fue lo primero que vino a su cabeza al escuchar la voz ronca y varonil, pero dulce y sensual, que hacían que fuera muchísimo más sexi de lo que aparentaba.

—Tú tampoco lo haces mal, Lobo.

La acercó más a él. Sintió cómo sus delicados dedos acariciaban los músculos de sus brazos, e hizo que notara lo que un poco más abajo empezaba a endurecerse.

La fiesta acababa de empezar, quedaba mucha noche por delante para disfrutar, pero a ella no le importaba. En lo único que podía pensar era en pasar la noche entera jugando con él en la cama.

Acercó su boca a la oreja de él y sus dientes jugaron con el lóbulo haciéndole gemir.

—Quiero devorarte, Pantera.

—Ten cuidado, la Pantera puede devorarte a ti.

—Devórame que, cuando acabes, yo te devoraré a ti.

Se separó de él, cogió su mano y se dirigió hacia las escaleras. Subieron todo lo rápido que los tacones le permitieron y se encaminaron a la última habitación del pasillo. La más tranquila y

de la que solo ella podía beneficiarse por antigüedad.

El Lobo no podía aguantar aquel largo camino y, en mitad del pasillo, la paró haciendo que casi perdiera el equilibrio. La acorraló contra la pared y devoró su boca, pero ella cortó aquel beso, le agarró de la corbata y tiró de él hasta llegar a su destino.

Cerró la puerta, lo sentó en una silla, se subió a horcajadas sobre él y besó con ansia sus labios. Sus fuertes manos agarraron sus caderas y la apretó contra su erección haciéndola gemir.

—Desnúdate para mí. Quítate todo lo que llevas puesto menos la máscara. Son las normas.

No quería verle la cara ni quería mostrarle la suya. Eso era lo más excitante de aquel juego.

Obedeció a su orden. Se quitó la chaqueta, la corbata, se soltó los gemelos, se desabotonó la camisa y la tiró a un lado.

La Pantera se sorprendió al ver que tenía un tatuaje en el hombro, pero no era un tatuaje cualquiera. Era un lobo aullando.

Se levantó y sus dedos volaron a la tinta que adornaba su cuerpo, bajó por su pecho y acarició sus abdominales que simplemente eran perfectos.

—Quítate lo que queda de ropa, quiero ver con qué voy a jugar esta noche.

—Prepárate a disfrutar.

Aquellas palabras susurradas al oído la excitaron más. Su voz, sus ojos y la forma de mirarla la volvían loca. Era un seductor nato.

Se deshizo de la ropa que le quedaba y a ella le brillaron los ojos.

«Estoy perdida». Sabía que aquel hombre haría lo que quisiera con ella, pero era incapaz de resistirse a él.

—Desnúdame...

Habían pasado tres semanas desde la fiesta y en su móvil tenía un wasap invitándola a otra. Estaba bastante cansada, pero le apetecía ir; así que no lo dudó.

El teléfono la sacó de sus pensamientos y una sonrisa se pintó en su cara al ver el nombre que reflejaba la pantalla.

—¿Sí?

—¡Tata! Hoy fiesta *guareía*. ¿Tú *mene*?

—Hola, preciosa. ¿Hoy es la fiesta de la guardería? ¿A qué hora es?

—¡Mamá! Tata teléfono hora fiesta.

—¿Sandra?

—Sí, María, soy yo. ¿A que hora es la fiesta?

—A las cinco, pero actuará sobre las seis. Si tienes planes, no te preocupes.

—Si los tuviera, los cancelaré.

—¡Perfecto! Luego nos vemos.

—Hasta luego.

Colgó el teléfono y miró la hora. Eran las dos de la tarde y tenía que dejar preparada la ropa para la fiesta.

No tenía claro qué ponerse para ir a la guardería, aunque pensó que con unos vaqueros, una camiseta y un buen tacón, iría perfecta para un evento de esas características.

Salió de casa con tiempo suficiente para tomarse un café antes de llegar a su cita. Si no iba, aquella preciosa niña de dos años, la mataría.

Daban las cinco y media cuando llegó y Daniela corrió a sus brazos. La alzó al aire y le dio unas cuantas vueltas, hasta que a la pequeña se le empezó a entrecortar la respiración por la risa.

—¡Estás guapísima! Eres la Minny más bonita de todas.

—¡Daniela! Estás aquí pequeña. Vamos con los demás que tienes que ensayar.

Esa voz hizo que un escalofrío recorriera su cuerpo. No podía creer que aquello estuviera pasando, no podía creer que fuera él, pero lo era.

Se colocó las gafas de sol, se giró y se encontró con sus ojos. Tembló y casi le fallaron las piernas. Aquella mirada, aquella voz...

«Sí, es mi Lobo».

—Hola. Soy Rubén, el profesor de Daniela.

—Hola. Soy Sandra, la madrina.

Rubén le tendió la mano y ella la tomó. Su corazón se aceleró al contacto y creyó que se derretiría delante de él.

—Bueno, tenemos que irnos. Hasta luego, Sandra.

Mil preguntas rondaron por su cabeza cuando lo vio marchar cogido de la mano de Daniela, pero la más importante de todas era si iría a la fiesta de esa noche.

Se unió a María y Jorge que tenía en brazos al pequeño Mario. De esa forma dejaría de pensar en lo que estaba pasando.

La tarde fue maravillosa. Rubén acabó tirado en el escenario con todos los niños encima y la pequeña Daniela no se soltaba de su cuello.

Se acercó a ellos con la niña en brazos y cuando Daniela vio a su padre, se arrojó a sus brazos. Rubén perdió el equilibrio y se apoyó en Sandra haciendo que los dos cayeran al suelo. No les pasó nada grave, pero ella notó que le ardía una de sus rodillas.

Rubén se levantó rápidamente y acudió en su ayuda. Sus manos se tocaron y su corazón volvió a latir con fuerza.

—Lo siento mucho, perdí el equilibrio. ¿Estás bien?

—Sí, no ha sido nada. ¿Y tú?

Acercó las manos de ella a sus labios, y las besó haciendo que se erizaran todos los vellos de su cuerpo, pero las retiró rápidamente.

—Perdona si te he molestado. Es la costumbre con los pequeños, siempre funciona. —Aquello le arrancó una sonrisa tonta.

—Ha funcionado, ya no me duele.

El silencio se hizo entre ellos hasta que la voz de María los despertó del letargo.

—Sandra, nosotros nos vamos. ¿Te vienes a cenar esta noche?

—No, esta noche he quedado con unos amigos.

—Vale, pásalo bien. Y a ver si, por fin, encuentras un buen hombre. —Le guiño un ojo y miró disimuladamente a Rubén.

—No necesito ni quiero hombre alguno en mi vida. Y ahora os dejo porque voy con el tiempo justo.

—¡Anda, corre!

—Hasta luego, Rubén, encantada de conocerte. María, te veo el domingo.

Salió rápidamente del colegio y se encaminó a su casa. eran las ocho y tenía el tiempo justo para estar a las diez en la fiesta. El único pensamiento que llenaba su cabeza era: «Por favor, que no vaya a la fiesta».



Sandra llegó a la fiesta y observó atentamente a todos los presentes. Para su tranquilidad, Rubén no estaba.

Una encantadora pareja que conocía desde hacía bastante tiempo se acercó a ella y la invitaron a su cama, pero declinó el ofrecimiento.

No paraba de mirar a la puerta. Aunque se lo negara, se moría de ganas por ver aparecer a su Lobo y decidió salir a fumar, tomar un poco el aire y relajarse, porque si no lo hacía, no disfrutaría de la noche.

Sintió unas manos apoyadas en sus caderas y supo que era él. Tembló al recordar la noche que pasaron juntos y supo que volvería a pasar.

—¿Me estabas esperando, Pantera?

—No, solo estaba fumando.

No quería reconocerle que sí, que le estaba deseando que llegara, que tenía miedo de volver a estar con él porque podría llegar a enamorarse.

Le besó el cuello. Si seguía así haría con ella lo que quisiera. Tenía que parar aquello, pero no pudo hasta que hizo acopio de la poca fuerza de voluntad que le quedaba.

—Nunca repito dos veces seguidas con el mismo jugador.

—Siempre hay una primera vez. —La giró hasta tenerla de frente y la besó.

Se miraron a los ojos y supieron que no llegarían a una habitación. Tiró de ella hasta el callejón, le subió el traje, metió la mano dentro de sus braguitas de encaje y gruñó.

—Estás muy húmeda...

—Te estaba esperando.

Con una habilidad pasmosa le arrancó el trozo de tela que cubría su sexo, lo olió y lo guardó en el bolsillo de su chaqueta mientras se desabrochaba el pantalón.

La Pantera acarició su erección. Estaba muy duro y eso le hizo suspirar con desesperación.

Sacó un preservativo del bolsillo interior de su chaqueta y se lo puso. La aupó, haciendo que enroscara las piernas en sus caderas y rápidamente entró en ella.

La apoyó contra una pared y la embistió con fuerza. No iban a tardar mucho en correrse, se deseaban tanto que la excitación los consumía. Tras varias embestidas, ella se dejó ir y lo arrastró consigo.

—Pantera...

—Rubén...

«¡Mierda, mierda y mierda!». Ese fue su pensamiento justo después de decir su nombre. Esperaba que con la euforia del momento no se hubiera dado cuenta, pero su expresión delataba que no había sido así.

Se separó de ella y le dio la espalda. Intentó tocar su hombro, pero él rehuyó el contacto.

—Se supone que las máscaras son para que nadie nos reconozca. ¿Cómo has sabido quién soy? —Se quitó la máscara y tanto sus ojos como su cara reflejaron preocupación—. ¿Sabes en qué trabajo? —Ella asintió—. Entonces entenderás que no sería bueno para mi futuro laboral que se supiera que asisto a este tipo de fiestas.

—Tranquilo, no voy a decir nada. En mi profesión tampoco estaría bien visto.

—¿Cómo lo has averiguado?

—Bueno, tus ojos te delatan y hoy me has demostrado que tus besos tienen propiedades curativas. —La miró extrañado—. Deberías haberme dado otro besito en la rodilla, no solo en las manos porque me duele una barbaridad.

Su cara pasó de extrañeza a sorpresa y, en ese justo momento, ella se quitó su máscara.

—¿Eres...?

—Soy Sandra, la madrina de Daniela.

—Sabía que te conocía de algo. ¿Cómo no te reconocí? Llevo tres semanas sonando contigo, con tus ojos...

—No me viste los ojos esta tarde. Me escondí detrás de las gafas de sol cuando escuché tu voz.

—¿Me reconociste por la voz?

—Sí, y cuando me giré vi tus ojos. Ahí ya no me quedó ninguna duda.

Sandra se estremeció porque hacía frío. Rubén se acercó a ella, la besó en la cabeza y le hizo una seña invitándola a entrar.

Los dos se pusieron los antifaces, entraron de la mano y se fueron directos a la habitación donde podrían ser ellos sin máscaras.

Pasaron la noche poseyéndose una y otra vez hasta quedar exhaustos y abrazados en la cama.

—¿A qué te dedicas?

—Soy dueña de un bufete de abogados muy prestigioso. No sería bueno para mi carrera que se supiera a qué dedico mis horas de relax.

—Tú porque eres abogada, y yo porque trabajo con niños de dos años.

—Hay mucha gente que no entiende que el sexo pueda ser solo sexo. Yo no quiero un hombre en mi vida, otra vez no.

—¡Vaya! Somos dos corazones malheridos.

—Creo que va siendo hora de irse. Tengo que descansar y el domingo me espera un largo día de juegos con Daniela.

—Prometo ayudarte con la niña.

—¿Vas el domingo?

—Si no quieres que vaya, no iré. Las cosas han cambiado un poco...

—¡No! Por mí no lo hagas, no me importa. Es más, va a ser genial no ser la única que bregará con Daniela. El lunes voy a querer morir en el trabajo.

—Tranquila, intentaré ocuparme de ella para que puedas descansar. Yo ya estoy de vacaciones.

—¿Me estás dando envidia? —Le dio una suave palmada en el pecho que le hizo reír—. Pues solo por eso vas a tener que compensarme antes de irnos.

Su expresión se transformó y volvió a ver la mirada de su Lobo. Era insaciable y eso le encantaba.

—Sus deseos son órdenes, Pantera.

Llegó el domingo y el momento de reencontrarse con Rubén. Había pasado la noche soñando con él y se pasó todo el camino repitiéndose que no podía enamorarse, que el amor no estaba hecho para ella.

Se acercó a María y el pequeño Mario se tiró a sus brazos. Miró de reojo a Rubén que estaba en la piscina y vio que la estaba observando.

—¿Y Daniela?

—Con su queridísimo profesor. Mira.

Cuando la niña la vio, salió corriendo de la piscina y se abrazó a sus piernas mojándola. María volvió a coger a Mario, permitiendo que Sandra pudiera agacharse y abrazarla.

—Tata, *amo a pisina con Ubén.*

—Déjame saludar a papá, ¿no?

—Nooo.

—Está bien. Voy a cambiarme, ¿vale?

Entró rápidamente en la casa, fue a la habitación principal y tardó menos de dos minutos en ponerse el bikini. Estaba impaciente por meterse en la piscina con Rubén, aunque le costara reconocerlo.

Volvió al jardín, donde María la estaba esperando con una sonrisa que conocía muy bien. Estaba segura de que se olía algo.

—¡Vaya! Rápida como una bala.

—Es que tu hija es demasiado impaciente.

—Sí, claro. ¿Te está esperando Daniela o corres a encontrarte con don Profesor Perfecto?

—A ti te falta un tornillo, querida amiga.

Caminó hacia la piscina pensando que debían ser cuidadosos. Nadie podía saber las circunstancias en las que se habían conocido. Debían ser dos extraños que empiezan a conocerse desde cero.

Unas pequeñas gotas de agua la salpicaron y sacaron de sus pensamientos. Eran Daniela y Rubén desde la piscina.

Se quitó las zapatillas y se lanzó de cabeza a la piscina. Daniela moriría entre cosquillas y Rubén... A él le guardaría otro tipo de castigo para más tarde.

—¡Tata!

—¿Tata? ¿Sabes cuál es el castigo por salpicarme?

—¡No, tata! *Cozquillas*, no.

—Cosquillas, sí. No te escondas detrás de Rubén, tramposilla.

—*Ubén, ayúame.*

—No vas a hacerle cosquillas a mi mejor alumna.

—Tú a callar que ya recibirás tu castigo.

—Lo estoy deseando.

Rubén le guiñó un ojo y se hizo la despistada mientras Daniela pasaba por su lado, pero en el

último momento se giró y la cogió en brazos.

Estaba haciéndole cosquillas cuando alguien tiró de su pie y la sumergió en el agua. Al salir vio a Rubén muerto de risa y puso cara de falsa venganza.

—¡Prepárate a tragar agua!

—Inténtalo.

Se acercó a él mirándolo a los ojos, le acarició el tatuaje, sonrió y con su pierna derecha hizo que perdiera el equilibrio y acabara tragando agua.

Rubén salió con cara de pocos amigos aunque sonriendo, y Sandra supo que le quedaban muchas ahogadillas por delante. Lo esquivó en varias ocasiones hasta que en una de ellas se agarró a su cuello. Si ella iba para abajo, él también.

—Me salgo ya, estoy arrugada como una pasa y me falta la respiración.

—Yo voy a hacer unos largos más. —Se acercó a ella y le susurró al oído—. Tenerte cerca, con tan poca ropa, causa estragos en mi entrepierna.

Tras cinco minutos, Rubén salió de la piscina y se acercó a la barbacoa donde Jorge estaba haciendo la carne. Sandra observó su espalda y ver los arañazos que ella le había hecho un par de días antes, hizo que sintiera un cosquilleo en su sexo que la hizo suspirar.

Terminaron de comer y su primo sacó los *gin tonics*. Eso ayudaría a que se relaja y dejara de pensar en Rubén sobre una cama.

Tres copas después, decidió ir a coger su móvil ya que lo había dejado olvidado en su bolso y estaba esperando un correo.

Entró en la habitación de matrimonio y se tambaleó un poco. Sacó el teléfono y, al ver que no tenía nada nuevo, lo volvió a soltar para dirigirse de nuevo a la puerta.

—¡Joder, qué susto! ¿Qué haces aquí? María está con la mosca detrás de la oreja.

—Están en la piscina con los niños.

Se acercó a ella y reconoció esa mirada. Su Lobo estaba de vuelta, pero no se lo podía permitir; al menos no allí.

—No te acerques que te conozco.

—¿Me conoces?

—Sí, y me conozco a mí también. Este no es el sitio y nuestros encuentros deben ser solo en fiestas. —Le besó el cuello y Sandra supo que aquello ya era una batalla perdida.

—¿Por qué solo en las fiestas?

—Porque no quiero una relación.

—Yo tampoco, pero el sexo contigo es diferente.

—Podemos vernos de vez en cuando para disfrutar de un buen rato juntos y no sería una relación, ¿no?

—Por supuesto, no tenemos por qué limitarnos a las fiestas ahora que sabemos quién es quién.

La apretó contra él haciéndole sentir su deseo, le apartó uno de los triángulos de la parte superior del bikini y sus dientes atacaron su pezón. Se separó de él, cerró la puerta, le miró a los ojos y sonrió con picardía.

—¿Uno rapidito?

La acorraló contra la pared como hacía un par de días en aquel callejón, se bajó el bañador, le apartó la braguita del suyo y la penetró con fuerza sin encontrar resistencia alguna.

—Estás muy húmeda. ¿Hoy también me estabas esperando?

—Desde que llegué y vi cómo te tirabas a la piscina

—Va a ser rápido, nena. Estoy demasiado excitado.

—Solo con sentirte entrar casi me corro.

Esas palabras le dieron vida a Rubén. La embistió con fuerza una y otra vez hasta que Sandra se dejó ir ahogando un grito en la boca de él. Continuó entrando y saliendo un par de veces más y tembló al llenarla de él.

Y justo en ese momento fueron consciente de la locura que acababan de cometer. No habían usado preservativo.

—¿Qué hemos hecho, Sandra? —Salió de ella y la bajó de sus caderas—. ¡Me nublás la razón!

—No es tan malo como parece. ¿Tienes alguna enfermedad?

—¡No! Nunca lo he hecho sin preservativo.

—Entonces tranquilo. Tomo la píldora anticonceptiva y mi primo puede dar fe de que no te voy a contagiar nada.

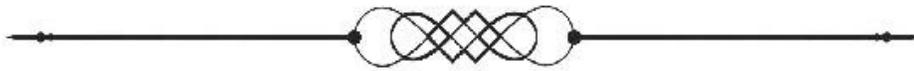
—¿De verdad? —La tomó por la cintura y ella se abrazó a su cuello—. Y eso significa...

—Eso significa que no creo que sea necesario que sigamos usando preservativos. Me gusta sentirte piel con piel. —Rubén volvió a besarla.

—Para, Lobito, que nos pueden pillar. Sal tú primero que yo tengo que pasar por el baño.

—Voy directo a la piscina porque no quiero que se den cuenta. —Se miró el bañador y le guiñó un ojo.

Sandra se llevó las manos a la cara. Le había mentido, aunque solo fuera una mentira a medias. No tomaba la píldora anticonceptiva, pero tampoco podía quedarse embarazada. No tenía por qué contarle algo tan personal a alguien que no era más que una aventura.



Eran las ocho cuando Sandra decidió que ya era hora de volver a casa; a la mañana siguiente tocaba trabajar desde bien temprano. Lo único que le alegraba la semana era que el viernes cogería vacaciones.

—Familia, yo me voy. Mañana me espera un largo y tedioso día de trabajo.

—Yo también me retiro. Creo que me da tiempo de coger el metro de las ocho y media.

—¿Qué dices? Jorge te acerca a tu casa o... —María miró a su amiga.

—A pesar de que todavía tengo agua en los pulmones, yo te llevo a casa.

—No hace falta que te molestes.

—Vamos antes de que me arrepienta.

Se despidieron de todos y se dirigieron al coche. Rubén no pudo evitar su cara de sorpresa al ver que se encendían las luces de aquel maravilloso Audi TT negro.

—Veo que no vas descalza por la vida.

—Me gusta y me lo puedo permitir. ¿No tienes coche?

—Sí y no. Sí porque me acabo de comprar uno nuevo, y no porque hasta el miércoles no lo recojo.

—¿Dirección? —preguntó Sandra mientras toqueteaba el GPS.

Salieron del garaje bajo la atenta mirada de María. Al girar la calle, Rubén metió su mano por debajo del corto traje que vestía ella y la puso nerviosa hasta el punto de tener que parar el coche. Le pidió que subiera a su casa y, aunque se resistió, finalmente cedió a su petición.

Eran las siete cuando sonó el despertador. Sandra había pasado la noche en casa de Rubén y no precisamente follando como dos animales en celo. Cayeron rendidos a las doce de la noche

agotados por el día y el fin de semana.

Lo observó durante unos instantes. Tenía el pelo alborotado y la boca entreabierta; le pareció el hombre más guapo del mundo.

—¿Tienes que irte tan temprano?

—Sí, tengo que pasar por casa antes de ir a trabajar.

—Eres tu propia jefa, ¿no puedes llegar tarde?

—Hoy no. Si quiero coger mis vacaciones el viernes, tengo que dejarlo todo organizado.

—¿Vacaciones? —La acercó a él e hizo que sintiera su buen despertar—. ¿Me corresponden algunos días?

—No lo dudes.

Daban las ocho de la tarde del martes cuando Sandra paró de trabajar. no había dormido bien y estaba demasiado cansada.

Sonó un *wasap* en su teléfono móvil de un número que no conocía, pero al leer la primera frase supo quién era. No recordaba haberle dado su número, pero sí lo hizo.

Buenas tardes, Pantera. ¿Cómo llevas el trabajo? Aquí un lobo que necesita que le hagas un favor mañana.

No tardó ni cinco segundos en contestar aquel mensaje que tanta ilusión le hizo.

Buenas tardes, Lobo. Hasta arriba de trabajo, pero ya he terminado por hoy. ¿En qué puede ayudarte esta pantera?

Esperaba impaciente su respuesta mientras leía en su estado que estaba escribiendo.

Mañana a primera hora me entregan el coche. ¿Podría llevarme en su maravilloso Audi TT?

No lo dudó ni por un segundo.

¡Por supuesto! ¿A qué hora quiere que le recoja?

La contestación fue muy rápida, como si hubiera hecho un copia pega, como si ya la tuviera escrita.

Podrías venir esta noche y no tener que madrugar mañana. Prometo hacer que te relajes después de un duro día de trabajo.

No se lo tuvo que pensar dos veces.

Tardo una hora. Ve preparando la cena.

Sabía que aquello se le estaba yendo de las manos, que era una auténtica locura, pero no se moría de ganas por estar entre sus brazos.

Tras pasar por casa, darse una ducha y coger ropa, se encontraba llamando al timbre del piso de Rubén. La puerta se abrió y la recibió con su mejor sonrisa. Estaban a punto de besarse cuando sonó el timbre del horno y un exquisito olor a pescado recién hecho abrió su apetito.

—¿Qué haces ahí parada? Deja las cosas en el dormitorio. En diez minutos estará lista la cena.

Pasó por su lado y le dio un cachete en el culo haciéndole reír a carcajadas. Llegó al dormitorio, colgó el traje de chaqueta que usaría al día siguiente, sacó algo de ropa cómoda de la maleta y se cambió.

Volvió a la cocina y lo vio fregando. Se acercó a él, lo abrazó por detrás y le dio un beso en la espalda. Ante aquella caricia de sus labios, Rubén se giró y la besó.

—Me alegra que hayas aceptado venir esta noche.

—No tenía nada mejor que hacer y me han hecho una oferta de relax que no he podido rechazar.

—Tengo que pedirte otro favor, cariño.

—¿Qué necesitas ahora?

—Es algo que no te he contado todavía. Tampoco es que hayamos tenido mucho tiempo de hablar. Estoy casado y...

—¿Estás casado?

Se separó de él y sintió que el mundo se hundía a sus pies. Aunque su relación fuera puramente sexual, aquello no estaba bien, y tampoco entendía por qué la afectaba tanto.

—No pienses mal de mí, Sandra. Sí, estoy casado, pero por poco tiempo. Hoy me ha llegado la demanda y me gustaría que le echaras un vistazo. —Un soplo de aire fresco la acababa de despertar de un mal sueño.

—Está bien, la miraré después de cenar. Pero dos favores seguidos te van a costar un buen masaje y algo más.

—Te daré un buen masaje, un buen polvo y todo lo que me pidas.

Cenaron entre risas, confidencias y roces de manos. Cualquiera que los viera pensaría que era una cena romántica entre dos enamorados y por minuto que pasaba, se estaba convirtiendo en una realidad.

Tras examinar los papeles y ver que todo estaba en orden, se dirigió a la cocina en el justo momento en que él regresaba al salón. Admiró su sonrisa y le pareció la más bonita que había visto nunca.

—¿Cómo lo ves? —dijo señalando a la mesa.

—Está todo en orden, no te está exigiendo nada que no le corresponda.

—¿Me perdonas por hacerte trabajar a deshoras?

—No sé, me lo voy a pensar... No estaría nada mal ese masaje que me has prometido o cualquier otra cosa placentera que se te ocurra.

La tomó de la mano, tiró de ella hasta la habitación, se dejaron caer abrazados sobre la cama, se acariciaron, se desnudaron y besaron cada centímetro de la piel del otro.

—¿De qué es la cicatriz?

—Me operaron de una hernia hace unos años —mintió.

No podía dormir. En su cabeza no paraba de rondar todo lo que Rubén le estaba haciendo

sentir y el miedo de volver a enamorarse se apoderaba de ella. No podría soportar otro rechazo... En realidad, no podría soportar que él la rechazara porque se estaba clavando demasiado en su corazón.

Consiguió dormirse, pero entonces fueron las pesadillas las que se apoderaron de su sueño. Al despertar supo que algo que no le gustaba iba a suceder ese día.

Llegaron con tiempo al concesionario y al bajar del coche Sandra se topó con algo que no esperaba, no podía creer lo que estaban viendo sus ojos. Allí estaba Alberto, su ex, ese que tanto daño le había hecho.

Rubén siguió su mirada hasta él y no necesitó palabras. La besó y su mirada la tranquilizó.

Recogieron el coche y salieron al aparcamiento sintiéndose observados por aquel malnacido. Rubén volvió a besarla con una pasión y un cariño que nunca había sentido de sus labios, aquel era un beso de amor en toda regla.

Llegó el viernes y con él las vacaciones de Sandra. No tenía planeado nada especial, pero le apetecía muchísimo ir a un Spa y relajarse. No lo dudó; llamó e hizo una reserva para dos.

Descolgó el teléfono y marcó el número de Rubén. No respondía y estaba a punto de colgar cuando escuchó su voz.

—Hola, cariño.

—Hola. ¿Te pillo en mal momento?

—No, estaba saliendo de la ducha.

—Prepara una maleta con ropa para el fin de semana. Te recojo sobre las seis.

—Eso suena bien. ¿Adónde me vas a llevar?

—Es una sorpresa.

—¿Qué tipo de ropa me llevo?

—Cualquier cosa, vas a estar más tiempo sin ropa que con ella y no olvides un par de bañadores.

—¡Joder! Vas a tener que subir antes de irnos porque esto no se va a bajar ni con tres duchas más.

—Espérame a las seis... Sin ropa.

—Tus deseos son órdenes.

Sandra salió del despacho a toda velocidad. Tenía el tiempo justo para preparar sus cosas, ir a casa de Rubén y conseguir salir de allí lo más rápido posible.

Llegaron al hotel y, tras registrarse, subieron a la habitación. Rubén la besó en el cuello, en los hombros y comenzó a quitarle la ropa. La condujo hacia el baño justo cuando su teléfono sonó.

Sandra volvió sobre sus pasos mientras él preparaba un baño en la enorme bañera de hidromasaje.

—Hola.

—Hola, loca. ¿Vienes a cenar esta noche? Ya estás de vacaciones, ¿no?

—No va a poder ser. Estoy en un Spa, necesitaba relajarme para disfrutar de mis días libres.

—¿Estás sola?

—Pues claro... —De fondo se oyó la voz de Rubén llamándola y rezó por que María no la hubiera reconocido.

—No seas mentirosa, estás acompañada.

—Está bien, estoy acompañada y no pienso contarte nada más.

—¿Lo conozco? ¿Cuánto te gusta? ¿Cómo se llama? ¿Vais en serio?

—¡María! Para de preguntar, no voy a contarte nada. Es solo un amigo con quien paso buenos ratos.

—Está bien...

—Te llamo el lunes y voy a cenar a tu casa, ¿vale? Ahora déjame disfrutar de mi fin de semana de relax.

—Hasta el lunes.

Se quitó la ropa y corrió hasta el baño. Rubén la estaba esperando dentro del agua con cara de querer pasar un buen rato de diversión.

—¿Quién era, cariño?

—Era María y casi nos pilla cuando me has llamado.

—Ven aquí. El agua está perfecta. No pensé que el interlocutor me iba a escuchar, ¿me perdonas?

—No hay nada que perdonar, pero si insistes...

—Yo sé como compensarte por el error. —Se metió en el agua y le acarició la cara—. Eres preciosa...

Era lunes, estaba llegando casa de su amiga y no podía parar de pensar en lo maravilloso e inolvidable que había sido el fin de semana. Ya no podía seguir negándose que estaba enamorada de ese hombre y el dolor de las mentiras se apoderó de ella. Aquello debería haberse quedado solo en las fiestas para no tener que pasar otra vez el mal trago de un adiós.

—Esa cara no me gusta nada. ¿Qué te pasa?

—Pues que me he enamorado como una estúpida. No aprendo, amiga.

—Pero ¡eso es maravilloso! ¿Quién es? Tienes que traerlo un día para que lo conozcamos...

—Para, María. Voy a dejarlo, prefiero hacerlo yo a que lo haga él cuando se entere de...

—¡Sandra! Todos los hombres no son iguales. Si te quiere no le importará.

—Pero yo no soy una mujer completa, yo nunca podré darle un hijo. —Rompió a llorar.

—Sandra, si piensa de esa forma, nunca encontrarás a nadie. ¿De verdad quieres pasar sola el resto de tu vida?

—Entiéndelo. A Rubén le encantan los niños, solo hay que ver como trata a Daniela. Nunca aceptará en su vida a una mujer que no pueda darle un hijo y, sinceramente, no creo que él esté enamorado de mí. Se supone que lo nuestro es solo un juego.

—¿Has dicho Rubén? Sabía que os traíais algo entre manos, pero...

—No preguntes, no quieras saber. Con que sepas que es Rubén, ya tienes más que suficiente.



A la mañana siguiente tenía decidido qué debía hacer. Llamó a Rubén en varias ocasiones, pero en ninguna de ellas consiguió que le respondiera.

Eran las cuatro de la tarde cuando el timbre de su casa sonó y se extrañó porque no esperaba a nadie. Abrió la puerta sin mirar pensando que sería algún vecino.

—¡Hola! —Se sorprendió al ver que era Rubén.

—Hola, ¿puedo pasar? —Su tono de voz denotaba enfado.

—Sí, claro.

—¿Por qué me has mentido?

—¿Cómo lo has sabido?

—Eso no importa ahora.

—Te lo pensaba contar hoy, para eso te llamé esta mañana. Quería que nos viéramos para decírtelo, aunque no sé por qué te iba a importar. Esto es solo un juego.

—¿Solo un juego?

—En eso quedamos, ¿no? El problema es que me he enamorado de ti como una tonta, no sé lo que tú sientes, tengo miedo de que tú también puedas sentir algo más profundo y hacerte más daño cuando te enteraras... De todas formas, tarde o temprano me ibas a dejar.

—¿Por qué te iba a dejar Sandra?

—Pues porque algún día conocerías a alguien y no querrías seguir con nuestro juego o porque

no soy una mujer completa y no te puedo dar hijos.

—Te valoras muy poco. Eres una mujer increíble, divertida, bonita, inteligente y con un gran corazón. Tienes razón en eso de que me he enamorado de alguien, me he enamorado de ti. Y creo que lo hice en el mismo momento que vi tus ojos en la primera fiesta.

—Llevaba tres años saliendo con Alberto y me detectaron un tumor en un ovario que tenían que extirpar. Cuando abrieron, vieron que no solo me tenían que quitar el ovario, sino también la matriz..., me lo quitaron todo. Al principio todo fue bien, pero Alberto no imaginaba la vida sin tener un hijo de su propia sangre. A los dos meses, cuando estaba en pleno proceso de quimioterapia, me dejó. Tú algún día querrás...

—Tshhh. ¿El único motivo por el que lo nuestro tiene que terminar es porque no puedes tener hijos? —Sandra asintió—. Entonces no hay problema ninguno. Yo te quiero tal y como eres, y si un día de estos queremos ser padres, hay muchos niños en el mundo deseando tener una familia. Adoptaremos porque padre no es quien te crea sino quien te cría. ¿Qué me dices cariño?

—Pues que... que te quiero.

—Eso era lo que quería escuchar.

—¿Quién te lo ha dicho?

—María me llamó esta mañana, quería verme para hablar de Daniela.

—No sé si matarla o darle las gracias.

—Las gracias ya se las he dado yo.

EPÍLOGO

Hace tan solo unos días que Jaime llegó a nuestras vidas para hacernos los padres más felices del mundo.

Poco después de sentar las bases de nuestra relación, nos casamos e iniciamos los trámites de adopción. El camino no fue fácil, pero lo conseguimos y ahora somos tres en la familia.

Desde el día que me dijo que me quería no ha vuelto a haber más máscaras entre nosotros. Esa era la última que quedaba y aquel día cayó para siempre.

Dejamos de asistir a aquellas fiestas; lo que no significa que, de vez en cuando, cojamos nuestros antifaces del rincón más profundo del armario para jugar.

Nadie sabe cómo nos conocimos. Todos piensan que nuestro amor se empezó a forjar entre juegos en una piscina. Así que no se lo contéis a nadie, este es nuestro secreto.

FIN